

Carrizillo 6-2-218

095180001001

14-F
1

1171

BS
17

MINISTERIO DE FOMENTO

EL

alargado
SXX
85160

SAHARA

DESCRIPCIÓN GEOGRÁFICA, COMERCIAL Y AGRÍCOLA
DESDE CABO BOJADOR Á CABO BLANCO, VIAJES AL INTERIOR,
HABITANTES DEL DESIERTO Y CONSIDERACIONES GENERALES

POR

Plan 10

P. EMILIO BONELLI

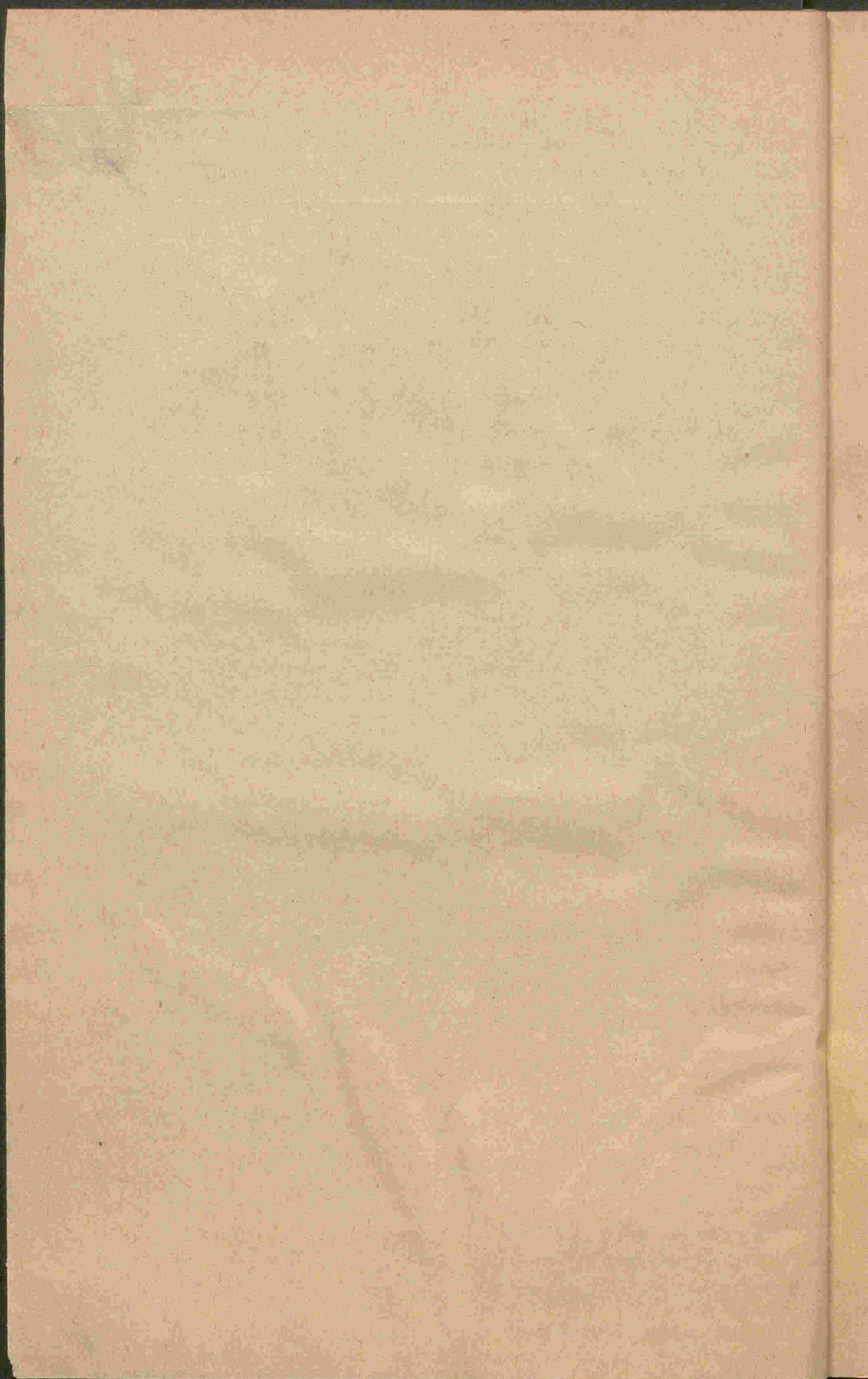
Comisario regio en la costa occidental de Africa, Capitán Teniente de infantería.

Edición oficial.



MADRID
TIPOLITOGRAFÍA DE L. PÉANT É HIJOS
Carrera de San Jerónimo, 13, y Atocha, 67

1887



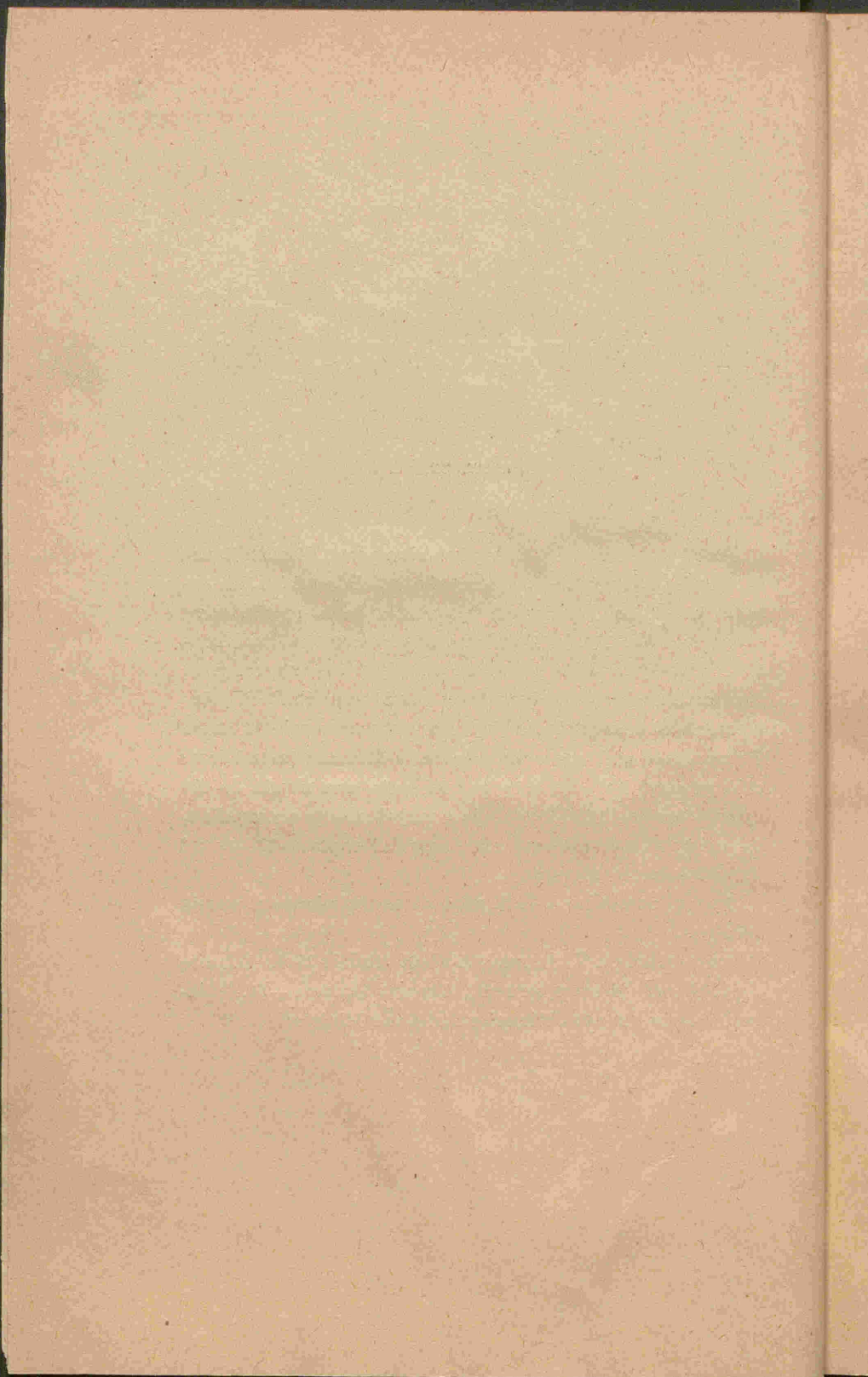
DIRECCIÓN GENERAL DE AGRICULTURA, INDUSTRIA Y COMERCIO

AGRICULTURA

Presentado en este Centro directivo por D. Emilio Bone-lli, Comisario regio de la costa occidental de Africa, un estudio geográfico, comercial y agrícola de la región comprendida entre el cabo Bojador y cabo Blanco, el cual contiene datos y noticias cuyo conocimiento importa en gran manera á nuestros productores y puede contribuir indudablemente al desarrollo de los relaciones comerciales entre España y aquella parte del territorio africano, esta Dirección general ha acordado que se haga una tirada de 500 ejemplares del referido trabajo y mapas que le acompañan, cuyo importe se abonará con cargo al capítulo 12, art. 2.º del presupuesto vigente.

Lo que comunico á V. S. para su conocimiento y demás efectos.

Dios guarde á V. S. muchos años. Madrid 25 de Febrero de 1887.—El Director general, BENIGNO QUIROGA.—Sr. Ordenador de pagos por obligaciones de este Ministerio.





INTRODUCCIÓN

La manera de modificar radicalmente el aspecto político y social que hoy presenta el continente africano, alejado por completo del progreso que la civilización imprime á nuestro tiempo, y donde se encuentran numerosos recuerdos de los sucesos más trascendentales que registra la historia de la humanidad, no es fácil de prever ni puede encerrarse en un cuadro de reglas fijas mientras la desconfianza, protegida por el fanatismo religioso que domina en las huestes musulmanas, oponga tan formidables obstáculos al estudio de las diferentes razas que pueblan aquellas extensas comarcas.

El desarrollo, cada día más floreciente, de la industria y del comercio europeos, imponen la necesidad de resolver con premura, y con los conocimientos indispensables para la mejor garantía de

acierto, los diversos problemas planteados por la diplomacia internacional respecto á la colonización, dominio y probable porvenir de esta vastísima región del globo, habitada por un número considerable de millones de almas sometidas al férreo yugo de la ignorancia y la barbarie. La solución de tan importantes cuestiones ofrece, sin embargo, dificultades de diversa índole que justifican, en parte, la falta de decisión de los gobiernos para acometer empresas que tienen el privilegio de suscitar recelos de otras naciones, exigir costosos sacrificios y que generalmente revisten en sus principios todos los caracteres de las aventuras de la Edad Media.

Es indudable que el comercio, con sus poderosos resortes, salvará, en algunas comarcas, la barrera, al parecer infranqueable, que aquellas gentes pretenden oponer á toda idea de progreso, porque su exagerada suspicacia se lo representa como contrario á la religión y á su independencia; en otras partes será preciso acudir á la fuerza armada, hábilmente dirigida, para contener los instintos salvajes de los indígenas. En donde los odios tradicionales de raza han sido origen de sangrientas represalias, sólo una política hábil conseguirá desvanecer las exageraciones del pasado y marcar nuevos derroteros á las pasiones que dominan á los

sectarios del Profeta donde impera la religión musulmana; pero siempre ejercerá mayor influencia y decisiva preponderancia en los habitantes de ese vasto continente quien posea el conocimiento perfecto de su idioma y costumbres, imprima á su conducta la energía *equitativa* que tanto seduce á las razas oprimidas por despóticas tiranías y sufra con resignación los sacrificios y privaciones indispensables hasta lograr la simpatía y el dominio de tan desgraciados pueblos.

A medida, pues, que se aproxima el plazo improrrogable en que ha de sufrir completa transformación el aspecto general del continente africano, conquistando á la vida racional multitud de seres que se agitan en inmundo caos de abyecciones, y cuya existencia no se concibe sin mengua de los pueblos cultos; á medida que estos acontecimientos reciben el fallo de la historia con la lentitud indispensable á tamaña empresa, mayor es la necesidad de conocer las condiciones de aquel país, y más grande el deber de velar incesantemente por determinados intereses que, según leyes ineludibles y por efecto de nuestra situación geográfica, guardan estrecho enlace con el porvenir reservado á la península ibérica.

No es necesario retroceder á épocas lejanas ni escudriñar atentamente la influencia que han ejer-

cido en diferentes períodos de nuestra historia las razas dominadoras del otro lado del Estrecho para justificar la parte decisiva que nuestra patria debe tomar en las complicaciones que puedan surgir, que indispensablemente han de surgir, en la región septentrional de Africa. En esa extensa comarca, que bien pudiéramos limitar en los confines ó fronteras de la Argelia y el Senegal, se halla, «no sólo el porvenir de España, sino también el mayor peligro á la independencia de nuestro suelo», según la frase de un ilustrado geógrafo é historiador, por fortuna bastante generalizada. Todo español que dedica algunos instantes al estudio de las cuestiones internacionales, á la política exterior que corresponde á nuestra patria, acaricia estos ideales como verdad axiomática y objetivo primordial de legítimas aspiraciones para la defensa de nuestro territorio y desarrollo de los múltiples veneros de riqueza que atesoran nuestro suelo y las especiales condiciones de nuestra raza.

En este concepto parecería innecesario encarecer la importancia que encierra cuanto sucede en el desquiciado imperio de Marruecos, y la atención que debe merecer á nuestros estadistas todo acto que tienda á modificar, sustituir ó transformar su estado político y social.

Pero, en nuestro humilde concepto, esta patrió-

tica previsión sería incompleta si se descuidara la parte restante de la costa occidental, desde el cabo Guer, verdadero límite de los dominios de S. M. Sherifiana, ó desde el río Dráa, donde aquel soberano pretende tener jurisdicción, hasta la frontera determinada por las posesiones que explotan nuestros vecinos de allende el Pirineo en aquel litoral.

Desde el límite occidental de los dominios del emperador de Marruecos, hasta los dominios franceses en la Senegambia, existe una región conocida generalmente con el nombre de desierto de Sahara, poblada por un número muy considerable de habitantes, fanáticos musulmanes en estado inconcebible de salvajismo, sin autoridad ni gobierno á quien presten formal acatamiento, constituyendo tribus nómadas en constante lucha con sus vecinos, y faltos de todo comercio, porque carecen de mercados donde colocar sus productos y adquirir las mercancías que necesitan, á menos de recorrer trayectos de doscientas ó más leguas, exponiéndose á todo género de vejaciones y atropellos.

La parte de costa de esta región posee inmensos bancos de pesquerías, tan abundantes, que se comparan á los famosísimos de Terranova; y si prescindieramos de la importancia que, considera-

da políticamente, tiene para España aquella comarca, donde deben concurrir poderosas arterias comerciales con el centro de Africa, equivaldría, además, á destruir las ventajas que la explotación del litoral africano ha de reportar á las islas Canarias, llamadas muy merecidamente *las afortunadas*, porque en su abrupto suelo se encuentran los productos más selectos y variados de la tierra, y con sus incomparables condiciones climatológicas deberían constituir la antesala del Paraíso si sus habitantes utilizasen los dones que la naturaleza ha despilfarrado sobre aquel archipiélago.

Parecerá extraño, tal vez inoportuno, señalar, aun cuando sea muy ligeramente, la importancia de las islas Canarias en estas consideraciones sobre la región sahárica sometida al protectorado de España. Sin embargo, la privilegiada posición que goza en el Océano aquel archipiélago, su influencia como punto de escala en largas navegaciones y el desarrollo de intereses que se crearían si llegara á formarse una estación naval de primer orden, dependen también del acrecentamiento de relaciones comerciales con la costa africana, desde los límites de la jurisdicción del sultán de Marruecos hasta el golfo de Guinea. Al departamento oriental de dichas islas, en el cual se comprenden las de Gran Canaria, Fuerteventura y Lanzarote, corresponde

el centro principal de aprovisionamiento de la colonización en Africa y debería ser el granero de esa inmensa región sahárica, bastante más poblada de lo que generalmente se cree, pero donde las cosechas de cereales no bastan en los años de sequía para el consumo de la población. Del archipiélago canario, en suma, han de salir toda clase de auxilios indispensables á las factorías que en el litoral africano se establezcan.

Después de estas ligeras digresiones, que en el curso de este trabajo han de obtener más amplio desarrollo, reanudaremos el estudio preliminar del litoral africano.

La comarca que comprende la costa del Sahara, desde cabo Bojador á cabo Blanco, ha sido teatro de horribles crímenes. Figura como una de las regiones donde se abriga la mayor antipatía á la raza europea, donde el encono de las pasiones produce más terribles consecuencias, donde el fanatismo y los odios tradicionales á los cristianos tienen mayor arraigo, donde el salvajismo de sus habitantes reviste caracteres verdaderamente repugnantes, y se distingue, en fin, por la serie de naufragios ocurridos en aquel litoral y los inicuos tratamientos sufridos por tanto desgraciado como se ha visto precisado á buscar un refugio en la playa para librarse de una muerte inevitable si permanecía

asido á los últimos restos de sus embarcaciones, destrozadas por invencibles elementos.

Alguna exageración podrá existir en estas apreciaciones, en su mayoría, no obstante, fundadas en los repetidos atropellos de los sectarios de Mahoma; pero conviene analizar las causas origen de tantos crímenes y desgracias antes de juzgar las actuales condiciones de aquel país.

La explotación de los bancos de pesquerías, llamados desde remotos tiempos canario-africanas, constituye el principal elemento de vida de la población de aquel archipiélago, donde la clase menos acomodada de la sociedad hace un gran consumo de pescado salado y *gofio*—harina de maíz tostado.—A esta industria se dedican treinta y tantos pailebots, de veinticinco á setenta toneladas, con una tripulación de mil quinientos hombres. Aun cuándo raras veces se aproximaban á la playa, antes de declararse el protectorado español en el litoral sahárico, es indudable que á estos marinos pescadores corresponde gran parte de responsabilidad por el encono arraigadísimo que existe entre canarios é indígenas del desierto. En vez de procurar una inteligencia, que tan provechosa hubiera sido para los moros de la costa y los tripulantes de los buques pesqueros, se ha mantenido una situación violenta, llena de asechanzas, em-

boscadas y perfidias, hasta producir el odio más reconcentrado y la desconfianza más grande por ambas partes: en semejante estado, sólo después de algún tiempo, cuando desaparezca el recuerdo de crueles represalias y se destierren antagonismos que nunca debieron existir, podrá obtenerse el dominio pacífico y el restablecimiento de sincera armonía, tan indispensable para el incremento comercial en aquella región.

Las dificultades que han de vencerse hasta llegar á este resultado no guardan proporción con la magnitud y la trascendencia de esta empresa. Es necesario asegurar para el porvenir de España, sin prescindir de las islas Canarias, grandes corrientes comerciales y la explotación de los bancos de pesquerías; es preciso establecer lazos de estrecha unión entre las tribus salvajes del desierto y los establecimientos comerciales que se construyan en el litoral, fundiéndolos en nuestra civilización y nuestras costumbres; atraer los elementos de riqueza que encierra aquel país vastísimo á los puntos más favorables de la costa para la creación de buenos puertos, y arraigar entre los creyentes, que desconocen todo principio de autoridad y hacen alarde de una independencia brutal, hábitos comerciales que se generalizan fácilmente en toda comarca donde impera el elemento

musulmán, que se distingue por su espíritu especulativo.

Estos propósitos, acariciados por cuantos se ocupan de los asuntos de Africa, y que forman en primera línea entre los ideales nacionales, no hallarán, seguramente, rápida solución sin afrontar los riesgos y tenebrosidades de una empresa considerada por algunos como envuelta en la incertidumbre de la aventura, y sin los sacrificios que impone en nuestra época la colonización de un país, con sistemas tan distintos á los que emplearon nuestros antepasados al descubrimiento de América. Pero todas estas dificultades, riesgos y tropiezos, se orillarán fácilmente si á la inteligencia acompaña la energía en un principio, la perseverancia en los sacrificios, el prestigio adquirido ya entre los indígenas y la acumulación de los elementos necesarios para conseguir un fin de vastísimos resultados.



COSTA OCCIDENTAL DE ÁFRICA

CAPÍTULO PRIMERO

Descripción geográfica desde cabo Bojador hasta cabo Blanco.

Examinando las cartas de navegación de la costa occidental de África, y observando la denominación de los cabos, bahías, radas ó ensenadas más notables del litoral, se encuentra una confusión bastante embarazosa entre el tecnicismo oficial, por decirlo así, y los nombres que los pescadores canarios han dado á diversos puntos de la costa, como verdaderos prácticos de ella. Las cartas hidrográficas que revisten mayor autoridad, por estar formadas con todos los datos nacionales y extranjeros obtenidos desde los primeros reconocimientos practicados por diferentes comisiones científicas, carecen de muchos puntos importantes desconocidos oficialmente; y para que este estudio resulte más completo, considero conveniente agregar á los datos ya publicados los que hemos obtenido sobre la marcha ó en la inspección del terreno.

Procuraremos también reseñar, en esta descripción del litoral africano que comprende el protectorado de España, los sitios más frecuentados por los buques veleros que recorren aquellos mares, porque de su conocimiento, aun cuando sea incompleto, pudiera obtenerse beneficios para el comercio, una vez aquilatadas las ventajas que ofrece á las instalaciones provisionales, puntos de etapa ó de refugio de las embarcaciones contra los temporales.

Cabo Bojador.

Forma éste pequeño saliente, en la dirección general de la costa, el límite septentrional de los dominios de España en aquella región, y se halla á los 27° 50' latitud Norte y 8° 17' longitud, según el meridiano de San Fernando.

Este punto, conocido por los prácticos canarios con el nombre de *El Parchel*, determina una extensa rada, abierta á todos los vientos, y, por consiguiente, de muy escaso abrigo para los buques de cualquier clase y de grandes dificultades para el desembarco, pues en una extensión de 3 kilómetros que comprende la ensenada, sólo existe una pequeña playa, no exenta de terribles escollos, para atracar los botes. Como quiera que toda aquella costa se halla muy combatida por las grandes mareas del Noroeste, las olas baten con impetuosa violencia las escarpadas rocas que sirven de valladar á las imponentes masas de agua que amenazan destruir cuanto encuentren en su gigantesca marcha.

La punta más saliente al Norte de esta ensenada se

llama *Falso cabo Bojador* por haber sido confundido durante mucho tiempo por algunos navegantes con el verdadero cabo; es bastante baja y de suelo arenoso en su mayoría, lo cual facilita el desembarco en las contadísimas ocasiones que el mar lo consiente. La parte restante de la ensenada tiene mayor elevación en la costa, pues alcanza alturas de 30 y 35 metros, muy escarpadas, erizadas de formidables escollos y donde es imposible acercarse con ninguna clase de embarcaciones.

Durante seis días permanecimos en una ocasión fondeados en la rada de cabo Bojador sin poder desembarcar, viéndonos obligados á abandonar el fondeadero dejando un ancla y 30 metros de cadena, á fin de evitar un desastre inminente, dada la magnitud de las olas, que amenazaban romper dentro de nuestra embarcación.

Esta breve reseña de la rada de cabo Bojador será suficiente, á mi entender, para poner de relieve las dificultades con que ha de tropezar una instalación comercial mientras la construcción de puertos, cuyo coste ha de ser muy considerable, no modifique las condiciones de seguridad y dé garantías de desembarco en la mayoría de los días del año. Análogos inconvenientes, ó tal vez peores, ofrece toda la costa al Norte de cabo Bojador hasta los límites del territorio donde alcanza la soberanía del sultán de Marruecos.

La Bumbalda.

Por fortuna para el comercio y explotación de la región sahárica, la parte del litoral africano sometido al protectorado de España reúne ventajas muy estimables. Navegando con rumbo al SO., y separado de la costa tan sólo una milla, porque el fondo es grande y muy limpio, se encuentra, á 22 millas de cabo Bojador, una pequeña ensenada con excelente abrigo, que puede fácilmente sustituir á la anterior por su buena playa y fácil desembarcadero, señalado en las cartas de navegación con el nombre de La Bumbalda y conocida también por el *Fondeadero de los Pitones*.

No nos detendremos á reseñar este punto, cuya ocupación por ahora no parece probable, siendo de esperar que, durante mucho tiempo, servirá todavía únicamente de abrigo á los pailebots de la pesca contra los fuertes brisotes que retardan la recalada en Canarias ó la hacen muy difícil.

El Corral, Meseta de la Gaviota y Las Vueltas.

En un espacio de 10 millas próximamente se encuentran tres fondeaderos, con puntos para un fácil desembarco y la ventaja de hallar agua potable á corta distancia de la costa.

El terreno que rodea á estos fondeaderos, y el que se

domina colocándose en una de las pequeñas elevaciones que se encuentran en aquel suelo, cuya extensión puede considerarse en un espacio de seis á siete kilómetros al interior, ofrece una vegetación relativamente considerable, con arbustos de dos metros de altura máxima y terreno susceptible de variadas producciones en los años lluviosos, empleando los elementos que el estudio de las tierras ofrece á la agricultura.

Los Dientes.

También es debido á los pescadores canarios el nombre de los dos puntos que forman igual número de fondeaderos, de escasa importancia y aprovechables tan sólo por los pailebots en sus diversas faenas para la salazón y estivado de la pesca que obtienen diariamente.

El Roquete, Monito, Morro y bahía de Garnet.

Las dos primeras radas merecen tan sólo ser conocidas por la facilidad de desembarcar, siempre que no reinen vientos de afuera, y la ventaja de encontrar agua salobre en las inmediaciones de la costa, donde se hallan algunos pozos hechos por los indígenas.

La bahía ó Morro de Garnet, conocida también por *Punta Tormo*, donde se halla un pequeño entrante denominado *Angra de los Ruivos*, es punto que frecuentan los buques pesqueros, tantas veces citados, por la

abundancia del pescado y seguro fondeadero, excepto con grandes temporales del Oeste.

Buen Jardín.

A 80 millas al Sud de cabo Bojador se halla una excelente bahía denominada *Buen Jardín* por la gran vegetación de sus alrededores, que contrasta notablemente con la aridez que caracteriza el suelo de la región sahárica. Reune este punto especialísimas condiciones, y merece, á mi juicio, más detenido estudio como posición donde un establecimiento ó colonia comercial hallaría considerables ventajas, con relación á otros puntos.

Antiguamente era Buen Jardín punto habitado por unas 800 almas, y servía de etapa ó descanso á las caravanas que, procedentes de Marruecos, Uad-Nun y Tarudant, recorrían la costa con mercancías y se internaban hasta encontrar á Atar y Shingueti, donde generalmente terminaban la venta.

Hasta el año 1851, los Ulad-Delim y Ulad-Arrosiyyin poseían en esta bahía, ó profundo barranco—porque su configuración afecta esta forma diferente del aspecto general de la superficie de aquel suelo—numerosos rebaños de ganado lanar, cabrío y camellos, donde en la actualidad sólo se hallan muchas gacelas, chacales, zorras y lobos en número considerable.

La desaparición de esta especie de aldea del desierto data de aquella época en que el terrible azote del cólera redujo considerablemente la población del archipiélago

canario. Un buque pescador de la clase de pailebots, como los que ahora se emplean, se dirigió por aquel tiempo á la costa de África á recorrer los bancos de pesquerías y dedicarse á su acostumbrada industria, sin sospechar que á su bordo llevaba los gérmenes de la terrible epidemia que tantos estragos estaba causando en la Gran Canaria. Durante la navegación, el cólera adquirió todo su desarrollo, sucediéndose sin interrupción las defunciones hasta el punto de que la tripulación, que se formaba de 37 hombres al salir del puerto de Las Palmas, quedó reducida á nueve individuos, en su mayoría estenuados por la fatiga y por tan desconsoladora situación. El pánico más horrible se apoderó de aquellos infelices, y considerando demasiado lenta la remontada hasta ganar algún puerto de las islas, decidieron embestir el buque en la costa para abandonar aquel casco que, con dificultad, les sostenía sobre las olas, y donde la muerte había hecho devastadora presa. De este modo pretendían alcanzar su salvación, por penosa que fuese, entre las huestes musulmicas del desierto.

Tan pronto como los indígenas que habitaban en Buen Jardín vieron embarrancado en la playa el pailebot canario, se dirigieron á bordo, ávidos de aprovechar cuanto aquel naufragio ofrecía á sus instintos rapaces, inficionándose terriblemente de la enfermedad que había de despoblar aquellos campos feraces con relación á los demás del Sahara.

Por las condiciones de la vida del musulmán, su escasa limpieza y absoluto desconocimiento de los preceptos hi-

giénicos, el cólera, entre los creyentes, ha originado siempre desastres imponentes, y en este caso se asegura que ni uno siquiera de los indígenas que residían en Buen Jardín sobrevivía á los 30 días del naufragio del pailebot pescador canario.

Esta historia, oída referir á los mismos naturales, tiene todos los caracteres de verosimilitud y se transmite entre los indígenas de padres á hijos, sin duda para conservar indeleble y en toda su pureza la aversión ó temor á la ensenada donde se hallan sepultados cuantos allí habitaban.

Cabo Lebén (ó Levén).

Es esta rada, conocida también por *Restinga de la Piedra*, otra posición donde se albergan los buques pescadores, pero de escaso abrigo.

El desembarco es fácil por la pequeña ensenada que forma la piedra, de donde tiene origen su segundo nombre.

Las inmediaciones presentan esa vegetación tan frecuente en el desierto, pero no se ha encontrado pozo alguno en las excursiones verificadas, ni parece hallarse ateniéndose á los informes de los indígenas.

Punta Elbow.

Antes de llegar á esta punta existen unos pequeños salientes que los prácticos designan con el nombre de *Las*

Almenas, siendo conocida también la punta Elbow por *punta del Cotovelo ó Morro de San Pedro*.

Esta posición, que ofrece un buen abrigo con los vientos del primer cuadrante, presenta en cambio grandes contrariedades para la instalación comercial, porque sólo gastando considerables sumas en la construcción de un muelle se podría asegurar el sostenimiento de comunicaciones con la colonia en todo tiempo, condición previa é indispensable de la explotación en aquella comarca.

Angra á caballo.

El gran recodo formado por la parte Sud del cabo ó punta Elbow, y los salientes desde donde se domina el *Monte ó Roque de la Decepción*, ha sido llamado ensepada de *Angra á caballo* ó de *Las Yuncas*, que no ofrece gran seguridad á los buques ni posee fácil desembarcadero, excepto en tiempos bonancibles, á pesar de encontrarse agua salobre en abundancia muy próxima á la costa.

El pescado se presenta en cantidades verdaderamente asombrosas en este recodo, por cuya razón es muy frecuentado por los buques canarios, únicas embarcaciones que, por decirlo así, recorren aquellas aguas. Este punto de la costa es además notable por varios siniestros marítimos ocurridos en el primer tercio del siglo actual, según afirman los habitantes de las inmediaciones.

Península de Río de Oro.

Las ventajas que presenta la situación de esta península, destacada del continente á manera de centinela avanzado en el Océano, fueron la causa principal de ser designada para el primer establecimiento comercial ó factoría erigida en todo el litoral africano de la costa del Sahara, donde España ejerce el protectorado.

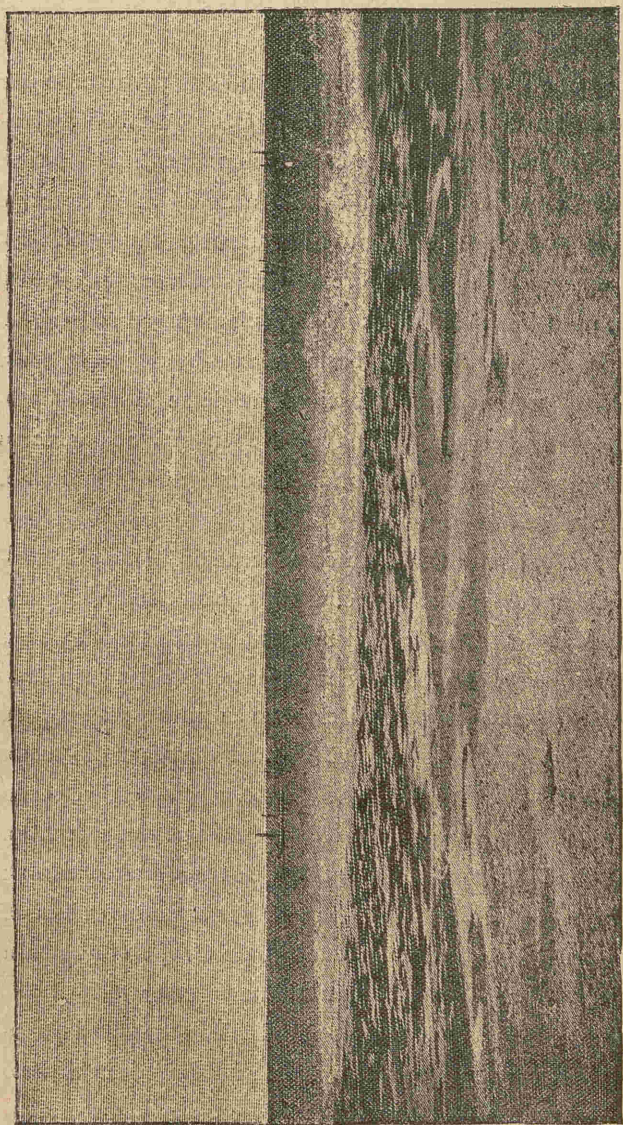
Por otra parte, el temor que inspiran los habitantes de ciertas comarcas de África imponía la necesidad de elegir un puesto para el establecimiento de cualquier clase de colonia europea donde la defensa ofreciese más ventajas, las precauciones pudiesen dar mayor garantía de seguridad y la vigilancia se ejerciera más fácilmente y con mejores resultados. Todos estos objetos parecía natural concurrir en una lengua de tierra de escasa anchura, y, por lo tanto, de fácil dominio; pero no debemos nunca prescindir del carácter de los indígenas, de su desmedido orgullo, incomparable amor propio y de la fuerza moral que se pierde manifestando ciertos recelos que satisfacen sus insensatas aspiraciones de poderío ó supremacía sobre otra cualquier raza que no milite en las huestes musulmanas. Y como el comercio no se obtiene sino de la armonía de relaciones entre uno y otro pueblo, y del aumento progresivo de comunicaciones, necesario es convenir en que los medios defensivos puestos en práctica en aquella comarca han de armonizarse con las condiciones indis-

pensables al desarrollo comercial de la colonia que allí se establezca.

La península de Río de Oro, unida al continente por un istmo arenoso y de malísimo tránsito, afecta una forma realmente singular. De la dirección general de la costa se desprende una lengua de tierra de 37 kilómetros de longitud por 2 á 5 de anchura, en su parte mayor, elevándose tan sólo 6 metros sobre el nivel del mar, excepto en varios puntos conocidos con diversos nombres. Se halla, por lo tanto, á un nivel bastante más bajo que la costa restante, y abraza una espaciosa ría de 22 millas de longitud por 5 de anchura, navegable en sus dos terceras partes, con 24 metros de fondo máximo y 8 mínimo en el cauce principal.

Como toda ría de alguna consideración, tiene el inconveniente de la barra, á la cual no concedemos gran importancia, porque sólo con fuertes temporales del Oeste, por fortuna muy poco frecuentes, las olas adquieren proporciones temibles; pero si esto no es un obstáculo para la navegación, pues el cauce ó canal mayor tiene en la barra seis metros y medio de fondo en bajamar, y, por lo tanto, suficiente á embarcaciones de gran tonelaje, en cambio, el fondo, muy irregular de la ría, hará bastante difícil la navegación hasta avalizar perfectamente el canal más próximo á la península de Río de Oro, ó el que pasa lamiendo casi la costa del continente.

El puerto exterior, cuyo fondeadero es muy incómodo, pero seguro mientras reinan los vientos alíseos, puede ser desastroso y de difícil desembarco con vientos



RÍO DE ORO. — Vista de la ría, tomada desde la instalación comercial. (De fotografía.)

del Sudoeste. En el interior de la ría tienen los buques completa seguridad con todos los tiempos, pues únicamente el flujo y reflujo de las mareas, que llegan á alcanzar tres millas de corriente por hora, auxiliado por la brisa constante, levantan algún oleaje muy continuo, pero sólo molesto á las pequeñas embarcaciones ó botes de vela.

Incidentalmente hemos dicho que la ría de Río de Oro ofrece dos cauces navegables, y para completar su descripción, citando también los bajos que velan en bajamar, conocidos con los nombres del *Carenero*, *Pequeño y Gran Galeoto*, y señalando los demás escollos que han de encontrar los buques para la navegación, sería necesario acudir á un estudio de sondas, por desgracia limitado hasta ahora, á una reducida parte de la ría y sólo aprovechable cuando pueda enlazarse con los demás puntos como base de su conocimiento hidrográfico. De los sondeos practicados se conoce la dirección del cauce más próximo á la península de Río de Oro, y los bajos, algunos de gran extensión, que tiene la ría hasta la isla Herne, formados de fango, algas ó arena arrastrada por la corriente.

El fondo de la ría presenta una vastísima ensenada, que en bajamar queda casi al descubierto en un espacio de 10 kilómetros, rodeada de infinitos barrancos formados por desprendimientos sucesivos del terreno, pero por ningún lado se descubre señal alguna que indique, ni remotamente, la existencia de un río, como figura en todas las cartas de navegación y parece desprenderse del nom-

bre dado desde tiempos antiguos á esta parte del litoral del Sahara.

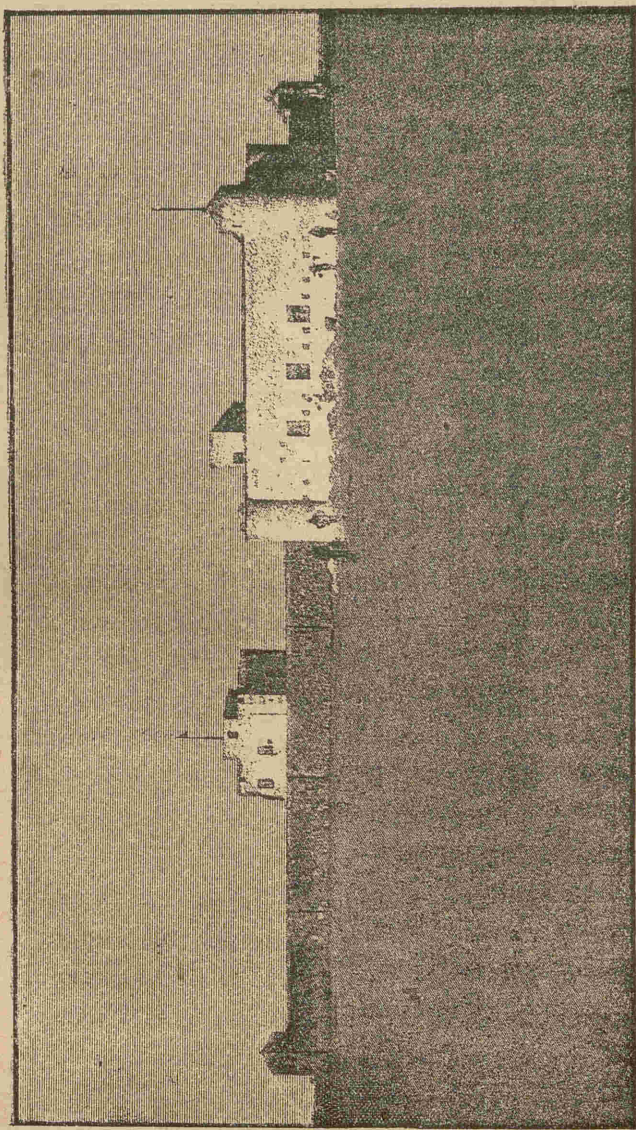
De lo cual se deduce que el origen del nombre de Río de Oro dado á esta península es completamente imaginario ó fantástico, por carecer de río alguno y no encontrarse en sus inmundiciaciones, ni á largas distancias, ese precioso metal objetivo primordial y constante de la insaciable codicia humana.

Y he de encarecer la necesidad de hacer públicos estos datos, á fin de que los caracteres impresionables, fijándose en el atractivo del nombre de esta península, no malgasten sacrificios basados en cálculos erróneos y que redundan también en desprestigio de lo que tanto importa conservar y desarrollar en interés de nuestro comercio.



La isla Herne se halla situada en el fondo de esta ría, rodeada de terreno pantanoso y en comunicación con el continente, en bajamar, porque queda descubierta en unos 2 kilómetros la playa inmediata al istmo. Tiene la isla citada trece pequeñas colinas de forma cónica bastante irregular, en escalones ascendentes, en dirección SO. á NE, desde 3 metros hasta los 40 próximamente que mide de altura la más elevada, que se halla en el primer tercio de la línea NE. al SO. que determinan, siendo su anchura ó espacio que ocupan de un kilómetro escaso.

Los indígenas llaman á la isla Herne *El Trok*—cuya



Río de oro.—Factoria y fuerte avanzado. (De fotografía.)

traducción equivale á *el paso* ó *el camino*—por hallarse casi sobre el istmo de entrada á la península, y es muy conocida en todo el desierto porque en sus inmediaciones se recogen millares de crustáceos (*amdjun*), que transportan á Ualata, Timbuctú y Benigram, para la venta por oro, marfil y esclavos.



La península de Río Oro, conocida por las gentes del Sahara con el nombre de *Dajala-es-Saharia* (entrante del *desierto*), es sumamente llana y con escasa vegetación. El grande y pequeño Arciprés y la punta *Morro*, que comprenden cerca de 30 kilómetros de la península desde la punta Durnford, son elevaciones notables tan sólo en la invariable planicie de esta posición. Una vez rebasada la punta occidental y penetrado en el puerto exterior, se encuentra una hermosa playa, con excesiva abundancia de arena y en un nivel bastante más bajo que el suelo general de la península; después de atravesada la barra, toda la costa interior es de roca y conchuela, de difícil acceso por algunos sitios, pero siempre asequible por su escasa elevación, que no suele exceder de 5 metros.

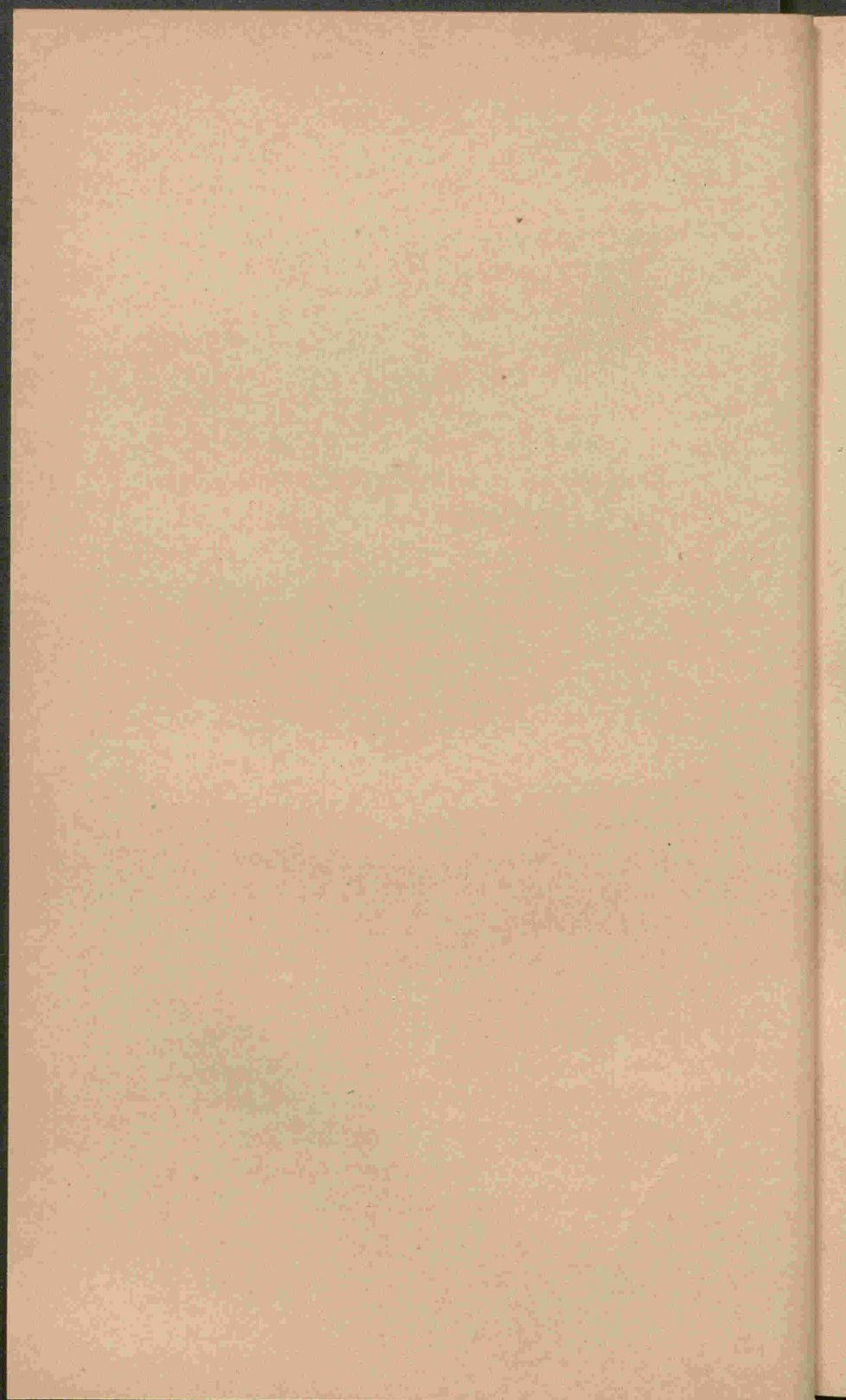
A unos 23 kilómetros de la punta Durnford se encuentra un terreno con mayor vegetación, sembrado de flores silvestres en la primavera, más poblado de gacelas y donde existe un pozo de agua dulce, cuyas condiciones serían muy apreciables si se observara alguna limpieza.

Origen dudoso debe concederse á este pozo, verdadera-

EL SÁHARA.



Rio de Oro.—Patio de la factoría.



mente providencial para auxiliar los primeros trabajos de la colonia que allí se establezca. Algunos indígenas confiesan que fué construído por cristianos, y no parece aventurado dar crédito á este informe, porque el trabajo que allí se revela no es obra de aquellos naturales. Es preciso suponer que este pozo ha sido hecho por los desgraciados náufragos que tan terrible suerte han experimentado en aquellas inhospitalarias playas desde remotos tiempos. Confirma esta hipótesis, además, el hecho de que la forma circular del pozo termina á los tres metros de profundidad, en que el agua se adquiere fácilmente y desaparece el terreno de roca fuerte para mezclarse con parte arenosa que el elemento líquido ha ido socavando lentamente hasta producir una cueva de alguna extensión, donde en la actualidad se acumulan materias corrompidas, dando al agua un olor fétido y condiciones poco higiénicas, excepto para los indígenas del Sahara, cuya organización física, formada por el medio en que viven, les permite toda clase de abusos sin alteración notable en su salud.

La cantidad de agua que puede obtenerse de este pozo es muy considerable. Habiendo necesitado proveerse de agua la colonia existente en Río de Oro, fué preciso proceder á una limpieza lo más escrupulosa posible, y que se dió por terminada á las once de la mañana, cuando aun quedaban pequeños residuos de los manantiales de las paredes del pozo. Muy cerca de la una de la tarde empezó la extracción de agua y á las seis se habían obtenido más de 2.000 litros.

A ocho kilómetros del pozo descrito termina el terre-

no fuerte ó de roca para convertirse en grandes dunas de arena, muy movediza y sumamente molesta para la marcha, constituyendo este espacio el istmo de la península.

A medida que se avanza hacia el continente, que se eleva majestuoso sobre aquel arenal, en algunos sitios más bajo que el nivel del mar, disminuye de un modo progresivo la anchura del istmo, hasta quedar reducido á un metro y medio escaso en pleamar.

Antes de llegar al continente se halla en la costa del Océano una piedra relativamente enorme, de 16 metros de altura y 22 de extensión, unida á la península por estrecha lengua de arena que se cubre en las grandes mareas. Esta piedra figura en los mapas con el nombre de Monte de la Decepción y los pescadores canarios la conocen por *Roque Cabrón*, habiendo merecido estos calificativos por el aspecto que presenta vista desde el mar y que aparece como aislada completamente del continente.

En sus inmediaciones han ocurrido varios siniestros marítimos. Algunos de los indígenas que pueblan la península de Río Oro recuerdan todavía el naufragio de un birk-barca americano—según todos los indicios—ocurrido en la pequeña ensenada que se forma al abrigo del Monte Decepción, de cuyo naufragio aseguran aquellos creyentes que se salvaron los ocho tripulantes que venían á su bordo y que, embarcados en un buque pescador, regresaron á *tierra de cristianos*. Pero considero inútil añadir que todo cuanto el mar arrojó á la playa, ó los moros pudieron recoger yendo á bordo y á nado en los

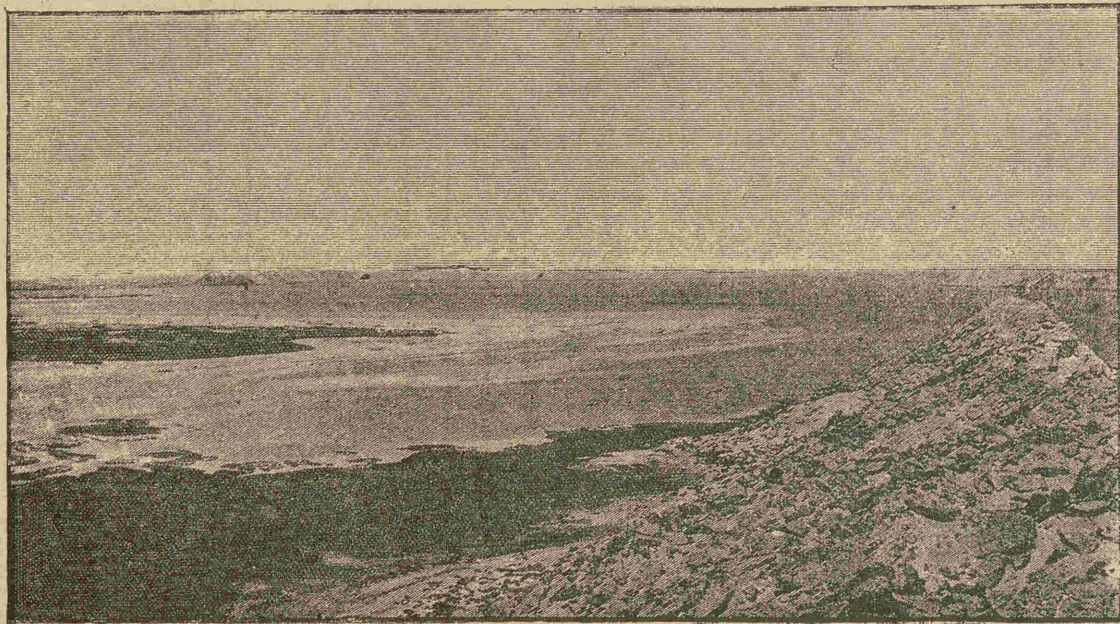
días bonancibles, fué distribuído y aprovechado por aquellos sectarios del Profeta, con gran contentamiento y algazara, según la satisfacción con que aun recuerdan este desastre marítimo.



La factoría española establecida en Río de Oro se halla situada á 12 kilómetros próximamente de la punta Durnford y sobre la costa de la ría. En la elección ha presidido la idea de obtener más próximo y seguro fondeadero, armonizando esta condición con las ventajas que el sitio reporta para la construcción del muelle de escollera, tan útil como indispensable al comercio que allí se desarrolle. No obstante este estudio, los buques no podrán acercarse nunca á menor distancia de 500 metros de la playa.

Conocida la posición donde un edificio sirve ya para indicar el dominio de España y sostener con relativo decoro su pabellón, es muy necesario describir la costa de enfrente, cuyas condiciones han de aprovecharse cuando el comercio adquiera verdadero desarrollo, por exigirlo así los mismos indígenas.

Pocas exigencias estarán más justificadas. Ofrece aquella costa la gran ventaja de que los buques pueden fondear muchísimo más próximos de tierra y con el mismo abrigo. El cauce es bastante mayor, pero requiere un detenido estudio para reconocer bien los pasos que tiene por la barra y escollos de la navegación dentro de la ría, que no podrá utilizarse sin que estos reconocimientos se



RIO DE ORO.—Vista del fondo de la ría, tomada desde la isla Herne. (De fotografía.)

practiquen, á fin de no comprometer las embarcaciones en los numerosos bajos que hallarían en su marcha. Presenta esta costa del continente el obstáculo, á primera vista considerable, de su mayor elevación, que oscila entre 40 y 50 metros, la gran inclinación de sus laderas, y la abundancia de terreno pedregoso, porque no es conveniente ni posible aprovechar los espacios de arena, donde será más difícil formar caminos ó rampas de subida para las operaciones de carga y descarga de los buques.

Vencidos estos inconvenientes, que sólo representan mayor trabajo y dispendios de alguna cuantía, los resultados compensarían pronto los sacrificios de la instalación de una factoría ó centro comercial. Se aminora en dos días la distancia que han de recorrer los indígenas para llegar á nuestro mercado, el terreno es más susceptible de cultivo, los pastos son más abundantes y, por lo tanto, pueden sostener los camellos mientras los indígenas permanezcan en la factoría, el ganado que se adquiriera tendrá más seguros pastos durante el tiempo que impongan las comunicaciones, verdadero inconveniente de todo proyecto de colonización, base del comercio en el Sahara y de difícil solución por los gastos que originan.

Para completar estas ideas convendría fijar el punto de la costa del continente comprendida en la hermosa ría de Oro, donde debía establecerse un núcleo comercial con todos los edificios indispensables á las transacciones y al sistema de defensa necesario para la seguridad de la colonia; pero sería también expuesto á perjudiciales errores adelantar juicios sin el conocimiento previo de los pasos que

á las embarcaciones ofrece la ría, porque estas apreciaciones deben armonizarse con las exigencias de la navegación y las ventajas del terreno para instalaciones comerciales.

Una vez vencida esta dificultad, no se requieren grandes estudios para designar una de las muchas ensenadas ó recodos donde se hallan casi las bases principales para la construcción de un muelle de escollera que, aun proveyéndole de todos los adelantos modernos, había de resultar muy económico.

Cintra.

El litoral de la costa sahárica, desde cabo Bojador á la punta Durnford, no ofrece escollo alguno á los buques de cualquier calado, y los marinos navegan muy confiados á la vista de la costa, la cual pueden inspeccionar fácilmente desde á bordo, y sólo por la noche suelen alejarse á 8 ó 10 millas por precaución siempre laudable.

No sucede lo mismo en el litoral comprendido entre la península de Río de Oro, una vez rebasada la punta del *Pescador* y cabo Blanco. El fondo es bastante irregular y cuando se navega á la vista de tierra debe observarse la mayor vigilancia, porque tan pronto como el sol oculta sus últimos rayos detrás del horizonte, se hace muy difícil reconocer la costa á una milla de distancia, por su igualdad inalterable y escasa elevación. Algunas veces los prácticos en aquellos mares reconocen la existencia de poco fondo y la proximidad de la tierra por el color del

agua; en este caso los pescadores canarios suelen practicar algunos sondajes, arriar velas, y, por último, dejar caer un ancla como medida preventiva, si el estado del mar lo consiente, y esperar los primeros albores de la mañana para conocer la situación del buque. No basta disfrutar de luna llena para orillar estos inconvenientes, que tanto temor infunden á los prácticos canarios y que procuran evitar casi siempre alejándose demasiado de la costa, con gran detrimento de la marcha.

A 30 millas próximamente de la punta del Pescador se encuentra la bahía de Cintra, que aun conserva el nombre de aquel ilustre marino portugués, víctima de su entusiasmo patrio y mártir de la ciencia.

Fué Gonzalo de Cintra el primero que reconoció esta bahía, bastante abierta á los vientos de fuera, pero con excelentes fondeaderos para toda clase de buques. La entrada es muy espaciosa, aun cuando no exenta de escollos, y el desarrollo de costa mide 47 kilómetros, siendo muy contados los sitios donde se puede desembarcar, por lo acantilado de la playa y la impetuosidad con que rompen las olas empujadas por los diferentes movimientos del Océano. Al Norte de esta gran bahía existe una restinga ó saliente de piedras, donde las rompientes son constantes, y como la dirección de este saliente es la misma que sigue todo el litoral, ofrece un abrigo, en cuyo fondo se suele desembarcar sin exposición.

Los primeros reconocimientos practicados y los trabajos hechos para el levantamiento del plano de esta importante bahía fueron sumamente expuestos y ocasionados á

tristes consecuencias para nosotros y la tripulación del bote, que procuraba mantenerse á la distancia más próxima posible de la playa. Al tratar de ganar la embarcación se hacía preciso luchar con los inconvenientes de una playa muy acantilada y con imponentes y continuadas olas, que rompían dentro de la lancha con abrumadora fuerza, dificultando de este modo todas nuestras operaciones y estudios.

La construcción de un muelle en esta bahía ha de originar grandes sacrificios, porque el sitio más adecuado, según la simple inspección del terreno, carece de la piedra suficiente para este objeto y para las edificaciones indispensables á una instalación comercial.

Las inmediaciones del punto de desembarco son de arena, formando grandes dunas, y de terreno fangoso, intransitable en parte. Sólo á unos cinco kilómetros de la playa se encuentra la costa elevada, donde la piedra es abundante y el suelo de tierra vegetal en su mayoría.

Los indígenas designan á la comarca que rodea la bahía de Cintra con el nombre de *El Matar*.

Bahía de San Ciprián.

A la distancia de 48 millas, al Sud de Cintra, se halla otra bahía llamada de San Ciprián, no siempre aprovechable.

La gran ensenada que allí se forma al abrigo de cabo Barbas ha sido denominada por los pescadores canarios *bahía de los Apuros*, por la dificultad de hallar fácil sa-

lida con vientos de atuera ó con las gruesas mares del Noroeste, que vienen á terminar en enormes montañas de agua en este inhospitalario punto de la costa sahárica.

Los dos naufragios ocurridos en esta bahía y las amarguras que representa para los navegantes la incomunicación con la costa, por temor á los indígenas y la imposibilidad de hacerse á la mar con vientos del tercer cuadrante, sin atravesar las imponentes olas que se forman á la entrada de la bahía, justifican plenamente el nombre de bahía de los Apuros que ha merecido de los marinos costeros.

Bahía de Corey ó Corveiro.

Los inconvenientes que concurren en la ensenada ya descrita de San Ciprián, sirven para hacer más estimables las ventajas de la bahía de Corey, muy frecuentada por los pailebots de la pesca, que la consideran como excelente puerto de refugio contra los temporales de fuera, porque en su reducida ensenada gozan de completa seguridad, tienen un excelente fondeadero y pueden dedicarse con relativo sosiego á las operaciones de salazón y estiva del pescado recogido durante el día.

Esta bahía reúne también la ventaja de poderse formar un muelle sin grandes sacrificios, porque está completamente al abrigo de los fuertes brisotes, el movimiento del mar es muy suave y su fondeadero bastante más limpio que el de Cintra. Como en ésta, la playa es en general acantilada, pero tiene varios puntos de fácil

desembarco, y las inmediaciones de la costa revelan condiciones no despreciables para la vegetación, la arena es bastante escasa y existen grandes probabilidades de encontrar agua potable á muy corta distancia.

En nuestro concepto, este punto debe ser objeto de detenidos reconocimientos, porque tal vez fuese necesario aprovechar sus condiciones, y aun mejorarlas á poco coste, para formar el último establecimiento que al Sud de la costa sahárica represente al comercio español, si del resultado de las negociaciones diplomáticas entabladas con Francia se desconoce nuestro incontrastable é indisputable derecho á ocupar la bahía del Galgo.

Cabo Blanco.

Después de la bahía de Corveiro, la costa no ofrece punto saliente ni de abrigo alguno hasta el falso y verdadero cabo Blanco, situado á los 20° 47' latitud Norte y 10° 55' longitud, según el meridiano de San Fernando, debiendo considerarse este punto como el límite de nuestros dominios en la costa occidental del Sahara.

La situación de este punto importantísimo, bajo los distintos aspectos político, comercial y pesquero, no puede definirse de modo que facilite su comprensión sin describir las dos bahías denominadas del Oeste y del Galgo, por la forma especial que afecta la extensa y arenosa lengua que ha recibido el nombre de cabo Blanco.

Navegando siempre á unas 2 millas de la costa, se descubre primeramente un saliente, que ha sido llamado

desde remotos tiempos el *Falso cabo Blanco*, y remontada esta punta se apercibe una extensa bahía, que termina en el extremo de la lengua de tierra señalada posteriormente con el nombre de cabo Blanco. Entre estas dos salientes se encuentra una bahía conocida por la *bahía del Oeste*, y próximamente en su centro existe una roca de 14 metros de altura sobre el nivel del mar, de superficie plana, midiendo una extensión lineal de 90 metros de longitud por 60 de espesor. Esta roca, que parece colocada por la Providencia para los primeros trabajos de instalación, con todas las condiciones defensivas apetecibles, está unida al continente por un estrecho istmo de arena y forma una pequeña ensenada, donde el movimiento de las olas es casi imperceptible y cuyo fondo de arena ofrece un cómodo desembarcadero.

Los pailebots canarios, dedicados á la pesca en aquellos mares, fondean de ordinario en la bahía del Oeste, mientras no aparecen en el cariz indicios de temporales ó vientos del Sudoeste. En este caso buscan abrigo en la hermosa é incomparable bahía del Galgo, una vez rebasada la punta de cabo Blanco, cuya bahía, internándose en dirección Nordeste en una extensión de 20 millas, presenta diversos y muy excelentes fondeaderos, conocidos con el nombre de punta *Cansada*, puerto del *Reposo*, del *Avesiruz*, etc., resguardadas de todo tiempo y con posiciones inmejorables para la construcción fácil de un muelle, requisito indispensable de los establecimientos comerciales que se funden en aquel litoral africano.

La posición de cabo Blanco, por su relativa proximidad á los centros más poblados del Sahara, ofrece mayor porvenir al comercio europeo; pero los sacrificios que impone serán también más considerables. La gran distancia que separa á cabo Blanco de las islas Canarias, centro, á nuestro juicio, de abastecimiento general de las colonias de África, y la carencia de agua potable ínterin no se practiquen trabajos á fin de encontrar este precioso é indispensable elemento para la vida del hombre, son las contrariedades mayores que urge remediar antes de establecer una factoría. El aumento de comunicaciones parece ser el único medio de garantizar la existencia á los que allí se establezcan; pero estas comunicaciones no pueden confiarse á los buques de vela. La tripulación de los pailebots que acuden á la pesca de cabo Blanco calculan la remontada en veinte ó veinticinco días, excepción hecha de las casualidades extraordinarias. Como navegan con sólo una brújula, cuyas indicaciones no merecen entera seguridad por sus malas condiciones, al emprender el regreso empiezan por poner la proa al Oeste Noroeste, á fin de obtener el mayor resultado de los brisotes ó vientos alisios que generalmente reinan en aquella costa. Al cabo de seis días, los más atrevidos dan la primera bordada para ganar la costa y reconocer la verdadera situación en que se encuentran. De este modo consiguen dominar *El Parchel*, luchando con el viento y las corrientes, siempre contrarias, para luégo dirigirse en demanda del departamento oriental de las islas Canarias.

Aparte de estas dos contrariedades, cuya importancia

difícilmente puede exagerarse, hay que considerar también que toda la península de cabo Blanco forma un inmenso arenal, de escasísima vegetación y penoso tránsito.

Desde que se desembarca se presenta á la vista del observador una gran extensión sembrada de colinas de arena, en forma de conos, que el viento, cual geniecillo inquieto y travieso, destruye y vuelve á construir allí donde existe un pequeño obstáculo que detenga las movedizas arenas.

Ante esta perspectiva, verdaderamente incomparable, á la vista de un campo tan árido como perjudicial para toda tentativa de colonización, el más optimista se siente dominado por un espíritu de tristeza ó melancolía. Si los vientos no fuesen tan constantes, aun sería aprovechable este terreno; pero entonces se tropezaría con el inconveniente de la temperatura, que de los 22 á 25° centígrados, pasa con rapidez á los 40, una vez que cesa la influencia bienhechora de la brisa.

Es preciso internarse, buscar el fondo de la bahía para fundar los establecimientos comerciales próximos al terreno de cultivo y á los sitios donde será más fácil encontrar agua potable. Es indispensable además afrontar resueltamente los sacrificios que esto impone para dar mayor garantía de éxito á la factoría que se establezca en el límite Sud de nuestro protectorado y cuya posición tratan de disputarnos nuestros vecinos de allende el Pirineo.

Islas de Arguín.

No forman estas islas, ni los grandes bancos que las rodean, en la demarcación que comprende el protectorado de España; pero habiendo sido objeto de apreciaciones erróneas, demasiado divulgadas desgraciadamente, consideramos necesario hacer una ligera descripción de sus condiciones y situación para alejar todo proyecto temerario en futuras empresas.

Después de la bahía del Galgo se hallan esos peligrosísimos bancos de Arguín, que miden más de 40 millas de extensión y que no han sido todavía perfectamente definidos ni reconocidos por los infinitos obstáculos que presentan hasta para las más pequeñas embarcaciones.

Las únicas noticias que de estos bancos se tienen y cuya exactitud merece mayor garantía, son las que proporcionan algunos, muy contados, prácticos canarios; pues si bien han sido conocidos varios cauces cuando las islas de Arguín estaban ocupadas por colonos europeos, las corrientes marinas han modificado radicalmente la situación de los bajos, haciendo imposible por ahora la navegación sin exponerse á fatales consecuencias.

Una rápida ojeada por el mapa que acompaña á estos apuntes descriptivos bastará para formar exacto concepto de la posición que ocupan estas celeberrimas islas y de las dificultades que rodean á su ocupación. Aparte de estos inconvenientes, no despreciables, es preciso añadir que sus condiciones higiénicas son bastante desfavorables

en oposición de cuanto sucede en la costa restante ya descrita.

El temor á los indígenas ha sido la causa de que los portugueses primeramente, y luego los holandeses y franceses, se establecieran en el siglo pasado y principios del actual en la famosa isla de Arguín, en cuyas inmediaciones tuvo lugar el imponente naufragio de la *Méduse*, de imperecedero recuerdo en los fastos marítimos por las escenas terroríficas á que dió lugar aquella hecatombe humana. Pero fácilmente se comprende que los establecimientos antes citados tenían por objeto la explotación de los riquísimos bancos de pesquerías, sin los peligros que ofrecía el trato con los naturales del país, porque es evidente que la formación de mercados y centros comerciales no se consigue aislándose de las fuerzas productoras y demostrando una desconfianza que no puede armonizarse con las operaciones mercantiles.

De aquí la importancia que se ha querido dar á la isla de Arguín, considerada, en nuestro concepto, como posición perjudicialísima, exenta de ventajas y colmada de todo género de inconvenientes.

De los tres islotes que determinan este punto sólo el del medio ofrece garantías para una sólida construcción, y, en efecto, allí se encuentran todavía formidables ruinas de edificios antiguos, pues deben su fundación á los primeros ocupantes, los portugueses, hace más de doscientos años; también se hallan dos cañones en completo abandono, muchas excavaciones y un pozo de agua salobre que utilizaban los europeos colonizadores holandeses y luego

los franceses, ó los indígenas que han habitado esta isla cuando contaban con botes ó lanchas, adquiridos en algún naufragio de los que registra la historia de aquel litoral.

La esterilidad de los sacrificios hechos para conservar esta isla desde remotos tiempos, tal vez desde que se descubrieron sus abundantes bancos de pesquerías, confirma y justifica lo perjudicial que hubiera sido extender nuestro protectorado hasta ocupar una posesión que tienen abandonada los franceses desde principios del siglo, y los resultados poco satisfactorios que ofrece para el comercio, base de nuestras conquistas territoriales en África.



CAPITULO II

Tribus y poblaciones del Sahara.

El estudio que bajo diferentes aspectos presenta toda la región sahárica comprendida entre los paralelos 21° y 27° latitud Norte, y cuyo litoral queda ya descrito, debe formar, á nuestro juicio, la base de garantía para el porvenir de las empresas comerciales llamadas á desarrollar sus proyectos colonizadores en esta comarca africana.

Desgraciadamente, la dificultad de reconocer cuanto encierra aquel vastísimo continente, donde los indígenas hacen alarde de una independencia salvaje, impide señalar, con datos irrecusables, las diferentes fases que pueden presentarse en el planteamiento y solución de tan importantes problemas para la civilización del África.

Los peligros de toda clase que rodean siempre á los viajeros y exploradores, los grandes sacrificios que origina una expedición perfectamente aprovisionada y dirigida, y la desconfianza ingénita en los musulmanes, acrecientan las hipótesis ó suposiciones, justifican los errores

divulgados, esterilizan laudables esfuerzos y son obstáculos siempre permanentes para el verdadero conocimiento de determinadas partes del continente africano.

En esta ocasión, la abnegación, eficazmente secundada por la fortuna, ha conseguido salvar los principales escollos, y las noticias obtenidas son suficientes para poder afianzar con solidez la obra ya iniciada por nosotros, levantar sus cimientos y darla término con las mayores probabilidades de éxito.

De los reconocimientos hechos por la costa; de los viajes realizados al interior; de la correspondencia sostenida con los jefes de tribus más importantes, Ma-el-Ainin y Ueld-el-Aida, para alejar toda agresión ó temor á represalias por antiguas y lamentables escenas; de los informes comunicados por los indígenas, en quienes se ha conseguido inspirar una confianza y simpatía superior á las esperanzas concebidas por los más optimistas, y de la propaganda realizada con grandes ventajas para el prestigio de España, se desprende que la comarca cuyos límites hemos señalado no sólo encierra una población numerosa, sino también elementos y productos para un movimiento comercial considerable.

Después del territorio del Sus y Uad-Nun, con un desarrollo cuyo límite no es fácil determinar y que se reconoce como región fronteriza, pero feudataria del sultán del Mogreb, se hallan varios núcleos de habitantes, diseminados según las condiciones impuestas por la lucha que entre sí mantienen y sometidos nominalmente á un sherif cuya importancia guarda siempre proporción

con el número de súbditos colocados condicionalmente á sus órdenes.

En el territorio de Tekna, más al Norte de cabo Bojador, empiezan estas pequeñas *agrupaciones*, cuya denominación política es casi imposible de establecer, dada la irregularidad ó, mejor aún, la carencia de principios fijos en que se fundan, y que en último término se resuelve para los indígenas en la precisión de vivir en completa esclavitud del más fuerte y sufrir las más increíbles vejaciones.

La factoría que un comerciante inglés ha establecido en cabo Juby, lucha, para su existencia y desarrollo, con la división de fuerzas entre los caciques del país, el espíritu antagónico que entre ellos existe y la poca seguridad que disfrutaban los mismos indígenas, por caminos y veredas, al conducir sus mercancías. Razón por la cual se hacen muy difícilmente las operaciones comerciales, porque donde no existe respeto alguno á la propiedad desaparece, como consecuencia lógica, el interés por la adquisición.

En el intermedio de cabo Juby ó *Tarfaya*—como llaman á esta posición los indígenas—hasta cabo Bojador, habitan muchas familias musulmanas de distinto origen, que, además de otros pequeños caciques, reconocen por jefe superior á un sherif llamado Mohammed-el-Aid, el cual á su vez es tributario de los Ulad-Hosein, y de los Beiruk, para que sus gentes puedan comunicarse, con relativa seguridad, con Uad-Nun, Tarudant y Marruecos, sin que esta garantía les dispense de pagar, en todos los

tránsitos donde existan agrupaciones de población, el diezmo de cuanto conducen, por venta y compra, con otras gabelas que consumen la mercancía y aniquilan las fuerzas productoras de los infatuados sectarios del Profeta.

A medida que se avanza hacia el Sur, las agrupaciones de chozas ó jaimas pertenecen á otras tribus completamente independientes. Desde cabo Bojador á cabo Blanco, y en una extensión de 500 kilómetros al interior, se hallan los Ulad-Delim, Ulad-Tsederari, Ulad-Amar, Ulad-el-Lab, Ulad-Sid-Siyed, Ulad-Arosiyin, Ulad-Erguibats, Ulad-Sid-Mohammed, Ulad-Salem, Ulad-el-Gazal y Ulad-Sbá, que dominan la importante región del Adrar con otras pequeñas kábilas, cuyo número menor de habitantes reduce la importancia de sus condiciones, aun cuando merezcan especial estudio por la situación ventajosa que ocupan y las facilidades que pueden ofrecer á las corrientes comerciales que allí se establezcan.

La falta absoluta de ríos, barrancos ó arroyos, pues estos últimos sólo se forman cuando las lluvias son muy abundantes y sirven para nutrir grandes lagunas, y la relativa escasez de terrenos propicios á una floreciente vegetación, obliga á los indígenas á elegir sitios para sus aldeas ambulantes donde se encuentren á proximidad manantiales, pozos de agua dulce ó salobre, á fin de atender á las necesidades de la vida.

Como también el agua se presenta con una escasez aterradora en grandes trayectos, la población es casi imposible en espacios de 30 y 40 leguas cuadradas, viéndose

obligados los caminantes á sustituir el agua por leche de camella para apagar la sed, suministrándola también á los caballos y mulas que emplean en sus marchas.

Por fortuna las grandes planicies donde la vegetación es casi nula y en las cuales se carecerá de agua mientras no se construyan pozos artesianos, son relativamente escasas, dada la amplitud de aquella comarca. Abundan los grandes oasis, de terreno abrupto, con largas cordilleras, en cuyos valles se recogen las aguas, formándose lagunas de considerable extensión, con tierra vegetal de excelentes condiciones; y en la proximidad de estos puntos se concentran los habitantes del desierto para el cuidado de grandes rebaños de ganado que encuentra pastos suficientes por la casi constante humedad del suelo durante todo el año. Las condiciones de aquel terreno han hecho necesario la diseminación de los individuos de las tribus que, mezclados con las otras, van á ocupar los sitios privilegiados del terreno á fin de que todos disfruten de sus ventajas y puedan ofrecer seguro asilo á sus mismos correligionarios, cuando por cualquier causa necesiten recorrer aquellos territorios.

Sin necesidad de alejarse á gran distancia de la costa, se observa en muchos puntos de tan vasto litoral una vegetación relativamente considerable, con plantas que ofrecen suficiente pasto á grandes rebaños de camellos, ganado lanar y cabrío, siendo más abundante á medida que se avanza hacia el interior, donde los núcleos de población son mayores y más productivo el terreno.

Pero no son obstáculos invencibles para aquella raza



COSTA OCCIDENTAL DE AFRICA.—Reconocimiento al interior. (De fotografía.)

desgraciada, cuya sobriedad y resistencia no admite término de comparación, las condiciones del terreno y las dificultades de la vida, pues propagan su especie y esparcen la población por todas partes, mezclando sus viviendas con gentes de diferentes tribus, las cuales, ya que no guarden entre sí estrecha armonía, se prodigan las consideraciones más indispensables para evitar choques de resultados siempre funestos.

El litoral comprendido entre la bahía de San Ciprián y cabo Blanco es el que realmente presenta el aspecto que más se aproxima al concepto divulgado en Europa respecto al desierto de Sahara. Todo cuanto desde la costa abarca la vista es, al parecer, estéril por completo; los grandes espacios arenosos cuya configuración está siempre á merced de los vientos, sólo producen algunas plantas, muy acuosas en su mayor parte, pero que escasamente pueden alimentar los rebaños de gacelas, antílopes, gamos, corzos, zorras y lobos, que huyen á la presencia del hombre por la activa persecución que sufren de los indígenas.

Tristísima impresión recibe el observador al desembarcar en cabo Blanco y contemplar aquella vasta llanura arenosa, sembrada de pequeñas elevaciones de arena que el viento amontona sobre un objeto, piedra ó planta, formando una serie de conos que luego se complace en destruir ó transportar á otros lugares en su incansable é improductiva obra de arrastrar cuanto no ofrece resistencia fuerte á su avasalladora carrera. En esa gran lengua de tierra, tan importante para el comercio con el in-

terior, la naturaleza ha escatimado de tal modo sus dones, que la agricultura no encontrará jamás asiento, y sólo á fuerza de grandes sacrificios se conseguirá obtener el agua necesaria para los habitantes de los establecimientos mercantiles y la población flotante que exige todo movimiento comercial. Y, sin embargo de la penosa impresión que aquella comarca produce, no podemos considerarla deshabitada ni estéril por completo para la misión reservada á los pueblos cultos en el continente africano.

Al describir concienzudamente, con la terrible sensación que siempre produce la realidad desprovista de fino ropaje que encubra sus escabrosos detalles, nos mueve, en primer término, el afán de apartar todo concepto apasionado é ilusorio, de consecuencias siempre sensibles, y principalmente la necesidad de proveer á las dificultades y sacrificios de todo género que imponen las empresas colonizadoras, de cualquier clase que se consideren, que encaminen sus esfuerzos á la conquista comercial, y, por lo tanto, pacífica, de la raza musulmana, dominadora de la mayor parte del centro de África.

En este concepto no basta solamente conocer las condiciones del litoral ni la escasa población que allí se encuentra, sino que necesitamos extender nuestro radio de acción al interior, por donde se han de formar las verdaderas vías comerciales, para cuyo objeto reseñaremos á continuación los viajes de propaganda y exploración practicados y los resultados obtenidos que permiten confiar en el éxito más completo de los ideales que España acaricia respecto al porvenir de tan vasto continente.

Viajes al interior.

Es indudable que el medio más práctico de asegurar la explotación comercial del Sahara, arraigar nuestro dominio entre los habitantes del desierto, conseguir la influencia moral indispensable sobre toda raza fanática, formar una verdadera propaganda comercial entre aquellas huestes del Profeta y obtener una descripción detallada de todas las condiciones geográficas, climatológicas y sociales de tan vasta comarca, se consigue únicamente por el roce continuo con los indígenas y el reconocimiento minucioso del terreno.

Pero el musulmán, en su trato con los europeos, demuestra siempre una desconfianza ó recelo sólo justificable por su amor á la independencia que disfruta y el apego á sus tradiciones, aceptadas como dogma de fe, y que considera en peligro inminente desde el momento en que una nación civilizada desarrolle su legítima influencia por comarcas cuyos habitantes sólo conocen los preceptos de Mahoma, notablemente corregidos, desvirtuados del carácter que les imprimiera su fundador y aumentados por sus sectarios.

Los creyentes del desierto no forman una excepción de esta regla general, y tal vez son víctimas de mayores preocupaciones por su mayor alejamiento de los pueblos cultos y porque la defensa de su hogar está amparada únicamente por sus especialísimas condiciones para la guerra de pequeñas partidas, pues quizá no existe raza

alguna que pueda superarles en sobriedad, energía, abnegación y desprendimiento de la vida cuando la reclaman las leyes religiosas porque se gobiernan.

La lucha constante entre diferentes tribus y la gran distancia que las separa de los centros mercantiles ó productores les impone, no obstante, la necesidad de ambicionar y proteger la creación de un puerto comercial que responda á todas sus exigencias y evite los infinitos perjuicios que en la actualidad les irroga la falta de comunicaciones relativamente garantidas.

A esta causa debe atribuirse la satisfacción con que fué recibida nuestra misión exploradora, la declaración del protectorado español en aquella costa y el origen de las promesas de acatamiento y decidido apoyo á la autoridad de España hecha por diversos shejes y personas más caracterizadas entre los indígenas, pero dejando entrever ciertas exigencias que patentizan la altanería é indomable carácter de esa raza que tan brillantes páginas registra en la historia de la humanidad y cuyo estado de degradación, ó miseria física é intelectual, no es comparable con la de ningún pueblo.

En la imposibilidad de obtener noticias exactas y completas del interior del Sahara, por referencias ó conversaciones con los indígenas, la primera autoridad de Shenguetti pretendía convencerme, en una conferencia que con él sostenía en Río de Oro, de la facilidad con que podían orillarse todas las dificultades que necesitaba vencer hasta conseguir la creación de un buen puerto, seguro del éxito de nuestra empresa, pues llegaría pronto á persua

dirme de las ventajas que estos trabajos reportarían por un procedimiento aparentemente muy sencillo. Con razonamientos, que si no revelaban una ilustración superior, dejaban entrever con bastante claridad un sentido práctico por desgracia poco generalizado, el sherif Brahim-el-Marrakshi, demostraba comprender las justificadas dudas y vacilaciones que habían de retardar la construcción de un pequeño pueblo en la península de Río de Oro, con su correspondiente estación ó sucursal en la costa de enfrente y con todos los elementos necesarios para absorber el comercio de aquella región, cuyos límites sería muy difícil y aventurado determinar en estos primeros momentos. Y á fin de obviar todo género de dificultades, proponía acompañarme con numerosos amigos, llevando la escolta y caballerías que pudiera necesitar para recorrer muchos centenares de kilómetros, conocer los centros donde el comercio puede hallar más alicientes, las comarcas donde el ganado es más abundante, las tierras susceptibles de buen cultivo, poblaciones tan importantes como Atar, Shengueti, Uadan, Ualata y hasta Timbuctú y *Bénigran*, si mostrase interés en ello, con lo cual formaría un cálculo muy aproximado de los habitantes con que cuenta cada tribu y del consumo probable que representarían los diversos núcleos de población que visitase para el comercio y la industria española. Con semejante procedimiento podría deducir de un modo indubitable si los sacrificios que impone la construcción de un puerto comercial y la propaganda necesaria para implantar y arraigar las transacciones estarían en proporción de

las ventajas que en plazo no lejano había de conseguir. Según ellos aseguraban, los desembolsos serían bien pronto compensados por los productos que alcanzaría el movimiento comercial que allí se desarrollase, bajo una dirección inteligente y vigorosa, de cuyo supuesto partían para exigir, una vez conseguido este interesante cúmulo de conocimientos que garantizaban el éxito de todos los trabajos posteriores, la rápida creación de nuestros establecimientos, sin omitir ninguna clase de gastos hasta dotarlos de todos los medios y elementos indispensables para el comercio, á fin de lograr mayor prestigio y confianza en el elemento indígena, base principal de la colonización mercantil.

Seguramente nadie podrá desconocer los grandes resultados que estos trabajos hubieran reportado al dominio de España en aquella vastísima región africana. Pero esta excursión, que tantos estudios debía abarcar, produciría consecuencias desastrosas por la falta de recursos para realizarla; presentarse á los indígenas en medio de sus hogares, revelando una pobreza casi mayor que la suya, había de ser sumamente perjudicial al prestigio de España, causa de gran descrédito y motivo para que, exaltadas aquellas fanatizadas imaginaciones por el sentimiento de la superioridad de su raza sobre todas las demás que pueblan nuestro planeta, cometiesen atropellos de todo género, haciendo más difícil la civilizadora empresa que España ha tomado á su cargo.

Era preciso buscar por otros medios resultados análogos, aunque en menor escala, circunscribir nuestro radio

de acción á los elementos con que podíamos disponer, y con este objeto comisioné al moro rifeño que se hallaba á mis órdenes, Mohammed-el-Madani, soldado de la sección de tiradores del Rif, para que, acompañado del sherif Jameida, de gran influencia en el país, perteneciente á la tribu de Ulad-Sbá, y en quien tengo la más completa confianza respecto á su interés y entusiasmo por España, recorriesen una parte considerable del desierto, diesen el mayor desarrollo posible á la dominación comercial que allí se intenta establecer y recogiesen todos los datos indispensables para el estudio y conocimiento de aquella comarca, como trabajos preliminares que habrían de complementarse en día no lejano.

Primer viaje.

El 13 de Septiembre de 1885, terminados los preparativos de la marcha, emprendieron su viaje el sherif Jameida y el Madani, llevando tan sólo dos camellos, víveres para unos diez días y regalos de escasisima importancia.

El sherif Jameida se opuso tenazmente á llevar mayor cantidad de provisiones, porque en el camino las encontrarían en abundancia en las *jaimas* ó chozas de sus amigos y de su familia. De este modo pretendía demostrar el gran interés que le merecía la propaganda que realizaba con este viaje en favor de los progresos para una verdadera y provechosa colonización comercial.

Una vez pasado el istmo de la península de Río de Oro, cuya descripción ya conocemos, anduvieron tan

sólo unos 10 kilómetros por terreno de muy escasa vegetación, eligiendo unas matas donde pernoctar, sin abrigo de ninguna especie ni defensa contra los animales salvajes de distinta clase que pululan por aquellos alrededores.

Al siguiente día, antes de que el sol apareciese en el horizonte, abandonaron tan poco hospitalario albergue para alcanzar el célebre pozo *Tishekten*, distante unos 45 kilómetros, donde pudieron proveerse de excelente agua dulce, bastante mejor de la que emplea la reducida colonia de Río de Oro, y en cuyas inmediaciones habitan unas 27 familias de la tribu de Bu-Amar (1), con grandes rebaños de ganado lanar y cabrío, buen número de camellos y regulares pastos.

En esta jornada siguieron una dirección casi constante al ESE., encontrando poco terreno cultivable y algunos trayectos arenosos.

Los Bu-Amar recibieron con marcadas muestras de desagrado la presencia del Madani, á quien suponían comisionado por los *cristianos* para conocer los autores de los asesinatos con que quedó manchado de sangre española el suelo de *Dajala-et-Saharia*, península de Río de Oro. Fué preciso que el sherif Jameida se impusiera en tan grave situación á los deseos de aquellos traidores á la par que timoratos sectarios de Mahoma, y amenazase con terribles represalias si no abandonaban la actitud hos-

(1) A esta tribu pertenecen los indígenas que en la mañana del 9 de Marzo de 1885 acometieron á los españoles que se hallaban en Río de Oro, asesinando á seis y robándoles cuanto poseían.

til que habían adoptado, y que serviría solamente para acrecentar los motivos de una venganza más justificada é indispensable en vez de procurar el perdón de moros y cristianos, interesados en el mejor éxito de la empresa comercial que patrocinaban.

Las amenazas y reflexiones de Jameida produjeron un resultado excelente; pero con el fin de evitar nuevas sorpresas y contrariedades, el Madani se vió precisado á cambiar de traje, adoptando el que llevan los creyentes del desierto. El sherif le aconsejaba con insistencia se cortase la trenza de pelo que, partiendo del centro de la cabeza, es el distintivo de todos los moros pertenecientes á la kábila del Rif; pero esta condescendencia fué considerada por el Madani como demasiado denigrante, y rechazó con altanería semejante proposición, pues aquella trenza de pelo, con tanto esmero cuidada, tenía más importancia que su propia vida.

Este hecho, al parecer trivial é insignificante, puede servir para justificar la dificultad de conocer y apreciar en su verdadero valor, las preocupaciones humanas.

En la tercera jornada, siguiendo una dirección algo más inclinada al Sud, recorrieron trayectos muy poblados de árboles, en su mayoría espinosos—*acacias* indudablemente—que producen excelente goma arábica, y otros cuya corteza se emplea por los naturales para el curtido de pieles. Algunos de estos árboles alcanzan alturas de 4 y 5 metros, 20 centímetros de diámetro en su extremidad inferior, y sólo por casualidad se encuentran de mayor corpulencia.

Al anochecer llegaron al *Fudj*, punto habitado por agrupaciones de indígenas pertenecientes á las tribus de *Bu-Omar*, *Ulad-Delim*, *Tsederarin* y *Erguibats*, siendo bastante numerosa la población porque en años lluviosos los pastos son muy abundantes, el heno adquiere unos 50 centímetros de altura, y, por consiguiente, es fácil el sostenimiento de grandes rebaños de ganado lanar ó vacuno. Sin embargo, el agua que estas gentes emplean es salobre, á excepción del período de las lluvias, en el cual se forman considerables balsas ó lagunas que desaparecen rápidamente por los calores del estío.

En otra jornada, que puede computarse en una distancia media de 40 kilómetros, alcanzaron el *Jaud*, siguiendo la misma dirección, si bien por la tarde torcieron completamente al Sud, en un trayecto de dos leguas. El terreno recorrido en este día es muy llano, de piso resistente en ocasiones, pero más generalmente de arena movediza. El calor se hacía de todo punto insoportable, pues los rayos del sol, despedían tan intenso fuego que hasta los naturales de aquel ardoroso suelo procuraban llevar cubierto todo el cuerpo, incluso la cara, con el lienzo azul empleado en sus vestidos, pues sólo así evitaban el continuo y progresivo escozor que produce el excesivo calor sobre la piel, no obstante estar habituados á los rigores del clima.

El *Jaud* se halla situado entre dos colinas, cuya altura máxima puede calcularse en 50 metros. Forma un valle bastante ameno, porque rompe la monotonía del terreno que lo circunda en una gran extensión, tiene

agua potable en suficiente cantidad para sostener un número respetable de gentes, pero á pesar de esta ventaja y de su vegetación, aunque algo escasa, se hallaba completamente despoblado cuando allí llegaron, para pernoctar y proveerse de agua, nuestros expedicionarios.

A 35 kilómetros, próximamente, del *Jaud*, se encuentra *Ifernan*, en una dirección casi constante al Sudeste; y en sus inmediaciones abundan los árboles, en su mayoría sin *espinas*, de escasa elevación y resistencia. Tiene aquel sitio el aspecto de un bosque bajo y claro, en terreno de escasas ondulaciones y muy pedregoso.

En la jornada siguiente torcieron algo más al Sud para ir en busca de un pozo de agua salobre, dar de beber á los camellos y prepararse á una marcha penosísima de dos jornadas por terreno muy llano, exento de vegetación y de agua de ninguna clase.

Sería prolijo enumerar los sufrimientos que estas marchas ocasionaron, especialmente al Madani, que por primera vez recorría aquella comarca; pero todos los obstáculos se vencieron con gran animosidad y perseverancia, llegando nuestros expedicionarios á *Tenuaka*, donde descansaron un día para adquirir nuevas fuerzas, de que tan necesitados estaban.

En *Tenuaka* existe un gran valle formado por dos colinas que siguen la dirección casi constante de E. á O.; en sus laderas abundan los árboles de la misma clase ya citada, y en el fondo se encuentra una capa blanca y cristalina de sal gema, muy consistente, cuyo espesor aseguran es bastante profundo. Parece innecesario añadir que

en *Tenuaka* ni en sus inmediaciones se encuentra agua potable, por cuya razón Jameida y el Madani rompieron la marcha al amanecer del día siguiente, en la misma dirección Sudeste, para pernoctar en Teris, que sólo dista unos 40 kilómetros de *Tenuaka*, y descansar de las fatigas sufridas en las tres últimas jornadas y del calor asfixiante que reina en esta época del año en toda aquella comarca.

Teris puede considerarse como un oasis relativamente considerable y productivo. Forma esta posición un frondoso valle, muy abundante en pastos, distinguiéndose entre otras plantas salobres una hierba que los indígenas llaman *skaf* y que es muy apreciada del ganado. En chozas de abrojos, maleza y troncos de árboles, ó bien de tela de esparto y palma—aunque el número de estas chozas es bastante menor—habitan unas cincuenta familias de las tribus de *Ulad-Delim* y *Ulad-Azuq*, las cuales poseen grandes rebaños de ganado lanar y cabrío, y un número considerable de camellos.

Nuestros viajeros descansaron un día en Teris, refiriendo á aquellos habitantes los ventajosos proyectos que abrigaba España al implantar su bandera en la costa de tan vasta región, y una vez desvanecidos todos los recelos que la presencia de un *cristiano* en territorio musulmán infunde siempre entre los sectarios del Profeta, alejados del contacto con los pueblos cultos, se dirigieron en busca de un pozo con excelente agua dulce que, siguiendo la dirección Sudeste, se encuentra á unos 30 kilómetros. Allí hallaron unos 50 indígenas con más de 1.000 camellos, para darles de beber y hacer acopio de agua.

Este considerable número de camellos no debe sorprender á los que desconozcan el género de vida que se hace en el Sahara, y, por regla general, en todo el África, que conserva, por rara excepción, las costumbres de sus primeros pobladores. El desierto de Sahara sería inhabitable, y también inabordable durante muchos lustros ó siglos, sin el poderoso auxilio que presta el camello á fin de atravesar enormes distancias y poner en comunicación á grandes tribus separadas por espacios considerables completamente estériles, con escasísima agua y sometidos de ordinario á elevadas temperaturas. El camello no sirve exclusivamente para el transporte de viajeros comerciantes con sus mercancías, sino que sus hembras sostienen con la leche á gran número de creyentes que dominan aquella región; de su pelo lanoso confeccionan unos tejidos especiales con que se cubren la cabeza; su carne sirve de alimento y es muy codiciada por los indígenas, y de la piel forman las *pampanillas*—taparrabos—de las gentes que llevan desnuda la parte restante de su cuerpo, ó emplean dicha piel en otros múltiples servicios impuestos por la necesidad. Por estas razones la cría de tan útil como resistente animal constituye uno de los tráficos más lucrativos de los indígenas del desierto, no obstante ser su precio bastante módico con relación á la importancia de sus servicios.

Desde el pozo ya citado siguieron su marcha los expedicionarios, inclinándose más al Sud, y en una jornada atravesaron el monte *Djuad*, cuya altura mayor es de 150 metros, del cual se desprenden varios ramales muy

prolongados, y en su parte más elevada tiene una piedra enorme, á manera de *casquete*, por cuya causa se le conoce con el nombre de *Guetaia* ó *Bu-Guetaia*, extendiéndose esta denominación á toda aquella comarca en un extenso radio.

Al siguiente día, después de breve marcha, fueron á pernoctar en una reunión de chozas conocidas con el nombre de la tribu de *Guetaia* y habitadas por 30 familias próximamente.

Desde *Guetaia* á *Bulariaj*—punto excesivamente ventoso—emplearon dos jornadas escasas, lo cual hace suponer una distancia al menos de 70 kilómetros. El terreno recorrido en este trayecto tiene pastos en abundancia y es bastante resistente encontrando varias huellas de caballos, y divisando, aunque á distancia, muchas gacelas, antílopes, gamos y corzos, que son perseguidos con ensañamiento por las zorras, chacales y lobos.

La mayoría de los habitantes de *Bulariaj*, cuyo número no excederá de 150, pertenecen á la tribu de los *Ulad-Demisats*, mezclados con algunas de la de *Ulad-Delim*, y poseen grandes rebaños de ganado lanar negro y ganado cabrío en bastante mayor cantidad y de excelente clase.

Bulariaj se halla situado en los confines del *Adrar*, extensa región del desierto, de mejores condiciones bajo todos los aspectos en que se la considere. Desde esta posición nuestros viajeros, después de proveerse de agua dulce, emprendieron la marcha por terreno á veces árido, pero en otros puntos con arbustos y vegetación exuberante, hasta llegar á *Daits-el-Begar*, que dista unos 45 ki-

lómetros. Es el punto más habitado que encontraron hasta este día los expedicionarios, pues alrededor de una laguna de agua pluvial, que mide próximamente 30 metros de longitud por 20 de anchura, se hallan bastantes chozas, donde se albergan unas 300 almas, dedicadas á guardar grandes rebaños de ganado lanar y cabrío, con buen número de camellos, que venden en mercados muy distantes.

Las gentes que habitan en *Daits-el-Begar*—*cercado de los bueyes*— pertenecen á las tribus de Ulad-Demisats y Ulad-Sid-Siyed, y como son muy conocidos de Jameida, acogieron á los viajeros con grandes agasajos, recibiendo con inequívocas muestras de satisfacción las noticias de que eran portadores respecto á los propósitos de España al establecer su dominio en el litoral. El sherif Jameida, instado por sus amigos, dispuso permanecer tres días en *Daits-el-Begar*, tiempo que el Madani empleó con verdadero interés en descansar de las muchas penalidades sufridas en tan largo viaje, emprendido sin ninguna clase de recursos, ni aun con los elementos más indispensables.

Transcurrido el plazo de tres días rompieron la marcha, con dirección al Sud, en busca de *Daya Lanquiya*, que dista unos 40 kilómetros de *Daits-el-Begar*, y donde existe una profunda laguna de agua dulce, de tres kilómetros de largo por uno de anchura, cuyas inmediaciones están habitadas por unas 6.000 almas, pertenecientes á las tribus de Ulad-Sid-Siyed, U.-Sid-el-Hadj, U.-Sid-Abd-Al-lah, Ulad-Azuz, Ulad-Amran, Ulad-Delim y

U.-Demisats. Allí reside gran parte de la familia del she-rif el Habuli, personaje muy considerado por sus cor-reli-gionarios, de trato afable, de conversación muy amena, de educación relativamente esmerada y que se acompaña en sus viajes con varios libros de oraciones, literatura é historia. Tan ilustrado creyente del desierto estuvo en la península de Río de Oro, demostró gran interés por Es-paña y en su visita á la goleta de guerra *Ceres* dió á co-nocer que había frecuentado algunos buques franceses en los puertos del Senegal. También tienen su residencia en Daya Lanquiya varios comerciantes acaudalados que re-corren grandes distancias para llevar el tráfico á Tim-buctú, Marruecos y posesiones francesas, ofreciendo to-dos el mayor apoyo á la dominación española en aquella costa si no se escatimaban los sacrificios para el estableci-miento del puerto que reúna todas las condiciones indis-pensables como garantía para el comercio.

Las inmediaciones de *Daya Lanquiya* son bastante fér-tiles y frondosas. La abundancia de pastos favorece el sostenimiento de grandes rebaños de carneros, cabras, algunos caballos, asnos y camellos, estos últimos en ex-cesivo número. A corta distancia, en dirección al Sud, existe otra laguna, cuyos alrededores pueblan los Ulad-el-Lab, Arrosiyin, Ulad-Guilan, Ezmail, que poseen mu-cho ganado vacuno; Ahel-el-Mami, también propietarios de ganado vacuno y lanar blanco, y los Trarza. A unos 4 kilómetros al Norte habían los Ulad-el-Gazal—hijos de las gacelas—dedicados exclusivamente al fomento del ga-nado vacuno, pudiendose calcular la población de esta

comarca en 14.000 almas próximamente, que habitan, en su mayoría, en chozas de maleza y abrojos, ó de lienzo de palma con basamento de barro.

Tres días permanecieron los viajeros en esta región, enterando minuciosamente á todo el mundo de los proyectos comerciales que España abriga, ventajas de nuestro dominio y facilidades que encontrarían en las transacciones, siendo acogidas estas nuevas con demostraciones de entusiasmo sincero, y manifestando gran confianza en nuestro proceder.

Regreso.

La casualidad, que debiéramos considerar siempre como un factor social de la vida humana, hizo que nuestros expedicionarios tuviesen la fortuna de encontrar en *Daya Lanquiya* á los sherifes el Habuli, Ahmed y el Marrakshi. Este último tenía proyectado dirigirse á Shengueti para esperar allí el regreso del shej Sid-Ahmed Ueld-el-Aida, que se hallaba de expedición en Ualata para estipular la paz entre dos tribus de aquella comarca. Pero las noticias y cartas de que era portador el sherif Jameida les impulsaron á trasladarse á la península de Río de Oro y conocer por sí mismos la exactitud y garantía que estos informes podían inspirarles.

El Marrakshi escribió al shej Ueld-el-Aida notificándole cuantos datos y noticias poseía respecto á los designios de los españoles al establecer su pabellón en diferentes puntos de la costa, el espíritu de tolerancia y magnanimidad que resplandecía en todos sus actos y su decisión de

enterarse personalmente de las ventajas comerciales y progresos de todo género que este dominio representaba, por satisfacer las necesidades de más trascendencia para los indígenas de aquella región.

El día 11 de Octubre de 1885 salieron de *Daya Lanquija* los expedicionarios, animados de grandes esperanzas y llevando algunas libras de pluma de avestruz para la venta. Adoptaron un itinerario distinto del seguido por Jameida, tanto para difundir la propaganda comercial, cuanto para que el Madani pudiese apreciar mejor los productos que el país ofrece á la explotación.

En una jornada escasa, y en dirección constante al Norte, llegaron á un extenso bosque, bastante poblado de árboles, después de atravesar un terreno escabroso y muy molesto para la marcha de los camellos. Al siguiente día pernoctaron en *Daits-el-Begar*, cuyo nombre indica la existencia de ganado vacuno, donde permanecieron más tiempo para dar descanso á las caballerías.

Dos jornadas emplearon para alcanzar el cerro *Darra-man*, de unos 70 metros de elevación, y en cuya falda occidental existe un pozo de excelente agua dulce, que ha tomado este nombre, y adonde acuden muchos habitantes de comarcas próximas. En las inmediaciones de este pozo se encuentran unas 80 chozas ó tiendas de campaña, con 600 almas próximamente, distribuídas en esta forma: 30 chozas de los Ulad-el Lab, otras 30 de los Ulad-Delim y las 20 restantes de los Ulad-Zenaga, especie de gitanos que poseen buenos rebaños de ganado lanar y cabrió, muy ágiles y traviesos, aficionados á apro-

piarse lo ajeno en cuanto tienen ocasión favorable, y temidos por sus correligionarios de otras tribus, por la protección ilimitada é incondicional que se prestan siempre para luchar en defensa de sus compañeros.

De *Darraman* se trasladaron á *Tiniyan* en otra jornada, siguiendo una dirección casi al Norte, y recorriendo un terreno llano, en parte arenoso y siempre escaso de vegetación; pero al llegar á *Tiniyan* los pastos son abundantes y, por consiguiente, el ganado se sostiene en número considerable y en condiciones excelentes.

Un día permanecieron en *Tiniyan* para dar descanso á los camellos, y al siguiente emprendieron la marcha al amanecer, llegando poco antes de la puesta del sol á una laguna que reviste toda la forma de un río, seco en la mayor parte del año, y por cuya razón los indígenas lo designan con el poco decoroso nombre de *Uad Zamel*, sin duda para demostrar el desprecio en que le consideran por la escasa utilidad que proporciona. Sin embargo, gran parte de las inmediaciones producen excelentes pastos, que consumen los gamos, antílopes y gacelas, porque rara vez se halla habitado este punto.

Desde *Uad-Zamel* se dirigieron al Fudj en dos jornadas, recorriendo un terreno tan llano y falto de vegetación como en el día anterior. Los indígenas aseguran que esta aridez incomparable era consecuencia de la época en que nuestros viajeros recorrían aquel país, porque el suelo presentaba los gérmenes de varias plantas secas, que vuelven á desarrollarse en épocas de lluvias, en los últimos días del otoño y principios de invierno.

Desde el *Fudj* tomaron el mismo itinerario de la ida, descubriendo la península de Río de Oro, *Dajla-es-Saharia*—como los indígenas llaman á la ría, y cuyo nombre también aplican algunas veces á la península—desde la costa de enfrente, y pernoctaron en la ensenada que se encuentra casi á la misma altura que la factoría, donde existen varias chozas entre abrojos y malezas de la playa, con dos pozos de agua extremadamente salobre, pero que los creyentes emplean para beber cuando carecen de otra en mejores condiciones.

El día 15 de Noviembre de 1885, Hamed-es-Salem, indígena perteneciente á la numerosa tribu de los Tuaregs, que ya en otras ocasiones me había prestado excelentes servicios, llegó al anocheecer á la factoría falto de respiración, porque había recorrido unas tres leguas á la carrera para ser el primero que me anunciase el feliz arribo del sherif Jameida y del Madani, de los cuales no había tenido noticias directas desde el día en que abandonaron la península de Río de Oro.

En efecto, una hora después se presentaban los expedicionarios, siendo recibidos con sinceras muestras de satisfacción por la reducida colonia que allí se hallaba, y me anunciaban la llegada para el siguiente día de los sherifes que les acompañaron en su viaje de regreso, habiendo quedado el Marrakshi á una legua de distancia, bastante molestado por intensa fiebre, sin duda á consecuencia de las fatigas y privaciones sufridas en la marcha.

Segundo viaje. ⁽¹⁾

Las buenas noticias obtenidas como resultado primordial del primer viaje, los ofrecimientos hechos por los jefes más caracterizados de las tribus y las impresiones muy favorables de cuantos sherifes habían venido á conferenciar con el representante de España, decidieron la segunda excursión del Madani, llevando seis camellos, alquilados, con trescientas piezas de géneros de algodón surtidos, azúcar blanco refinado, quincallería, té y arroz para la venta y algunas provisiones de galleta, *goffo*—harina de maíz tostado—y especias en pequeña cantidad, dado el excesivo consumo que los indígenas hacen en sus comidas de toda sustancia excitante.

La gran confianza que los indígenas empezaban á depositar en los españoles hacía también necesario este segundo viaje. Era preciso aprovechar aquella especie de tregua á todo género de enconos y malas pasiones para cimentar nuestro crédito, captarse pronto las simpatías de los más fanáticos é intransigentes, conquistar una fuerza moral que no ha debido nunca descuidarse y dar el mayor desarrollo posible á las bases de una colonización comercial. El sherif el Marrakshi me secundaba en esta

(1) Para la mejor comprensión de la comarca visitada por el Madani y sherifes del desierto, se indican en la carta general que acompaña á este estudio el itinerario aproximado—porque en explotaciones de este género no se puede exigir una precisión matemática—por medio de una línea continua y otra de trazo y punto, que señalan el territorio recorrido en el primero y segundo viaje respectivamente.

empresa, vendiendo al fiado á la factoría unas 2.500 pesetas en géneros del país, cuyo cobro verificaría á su regreso, aunque éste se demorase algunos meses. Semejante prueba de confianza á la autoridad y al comercio de España, repercutiría pronto en cuantos sitios existe población sedentaria ó nómada de aquella comarca, y la amistad de personaje tan influyente como el Marrakshi, revelada por este acto, constituía la mejor garantía para el Madani y mercancías que condujese en su nuevo viaje.

Terminados todos los preparativos indispensables á una expedición de este género, el 22 de Noviembre de 1885 salieron de la factoría en construcción, establecida en la península de Río de Oro, los sherifes Marrakshi, Habuli, Hamed, Jameida y el Madani con unos veinte moros más que los acompañaban. Llevaban instrucciones para recorrer algunos puntos todavía no visitados por ningún viajero europeo y demostrar á los indígenas la sinceridad de nuestras promesas, rectitud de proceder, importancia del desarrollo comercial que allí podía existir y ventajas que obtendrían de las frecuentes comunicaciones con todos los pueblos del mundo y con el establecimiento de un puerto que satisficiera las diversas necesidades de aquella comarca, cuyos habitantes están obligados en la actualidad á sufrir infinitas vejaciones y sacrificios para proporcionarse escasa parte de los géneros ó artículos de mayor consumo.

Ocioso parece insistir en la importancia de esta nueva expedición y del éxito logrado al conseguir de musulma-

nes muy caracterizados y de notoria influencia un apoyo tan decidido á los propósitos que España abriga al ejercer su dominio en suelo africano; los sherifes ya citados se convertían voluntariamente en agentes comerciales españoles y realizaban activa propaganda, pregonando con entusiasmo nuestro poderío y prestigio entre sus correligionarios.

Cuatro días emplearon los expedicionarios en llegar al *Fudj*, por haberse detenido en el pozo *Tishekten* con objeto de no forzar las marchas, cuando tan cargados llevaban los camellos. Siguiendo desde *Tishekten* una dirección constante al Este, encontraron muchos árboles—acacias—algún pasto y grandes cortaduras del terreno, ó barrancos poco profundos, pero que hacían más penoso el camino á pesar de ofrecer el suelo mayor resistencia.

Para llegar á *Uad-el-Kasab*—río de las cañas—en la siguiente jornada, hubieron de torcer algo la dirección al Sud. En *Uad-el-Kasab* no existe río alguno, y sí se reconocen solamente las huellas de formarse un barranco en años muy lluviosos, cuyas aguas irán á enriquecer alguna laguna próxima; las laderas de varias colinas inmediatas, de escasa elevación, están bastante pobladas de árboles, y entre esta arboleda habitan un centenar de familias pertenecientes á las kábilas de *Ulad-Delim y Erguibats*.

Al anoecer del siguiente día llegaron á *Imezan*, punto con agua en abundancia relativa, habitado por unas 200 almas próximamente, y donde se producen muchos y excelentes pastos para alimentar numerosos rebaños de

ganado lanar y cabrío. Las buenas condiciones del suelo se revelan por la existencia de hierba cuya altura alcanza hasta 50 centímetros, en una gran extensión.

Desde *Imezan* se llega á *Daits-el-Arab* en una jornada, porque sólo distan entre sí estos dos puntos unos 40 kilómetros. En *Daits-el-Arab* existe una laguna de 8 kilómetros de longitud por 2 de anchura, en dirección E. á O.: pueblan los alrededores unas 1.000 almas de los Ulad-Sbá, Demisats, Ulad-Delim, Ulad-el-Lab y U.-Arrosiyin, los cuales poseen abundantísimo ganado lanar y cabrío, muchos camellos y algunos caballos.

En la jornada siguiente recorrieron 35 kilómetros por terreno llano generalmente, algunos sitios con arbolado, pero en escaso número, y siempre con vegetación suficiente para el sostenimiento del ganado durante las marchas. Siguiendo la dirección SO. pasaron á cuatro leguas de *Iniyan*, donde existe un pozo de agua dulce y sus inmediaciones están bastante pobladas.

Muy próximo á oscurecer se avistaron con una caravana mandada por gentes del shej *Ma-el-Ainin*, compuesta de muchos camellos, alguno de los cuales venía cargado de tabaco de Shengueti y lana negra muy recia, que tanto estiman los indígenas para diversas clases de tejidos, toldos de jaima y cuerda para cargar los camellos. El personal de esta caravana se componía de unos 40 hombres, todos armados con carabinas de chispa, puñales ó *gumías*, y pertenecían á distintas tribus que reconocen por jefe—cuando les conviene—al shej ya citado.

Todos pernctaron reunidos, versando la conversación,

que se sostuvo muy animada durante gran rato, produciendo la mayor curiosidad é interés entre aquellos fanáticos sectarios de Mahoma, sobre la misión que llevaban nuestros expedicionarios y resultados probables de los trabajos preliminares que se realizaban. Después de prodigar todo género de atenciones á los sherifes, ofrecieron esparcir tan favorables nuevas entre sus correligionarios, contribuyendo de esta suerte al mejor éxito de la propaganda en favor de la dominación española.

Al amanecer del siguiente día emprendieron la marcha en la misma dirección, atravesando un terreno vario hasta llegar á una extensa llanura, donde existe un pozo de agua dulce, y en sus inmediaciones unas 60 jaimas, que representan 500 almas próximamente, pertenecientes á la tribu de los Zenaguel. Este terreno, donde sólo abunda el agua salobre, es de buena vegetación, lo cual explica la existencia de las 10.000 cabezas de ganado lanar y cabrío que allí vieron los expedicionarios y que calcularon de un modo aproximado. Además, cuentan con un número considerable de camellos, que forman el tráfico principal de los Ulad-Zenaguel.

En otra jornada, variando la dirección casi al Sud, y después de atravesar la *Zauia*, en la cual hallaron cinco jaimas y mucho ganado lanar y cabrío, se encuentra la comarca denominada *Karia de Sid-Abd-Allah*, poblada por diversas tribus y donde tiene su residencia habitual el hermano del shej Ma-el-Ainin, shej Saad-Bú, de gran prestigio entre los creyentes del desierto.

Inmediatamente se trasladaron á su jaima, cuya base

es de paredes de adobes y la techumbre de paja en forma de albardilla, y, después de los cumplidos propios de todo musulmán, les refirieron con minuciosidad de detalles las impresiones que tenían encargo de transmitir al shej Ueld-el-Aida, en nombre del representante de España, y le manifestaron que deseaban conocer los propósitos que abrigaba respecto á los establecimientos fundados por los españoles en la costa de aquel territorio y de los trascendentes proyectos llamados á desarrollarse en el porvenir. El shej Saad-Bú dispensó á los expedicionarios una acogida en extremo cordial y entusiasta; se enteró minuciosamente de cuantos informes y detalles le comunicaron, y después de breves consideraciones ofreció todo su apoyo de un modo incondicional al representante de España, siempre que sus promesas y proyectos fuesen sinceros y se cumpliesen inmediatamente.

La especie de federación que preside el shej Saad-Bú, cuenta con unas 250 jaimas, por lo cual no parece aventurado calcular en 2.000 habitantes proximamente los que allí residen dedicados al cuidado de grandes rebaños de ganado lanar y cabrío, bueyes, algunos caballos, asnos y bastantes camellos, y al cultivo de cebada en un espacio de 4 kilómetros cuadrados.

El Madani permaneció con el shej Saad-Bú y demás sherifes compañeros de viaje, mientras Jameida hizo una pequeña excursión al *Mauni*, posesión que dista unos 15 kilómetros en dirección SO., para adquirir algunos bueyes á cambio de géneros, regresando, al día siguiente de esta expedición, satisfechos sus deseos.

Después de recorrer toda la *Karia de Sid-Abd-Allah*, donde también fueron bien recibidos y muy agasajados por la familia de los sherifes Jameida y el Habuli, se dirigieron en busca del jefe principal del Adrar—á quien generalmente respetan y obedecen los indígenas de aquella comarca—shej Ahmed-Ueld-el-Aida, que se hallaba á unos 30 kilómetros más al Sud, en el sitio denominado *El Djuad*, de regreso de su expedición á Shengueti.



Hamed-el-Aid.—De los Ulad-el-Gazal. (De fotograffia.)

El Djuad—el generoso—constituye una pequeña aldea, situada en un terreno de bastante vegetación y en las inmediaciones de una laguna de gran extensión, con agua dulce en cantidad suficiente y con algún arbolado. En numerosas chozas ó jaimas, de diversas formas y tamaños,

revestidas de barro con basamento de adobes muy imperfectos, ó sólo de tela de palma y esparto reforzada con maleza, habitan unas 12.000 almas por lo menos. En los alrededores de este especial y repugnante caserío se cultiva la cebada que, una vez tostada y molida, forma el principal alimento de aquellos fanáticos sectarios de Mahoma.

Los habitantes de *El Djuad* pertenecen en su mayoría á la gran tribu de los Ulad-Sbá; también tienen allí su residencia casi permanente individuos de otras kábilas ó tribus; pero cada cual conserva la parte de terreno que previamente le ha sido designada, y se somete siempre y de un modo incondicional á cuanto disponen los jefes más caracterizados.

Durante la estancia de nuestros expedicionarios en *El Djuad*, llegaron diversas comisiones de las tribus de *Hab-Tedjekants*, *Meschdof*, *Trarǵ*, *Ahel-Salem*, *Ahel-el-Ostman*, *Teckna* y *Hasan*, para felicitar al shej Ueld-el-Aida y ofrecerle cuantiosos regalos. Las kábilas de *Teckna* y *Hasan*, especialmente, gozan de triste fama por sus piraterías y actos vandálicos, y con el homenaje que prestaban al jefe del Adrar enaltecían la importancia de este personaje ante la consideración de sus restantes correligionarios.

Enterado Ueld-el-Aida de que el Madani y Jameida, con los demás sherifes que les acompañaban, eran emisarios del representante de España, los sometió á un minucioso interrogatorio para desvanecer los recelos *que dominaban su espíritu*—así lo refirió Jameida—y cerciorarse

de los buenos propósitos que animan á nuestra nación. Tanto el shej, como los muchos sherifes que le rodeaban,



Indígenas de Ulad-Dilim.—Rahma y su hija. (De fotografía.)

recibieron con gran asombro las cartas que el Madani les entregó, dudando al principio de su autenticidad, porque no concebían que un *cristiano pudiese llegar á*

imitar la letra árabe hasta el punto de confundirse con la de los *talebbs*, que desde la juventud se dedican á su estudio. Ueld-el-Aida, una vez leídas las cartas citadas, las pasó á sus acompañantes, y, antes de guardarlas, pidió á *Jameida papel del que usaban los españoles* para contestarlas; pero como el sherif no había previsto este caso, le fué imposible complacer los deseos de su shej por carencia absoluta de papel de ninguna clase.

Sería muy difícil calcular el número de carneros, cabras y reses vacunas que pudieron reconocer en un espacio bastante considerable, pastando algunos de estos rebaños en terreno donde todavía se encontraban rastros del grano recogido en la época de la siega. Aquel ganado, algunos caballos, asnos y cebras los enseñó Ueld-el-Aida á los expedicionarios como una parte insignificante del comercio que ofrecía á España, pues ansiaba entrar pronto en relaciones mercantiles, halagado por muy lisonjeras esperanzas. Prometía, además, incondicional apoyo para la creación de un gran puerto que abriese amplias corrientes comerciales en aquella región; mostraba grandes deseos de conocer personalmente y pactar sincera amistad con el representante de España; ofreció llevar su ganado vacuno—que tenía parte de él á dos jornadas de distancia—al punto de la costa donde hubiese un establecimiento mercantil formal, á fin de que los buques españoles no careciesen nunca de la carga necesaria; aseguraba que todo el comercio que hoy se practica en tan vasta región hasta Timbuctú se dirigiría á la factoría española de Río de Oro, ó puerto de aquel lito-

ral donde los españoles se estableciesen, y en prueba de sus buenos deseos por el éxito más completo de esta empresa, prometió también no exigir subvención ni derechos de ninguna clase, como recompensa á su influencia en el país y trabajos que esto le ocasionara, hasta que el comercio adquiriese grandes proporciones y colmase los deseos del representante de España.

Regreso.

El día 10 de Diciembre del mismo año, Madani y el sherif Jameida abandonaron *El Djuad* y á sus compañeros de viaje, á quienes dieron pruebas de su agradecimiento porque les eran deudores de grandes muestras de consideración y muy especiales servicios.

La despedida con Ueld-el-Aida fué también muy cordial, entregándoles el shej una carta para el representante de España, contestación de la que había recibido, y en la cual condensaba todas las promesas y deseos que verbalmente había tenido ocasión de exponer á nuestros emisarios en el tiempo que permanecieron en su compañía.

Los viajeros emprendieron el regreso siguiendo una dirección Nordeste, en busca de un pequeño partido de los *Zuaias*, y luégo continuaron la marcha hasta pernotar, al día siguiente, en una reunión de chozas ó jaimas, situadas en un frondoso valle, conocido entre los indígenas con el nombre de Trarz, en donde hallaron varios comerciantes que venían con géneros de Marruecos y

Timbuctú, trayendo estos últimos unos 20 esclavos.

En Trarz, pequeña ranchería escasamente poblada, compraron algunos bueyes y asnos, marchando luego á *Buguetaiá*, en cuya estribación occidental habitan los *Zuaias*, que poseen bastante ganado. A muy corta distancia reside también un núcleo considerable de los *Ulad-Sahel*, á quienes compraron 17 bueyes, y por falta de mercancías para las transacciones no pudieron adquirir 6 caballos excelentes. Los indígenas de esta comarca ofrecieron á nuestros viajeros *cuanto ganado vacuno* necesitase la factoría española.

En otra jornada, y en dirección casi constante al Noroeste, se llega á *Darraman*, donde existe un pozo con agua dulce en abundancia.

Desde *Darraman* el terreno es más estéril, parte arenoso, en su mayoría de roca fuerte y poco habitado, porque la escasez de agua es tanta que á veces se hace preciso sostener los caballos que por allí transitan con leche de camella. En semejante desierto, cuya aridez espanta, se encuentra un punto llamado *Yniyah*, pequeño oasis donde se producen algunos pastos en épocas de lluvias, que aprovechan el ganado y muy especialmente los grandes rebaños de gacelas, gamos, corzos y antílopes de diversas clases.

También fué muy penosa la jornada siguiente, en la cual tuvieron que atravesar grandes arenales con un calor asfixiante. Al anochecer encontraron un grupo de los *Ulad-Zenaga*, que poseen varios rebaños de ganado lanar negro y cabrío.

En otra jornada más larga que las anteriores, llegaron á *Ma-atá-Al-lah*—lo que Dios ha dado—donde pudieron proveerse de agua potable de tres *pozos de lluvia* que se hallan entre dos colinas ó cerros de escasa elevación.

Desde *Ma-atá-Al-lah* á *Ras-Zamel*, pequeña colina de arena generalmente inhabitada, hay una distancia de cerca de 70 kilómetros. En todo este largo trayecto no encontraron ni un solo indígena, muy escasos pastos, sorprendiéndoles las huellas de haber pasado buen número de caballos hacía poco tiempo.

Imezan y *Uad-el-Kasab*—río de las cañas—fueron los puntos donde pernoctaron en las jornadas sucesivas, dando descanso á los camellos y ganado en estos sitios en que la vegetación es mayor y más abundantes los pastos. Los habitantes de *Uad-el-Kasab* preparaban el terreno para la siembra de cebada, después de empado el suelo con fuertes lluvias que, según los indígenas, se repetirían en el mes entrante, como generalmente sucede.

Abandonado *Uad-el-Kasab* penetraron en una comarca ya recorrida otras veces, para pasar por el *Fudj* y el pozo *Tishekten* tantas veces citado, hasta llegar á la altura del pozo de agua dulce de la península de Río de Oro, pernoctando en la ensenada donde aun se conservan varias chozas habitadas por los pescadores indígenas de la costa de enfrente, antes de la instalación española en aquel litoral.

El 6 de Enero de 1886 llegaban á la factoría de Río de Oro, satisfechos nuestros expedicionarios de los resultados obtenidos por sus trabajos y creyendo que no habían

de ser estériles todas las penalidades sufridas en estos viajes. Desgraciadamente, estas esperanzas fueron ilusorias por el poco acierto y escaso interés de los españoles en este género de empresas.



Extensas consideraciones se desprenden de los importantes datos consignados en los dos viajes descritos. Pudiera decirse que una gran parte de esa inmensa región africana, aislada por completo del contacto con la civilización, tenuta bien erróneamente como un desierto inhábitable y estéril, desde remotas épocas, y plagada de peligros para el viajero que pretendiese reconocer sus secretos y explorar su suelo, clima y condiciones, puede sernos ya conocida y presentarse á nuestra vista bajo un aspecto más halagüeño para las aspiraciones de los pueblos cultos.

La geografía puede enriquecer su vasto arsenal de noticias con nuevos informes. Es cierto que son algo vagos, faltos en su mayoría de la precisión á que sujeta sus estudios, pero están exentos de apasionamientos ó exageraciones tan perjudiciales á los resultados de los problemas que esta ciencia, como base del comercio y desarrollo de los pueblos, está llamado á plantear en la marcha progresiva de la civilización y dominio de grandes comarcas, cuya aparente independencia actual representa una situación mil veces más ignominiosa para el hombre que lo que constituye una tiranía cruel de despóticos gobiernos entre

los pueblos libres, ó, por lo menos, sólo sujetos á las obcecaciones ó aberraciones de la política y del fanatismo. La agricultura, en sus diversas ramificaciones, puede hallar en estos datos mayor base de estudio para mejorar las condiciones de aquellas tierras, ofreciendo á la colonia que allí se estableciese elementos de vida de que hoy se carece en absoluto. Pero conviene hacer constar que, en nuestro humilde concepto, no es posible conceder ninguna importancia á la producción agrícola que se obtenga entre los paralelos del 26° al 26° de latitud Norte en el continente africano, aun abonando las tierras y trabajándolas con todos los medios que la industria ha puesto al alcance del hombre para mejorar el suelo que habita, pues tan sólo determinados productos podrán ser objeto de exportación, sometidos á exquisitos cuidados y después de costosos sacrificios.

Esta desventaja no debe hacernos retroceder un paso en la persecución de nuestros ideales, porque tenemos ejemplos de ciudades, hoy importantes por su situación política y por su comercio, levantadas en suelo bastante más ingrato del que nos presenta el litoral del Sahara y sometidas á un clima que no guarda punto de comparación por su templanza y excelentes condiciones higiénicas con el que se disfruta en toda la costa de Africa donde España ejerce el protectorado.


Es evidente, pues, que sólo el comercio en general será el más favorecido con los datos de este viaje y con los que se obtengan en nuevas excursiones, preparadas convenientemente y con los elementos necesarios para ensan-

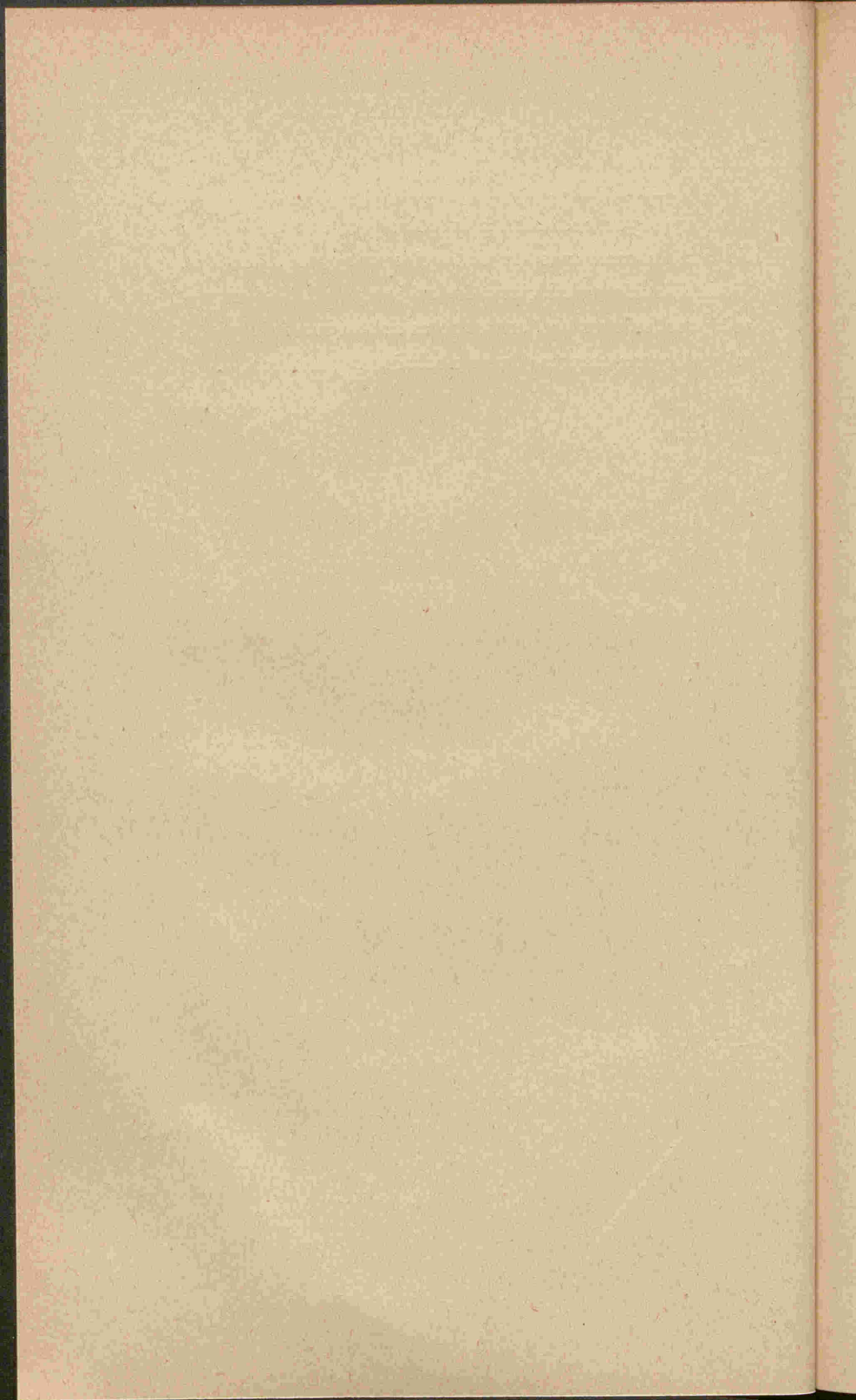
char nuestro campo de acción, alejando toda posibilidad de conflictos con los indígenas, cuyas consecuencias serían muy funestas en diversos conceptos.

Por el conocimiento de verdaderos núcleos de comunicaciones á los puntos más poblados; con riqueza pecuaria relativamente considerable; gozando de la simpatía con que los sectarios del Profeta y fanáticos musulmanes del desierto manifiestan acoger un ideal que reviste el carácter del más patriótico de nuestros problemas internacionales; procurando que la inteligencia consiga dominar su barbarie ó salvajismo, hasta modificar en parte ó radicalmente sus condiciones sociales y persuadirles de nuestra buena fe, inmejorables deseos y de las ventajas que obtendrán por este cambio; y, por último, consiguiendo el ascendiente moral sobre sus jefes ó caciques de mayor prestigio, se logrará formar sólidos cimientos para las empresas comerciales que allí se establezcan y garantizar, en un período relativamente breve, el éxito más completo de los resultados.

La trascendencia que los indígenas concedieron á los comienzos de nuestra instalación fué muy grande. Algunos caracterizados sherifes, desconociendo que la carencia de recursos impedía dar mayor desarrollo por entonces al comercio y á las exploraciones, me pedían, con argumentos que revelaban buen sentido práctico y gran interés por el acrecentamiento de las transacciones, el rápido establecimiento de un puerto, con edificios que sirviesen de base á una población de 4 ó 6.000 almas, mientras las nuevas vías de comunicación harían neces-

rio dar mayor ensanche á la población, adonde habían de acudir caravanas de distancias muy considerables. Toda dilación refleja cierta duda ó inseguridad—decían—y las vacilaciones son compañeras del desprestigio y enemigas de una empresa en su nacimiento y desarrollo.





CAPITULO III

Agricultura.

No es posible, ciertamente, conceder importancia de ninguna clase á la región sahárica sometida al protectorado de España, por sus condiciones para colonia agrícola. Triste y desconsoladora parecerá esta confesión repetida ya en estos apuntes; pero procediendo de otra suerte nos expondríamos á ver las cosas por el prisma de la exageración, para que luégo la realidad fuese origen de sensibles desencantos. Nuestras observaciones han de reducirse á un cuadro muy limitado, porque el país no se presta á extensas disertaciones sobre esta importante materia, ni los viajes hasta anora realizados pueden ofrecer segura base para este estudio y señalar con precisión todos los puntos de fácil cultivo ó que al menos aseguren una compensación á los sacrificios que imponen las condiciones de aquel clima.

En la costa son estas condiciones muy perjudiciales para el fomento de la agricultura. Forma su suelo, ade-

más, un terreno terciario, con una capa vegetal, en algunos puntos de 20 centímetros; se encuentra luego un suelo de roca estratificada, de gran consistencia y escasa ó ninguna fibrosidad; grandes lajas de terreno calizo, con yeso laminar, arena mezclada en proporción poco considerable con sulfato de manganeso y de cobre. Este es el aspecto que ofrece un corte vertical, hasta la profundidad de ocho metros, en las varias excavaciones practicadas.

Todavía podríamos prescindir de estas desventajosas condiciones si enemigos más terribles no destruyesen todos los trabajos que se encaminaran al desarrollo agrícola de aquella región. Son éstos, en primer lugar, la falta de aguas, que sólo se presentan en cortos períodos de la primavera y el otoño; pero el agente aun más temible es, sin disputa, los vientos alisios ó del primer cuadrante, cuya intensidad y constancia es perjudicialísima en todos conceptos, adoptando durante muchos días la forma de vientos huracanados, á pesar de que los marinos, que tantas contrariedades les proporcionan, le llaman modestamente *brisa*.

La gran carestía del agua se contrarresta en parte, pero muy especialmente en el litoral, por la humedad casi constante que mantiene la atmósfera, que empieza á descender en las primeras horas de la noche, mojando el suelo de tal modo que supera á los efectos de un fuerte rocío.

La perniciosa influencia de los vientos del Nordeste se demuestra palpablemente, observando que la vegetación es mayor y más nutrida en las hondonadas ó valles algo

abrigados, donde la tierra logra detener en su seno algunas semillas dispersadas por el viento y las lluvias humedecen el suelo durante mayor tiempo, pues generalmente, si las lluvias no son frecuentes, en cambio revisten la forma de torrenciales, impidiendo que puedan aprovecharse por tan poca tierra mientras no se modifiquen las condiciones de aquel suelo.

Por todas estas razones, la inspección de aquella costa ofrecería un aspecto verdaderamente desconsolador para el porvenir colonial de tan vasta región si nuestra patria necesitase más tierras laborables y productivas para atender al sostenimiento de todos sus moradores. Por fortuna tenemos un suelo privilegiado y nuestras aspiraciones coloniales en Africa deben revestir tendencias muy distintas. En una extensión de 10 leguas al interior, partiendo del litoral, sólo se descubre una vegetación raquítica, muy diseminada, de plantas en su mayoría salobres, fibrosas algunas, gramiláceas y acuosas las más, que sirven de pasto á diversos animales salvajes y á los camellos, distinguiéndose una planta de hoja pequeña y cenicienta, muy apreciada por el ganado, de raíz astringente y empleada por los indígenas como un dentífrico de excelentes condiciones para fortalecer la dentadura y conservar el brillo y el esmalte tan blanco que envidiarían muchos individuos de nuestras clases más acomodadas.

Entre las plantas notables y de mayor utilidad para los sectarios del Profeta, figura también un árbol pequeño—pues nunca excede de metro y medio—de hoja ovalada bastante gruesa, de robusto tronco y cuya corteza, de co-

lor rojizo, emplean para curtir las pieles. Los resultados son sorprendentes, porque una vez preparados los cueros con agua del mar y pulverizada la corteza ó reducida á diminutos trozos, se consigue el curtido en cinco días y en condiciones muy satisfactorias.

Según informes de los indígenas, en el interior emplean también otra corteza que se diferencia casi exclusivamente en que es muy blanca, pero cuyos resultados son análogos. Estas noticias podían fácilmente comprobarse al reconocer el excelente curtido de las pieles que usan en sus vestidos los indígenas que llegaron á nuestro establecimiento.

La producción de cereales, como el trigo y la cebada, no se verifica sino á unas 20 leguas del litoral. En los años lluviosos este cultivo produce grandes cantidades de cebada, cuyo consumo es mayor entre aquellas tribus, y su clase bastante buena, según las diversas muestras que he podido examinar. Pero en cambio casi se desconocen los garbanzos, las judías y las habas, que sólo se encuentran en los arrabales de Shengueti y Atar.

Ateniéndonos á referencias nada sospechosas, es muy considerable el consumo de dátiles que se hace por los habitantes de esta región, y cuyo fruto consiguen de grandes bosques de palmeras muy distantes de la costa. Centenares de camellos se distribuyen entre las tribus cargados con este producto para la venta al por menor, y aunque su acondicionamiento y suciedad bastarían para hacerlo repugnante á estómagos muy resistentes, los musulmanes del desierto lo consideran como uno de los

manjares más exquisitos y de mayor nutrición entre sus escasos medios de alimentarse.

Entre las diversas clases de dátiles que he podido conocer, los hay de uno á cinco centímetros de longitud, imperceptiblemente dulces ó demasiado almibarados; pero todo cuanto se produce ó transporta á aquel país es necesario para la vida de aquellos desgraciados, mientras sus condiciones de existencia no varíen.

Es indudable que la gran aridez que presentan algunos puntos de la costa podría ser susceptible de transformarse en fácil cultivo, procurando crear en los indígenas cierto estímulo hacia las faenas agrícolas. La cantidad de abono que producen los rebaños de ganado, y la no menos considerable que puede conseguirse con el guano obtenido de la fabulosa cantidad de pescado que se agolpa en las playas, cuya adquisición es tan sencilla y cómoda, modificarían pronto las inmediaciones de los establecimientos comerciales que allí se construyeran y facilitarían á los colonos esos elementos de vida tan necesarios para dulcificar una existencia rodeada de sacrificios y privaciones.

Hacia el paralelo de cabo Bojador las condiciones del suelo son mejores, la vegetación mucho más abundante y los productos más variados. En algunos años se produce el maíz, que los indígenas emplean para alimentarse á manera del *gofio* de los habitantes de las islas Canarias, y que prefieren á la harina de cebada tostada ó *gofio de cebada*. La misma península de Río de Oro, que consideramos como una de las partes más áridas de aque-

lla costa, y que por las excelentes condiciones de su ría ha merecido la preferencia para el primer establecimiento español, tiene dos pequeños prados, especie de hondonadas en su casi llana superficie, donde la vegetación se engalana en la primavera con amapolas—*papaver rheas*—y margaritas ó mayas—*bellis*—sobre una verde alfombra que alcanza unos 25 centímetros de espesor. Y aprovechando estas ventajas, cercando el terreno, sería fácil obtener algunos productos que utilizarían los que se sometieran á la existencia en el desierto.


Al otro lado de la ría—ó *Dajla Es-Saharia* como la llaman los indígenas—las condiciones del terreno son bastante más ventajosas. Dominando el interior desde algún punto de la escarpada costa, por muchos sitios casi completamente inaccesible, se descubre una extensión muy considerable de territorio, cuyo aspecto no causa la fría impresión de la aridez de la península de Río de Oro, aun cuando no son grandes las esperanzas que pueden concebirse para el fomento de la agricultura.

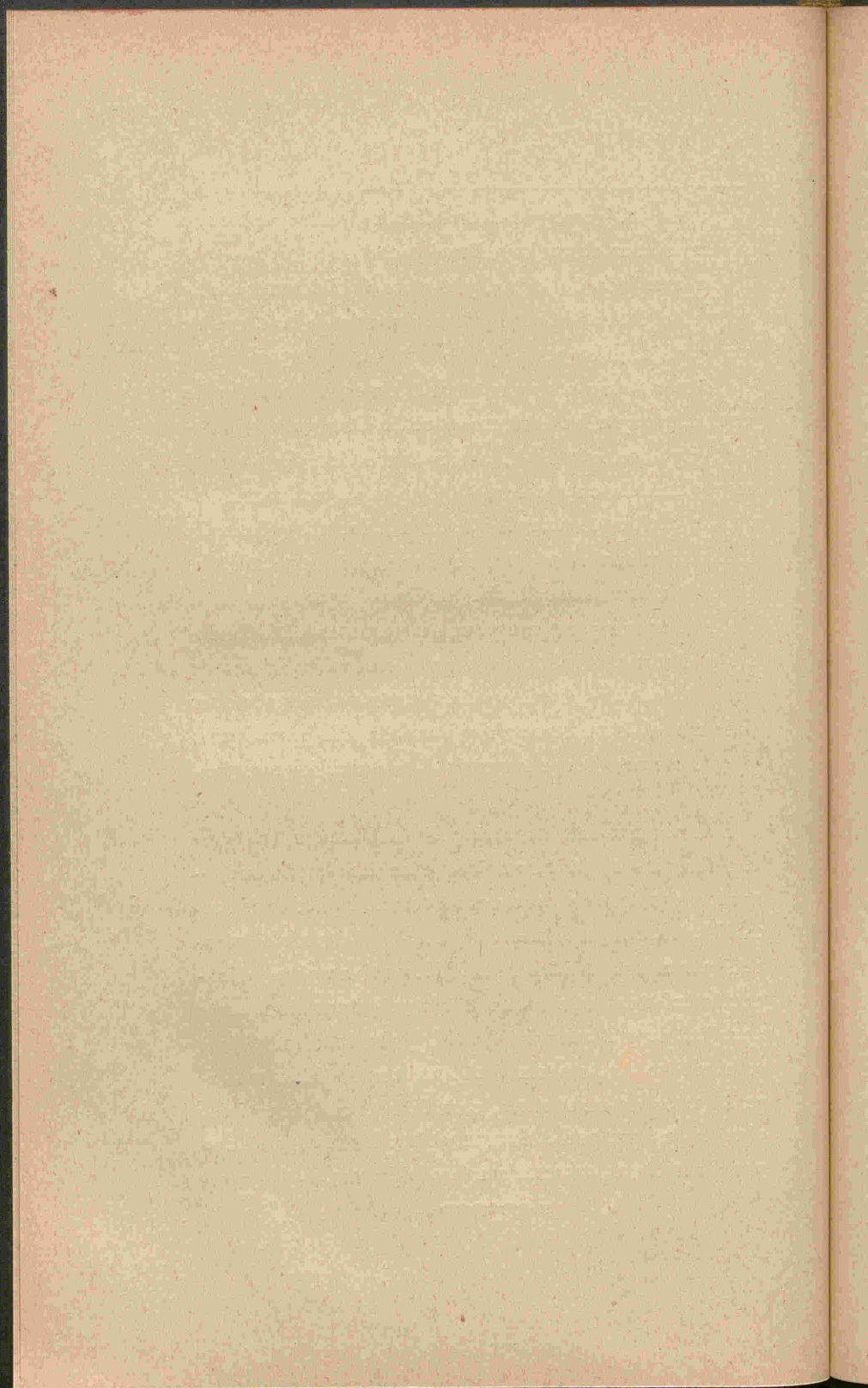
A dos kilómetros de la costa sería fácil obtener buenas cosechas de trigo y cebada, así como el acrecentamiento de pastos para el ganado durante el tiempo que esperan el embarque; pero todos estos adelantos no pueden aprovecharse mientras los establecimientos comerciales, vencidos los obstáculos con que en la actualidad tropiezan, no consigan levantar en aquel suelo los edificios indispensables ó una sucursal, cuando menos, que garantice las comunicaciones con el núcleo mercantil de Río de Oro, acortando la distancia por la ría y ofrecien-

do á los indígenas más comodidades para el tráfico y sostenimiento de sus camellos ó ganados.

En este lado de la ría, y á unos 6 kilómetros de la punta del Pescador, según denominación de las cartas de navegación, existe un pequeño bosque, ó, por mejor decir, restos de un pequeño bosque con escasos árboles de encina, porque los indígenas que habitan en sus inmediaciones han contribuido á su destrucción sin poner el menor cuidado en conservarlo. Este sitio, que los náufra- gos de un buque pescador de la matrícula de Canarias designaron con el nombre de *Boste*, tiene agua salobre, pero en relativa abundancia, que los indígenas consumen sin el menor reparo, muy buenos pastos en años lluvio- sos y algunos rebaños de cabras, con varias clases de animales salvajes. Otros muchos puntos pudiéramos citar próximos al litoral, que todavía no han sido reconocidos y que forman pequeños oasis de vegetación más im- portante.

En resumen: la naturaleza, llamada con justicia «pe- cho fecundo de la humanidad,» ha escatimado sus in- apreciiables dones sobre esa parte del territorio ó continen- te africano, pero no hasta el punto de convertirla en es- téril por completo á las necesidades del hombre. Mien- tras la miseria impere con poderosa ostentación entre aquellos desgraciados indígenas, y la indolencia mu- sulmana no desaparezca al choque con las ideas y tem- peramentos de otras razas, será difícil, casi imposible, obtener de aquel suelo el manantial de bienestar que, con pocos sacrificios, reportaría á sus habitantes.





CAPÍTULO IV

Fauna.

Así como el reino vegetal sólo nos presenta en esta comarca reducidísimos elementos y productos en proporción muy limitada, en el reino animal encontramos considerables agentes que forman la riqueza del país y que, por lo tanto, merecen más detenido estudio.

La variedad de animales é insectos que aquel suelo produce y su prodigiosa procreación, en relación á la escasez de medios de subsistencia y en un país conocido con el nombre de *desierto* desde tiempo inmemorial, ofrecen nuevos datos para el conocimiento más acabado de tan vasta comarca, con fundadas esperanzas en el mayor desarrollo de todos sus productos.

Bastaría examinar la gran cantidad de ganado lanar, cabrío, vacuno, asnal, camellos, cebras, acémilas y caballos ya citados al describir los viajes al interior, para conceder á esta región una importancia relativamente considerable, dado el concepto que por tanto tiempo ha mere-

cido á las naciones de la culta Europa. Porque, si consideramos la vida especial de los indígenas, su gran indolencia y la incomparable frugalidad de que hacen alarde para justificar su independencia, preciso sería atribuir á un exceso de vida los productos con que hoy cuentan para alimentar el comercio.

Todavía sorprende más al observador y al viajero la clase excelente de ganado que allí encuentra y su inmejorable estado. El carnero es de tamaño doble al que se conoce generalmente en España, y su lana, muy blanca y sedosa, alcanza en algunos ejemplares 15 y 20 centímetros de longitud. La diferencia de razas es tan notable, que al reunir en una ocasión dos ovejas á un rebaño de 400 carneros del desierto, éstos huyeron precipitadamente y se arremolinaron en un ángulo del corral, considerando á sus congéneres de Europa como animales temibles; pasados algunos momentos, los más atrevidos se acercaron con precauciones á las dos inofensivas ovejas, y del reconocimiento se obtuvo la tranquilidad perdida por tan inesperada visita.

Análogas observaciones merece la cabra, cuya especie supera en gallardía, esbeltez y hermosura á la que se produce en Europa. La combinación de los colores más caprichosos tiñe su pelo, y sólo después de algún tiempo se consigue domesticarla ó hacerle perder la timidez que demuestra en un principio. Su ligereza y facilidad para salvar respetables alturas es verdaderamente incomprensible. Antes de que se empezara la construcción de edificios en la península de Río de Oro, dispuse encerra-

sen en un barracón de madera, sin techar, de tres metros y medio de altura, unos cuantos carneros y machos cabríos que no habían podido embarcarse, para librarlos de una acometida de los lobos ó hienas; al amanecer del siguiente día no quedaba en el barracón ningún ejemplar de los que allí habían sido encerrados, ni señales de haber desaparecido. Preguntando á los indígenas, me aseguraban que nada habían visto, pero que no les sorprendía, y, con entera confianza de encontrarlos, marcharon al punto en que habían pernoctado la última noche con sus compañeros, donde efectivamente se hallaban reunidos.

También es excelente el ganado vacuno y de gran tamaño. Suele encontrarse en considerable abundancia *el buey cebú*, que, como es sabido, se distingue por una protuberancia que presenta sobre el cuarto delantero, formada por el tejido adiposo, cuyo sabor es exquisito. Esta raza se cría exclusivamente en el Adrar, y, según los viajes practicados, sólo se encuentra á siete ú ocho jornadas de Río de Oro, como punto más próximo.

Entre las fieras figura la zorra, con sus múltiples variedades; la hiena, en número también considerable, pero completamente inofensiva; el leopardo, la pantera y el tigre, que raras veces llega á divisar el hombre. No obstante habitar en aquella región una tribu denominada Ulad-Sbá—hijos del león—sólo por excepción recuerdan algunos haber visto pasear por aquellos lugares al rey de la selva; en cambio, aseguran los indígenas que en un paralelo bastante más bajo, y á poca distancia de la costa,

se hallan algunos leones muy temidos por las caravanas. Con insistencia he deseado tener una colección de pieles de fieras del desierto, y sólo he conseguido ejemplares de zorras, una de leopardo y otra muy pequeña de tigre.

La raza canina reúne condiciones de grande utilidad para el hombre, y especialmente para el cuidado de los rebaños de ganado. A este mamífero deben los indígenas la conservación de sus reses, y, sin embargo, no le prestan todo el cuidado que sus servicios merecen. Pertenece á una de las variedades del galgo, y por su color y formas podría confundirse con el lobo, si su aspecto triste, macilento y pausada marcha no lo diferenciase de aquella fiera sanguinaria, pero cobarde, que en todos sus ademanes revela la astucia y travesura que le caracterizan.

Además del gato montés, en estado completamente salvaje, y sus diversas variedades, existe otra especie, poco común en las colecciones zoológicas, llamada *feneque*, á quienes guardan los indígenas grandes consideraciones por la guerra que tienen declarada á los roedores, sus casi congéneres, los cuales difícilmente consiguen burlar su tenaz persecución.

Los animales verdaderamente dañinos, á quienes el hombre debe mirar con gran recelo y guardar todo género de precauciones, son tan sólo las víboras y las moscas. Estas últimas, bien en el género mosca *común*, *moscón* ó *moscarda*, se producen en bandadas inmensas, originando innumerables molestias; y, como es sabido que casi siempre se alimentan de sustancias orgánicas en descomposición, son causa en muchas ocasiones de fácil

conductor de enfermedades cutáneas, contagiosas ó transmisibles. No es posible calcular la cantidad de moscas que en un día de calma se agolpan sobre la humanidad obligada á tolerarlas, y aunque por la indiferencia que el moro las guarda es muy fácil cogerlas, tengo por seguro que, á pesar de matarlas por millares, sería imposible conseguir su exterminio.

En algunos días de marcha ó en expediciones al interior, llevábamos cubiertos de moscas el sombrero, los hombros, las espaldas y las mangas de la americana, sin atrevernos á molestarlas para no hacer imposible la respiración. A estos insectos se atribuye la serie de diviesos que se presentaron en algunos colonos, y cuyo tratamiento tenía que ser muy enérgico por el carácter gangrenoso que en seguida presentaban si se retardaba la operación quirúrgica. Por fortuna los vientos alisios, que tan frecuentes son en la costa del Sahara, limpian de insectos la atmósfera y transcurren á veces semanas sin apercibir un ejemplar siquiera de esta clase de dípteros.

La víbora—*vípera amonodytes*—es demasiado común en esta región africana, y muy temida por los indígenas. Se halla perfectamente caracterizada: su color gris por encima, con una línea negruzca por el lomo y una fila de manchas negras á cada lado, la diferencian perfectamente de las culebras inofensivas.

En la costa, como en el interior, se encuentran en las rocas, rendijas ó desprendimientos del terreno, y su número es muy considerable á pesar de la viva persecución que sufren.

Una casualidad, que pudo acarrear funestas consecuencias, nos dió ocasión de conocer uno de estos ofidios, que tuvo el mal acuerdo de introducirse en nuestra tienda por la noche: descubierta á la mañana siguiente fué muerta á los pocos instantes con gran contentamiento de los indígenas, cuyos semblantes demostraban un terror verdaderamente indescriptible. Sin embargo, aun pudiera justificarse este excesivo miedo, porque dado el atraso de aquellos seres, y después de las víctimas causadas por las víboras, cuyas picaduras son al parecer mortales, no conocen otro remedio que amputar el miembro mordido, lo antes posible, para la salvación de la persona.

Varios sectarios del Profeta, pertenecientes á la tribu de *Ulad-Sbá*, nos enseñaron las cicatrices de amputaciones que habían sufrido por picaduras de estos ofidios; y como hubiesen consumido el medicamento que les dieron en el Senegal para evitar tan desastrosa y cruel operación quirúrgica, cuyo medicamento, según las explicaciones, debía ser el ácido nítrico ó hidroc্লórico, me pedían con interés les concediese un poco de aquel *liquido amarillento que despedía humo sin aproximarle al fuego*, y el cual, si bien producía dolores muy agudos al aplicarlo, tenía en cambio la inmensa ventaja de no inutilizar el miembro mordido por la víbora.

Apartando estas dos especies de animales dañinos, y aun temibles, se encuentran abundantes variedades en el orden zoológico, cuyo estado salvaje no debe inspirar el menor cuidado y que ofrecen poca resistencia para domesticarlos; pero á fin de no prolongar estas observacio-

nes con referencias cuya exactitud pueda ofrecer alguna duda, limitaremos la descripción á los animales que por diversas causas han sido objeto de nuestro estudio.

Es indudable que la naturaleza ha elegido esta vasta región para señalarla con su sello de esterilidad, y tan funesto desprecio debió inspirar á todas las razas, que cun- diendo el desprestigio, llegó á adquirir una reputación nada envidiable desde tiempos antiguos, quedando casi relegada al olvido en las grandes transformaciones que en el orden social ha sufrido nuestro planeta. Por esta causa, sin duda, produce siempre general asombro encontrar en un suelo de escasísima vegetación y falto de agua potable, ni siquiera salobre, la hermosa representación que tienen cierta clase de animales como la gacela, cuya esbeltez, gallardía, agilidad y destreza han servido para componer bellísimas poesías á tantos poetas como registra la literatura arábiga. Y, como contraste general en todos los órdenes de la naturaleza, tan tímido como inofensivo animal es ferozmente perseguido por los indígenas, cuya exquisita carne les sirve de alimento y con sus pieles forman una especie de capa ó manto que les sirve para cubrir en invierno sus bronceados cuerpos. También sufre activa persecución de los lobos y zorras, hallando la defensa contra tantos y tan encarnizados enemigos en su vertiginosa carrera y grandes saltos.

Sería muy interesante obtener algunos ejemplares de gacela para nuestro jardín zoológico; pero ni su captura es fácil ni reunen condiciones orgánicas para resistir las variaciones atmosféricas de todos los países. Muchas ga-

celas, muertas por cazadores árabes, he recibido como suntuoso obsequio y demostración de amistad sincera; pero cuantas gestiones he puesto en práctica para obtenerlas vivas han sido infructuosas, si se exceptúan las crías de quince días ó un mes que, faltas de la libertad y del calor que sus madres les prodigan, sucumben en breve tiempo á pesar de los cuidados y medios de alimentación de todo género empleados para domesticarlas.

Lo contrario ocurre con los antílopes de varias clases, gamos y ciervos que, en grandes rebaños habitan esta comarca. He tenido ocasión de conocer antílopes del tamaño de una ternera, con cuernos de un metro de longitud, con anillos ó aristas en espiral hasta unos 20 centímetros de las extremidades, que son completamente lisas y demasiado puntiagudas, afectando en general una curvatura bastante pronunciada hacia atrás.


Las excelentes condiciones de esta especie de los bovinos facilitan los medios de domesticarlos, hasta el punto de que en muchos rebaños de cabras se encuentran diversas crías de antílopes, que luego se mezclan con el ganado vacuno, obteniendo en el cruce con las vacas excelentes ejemplares muy apreciados por los indígenas.

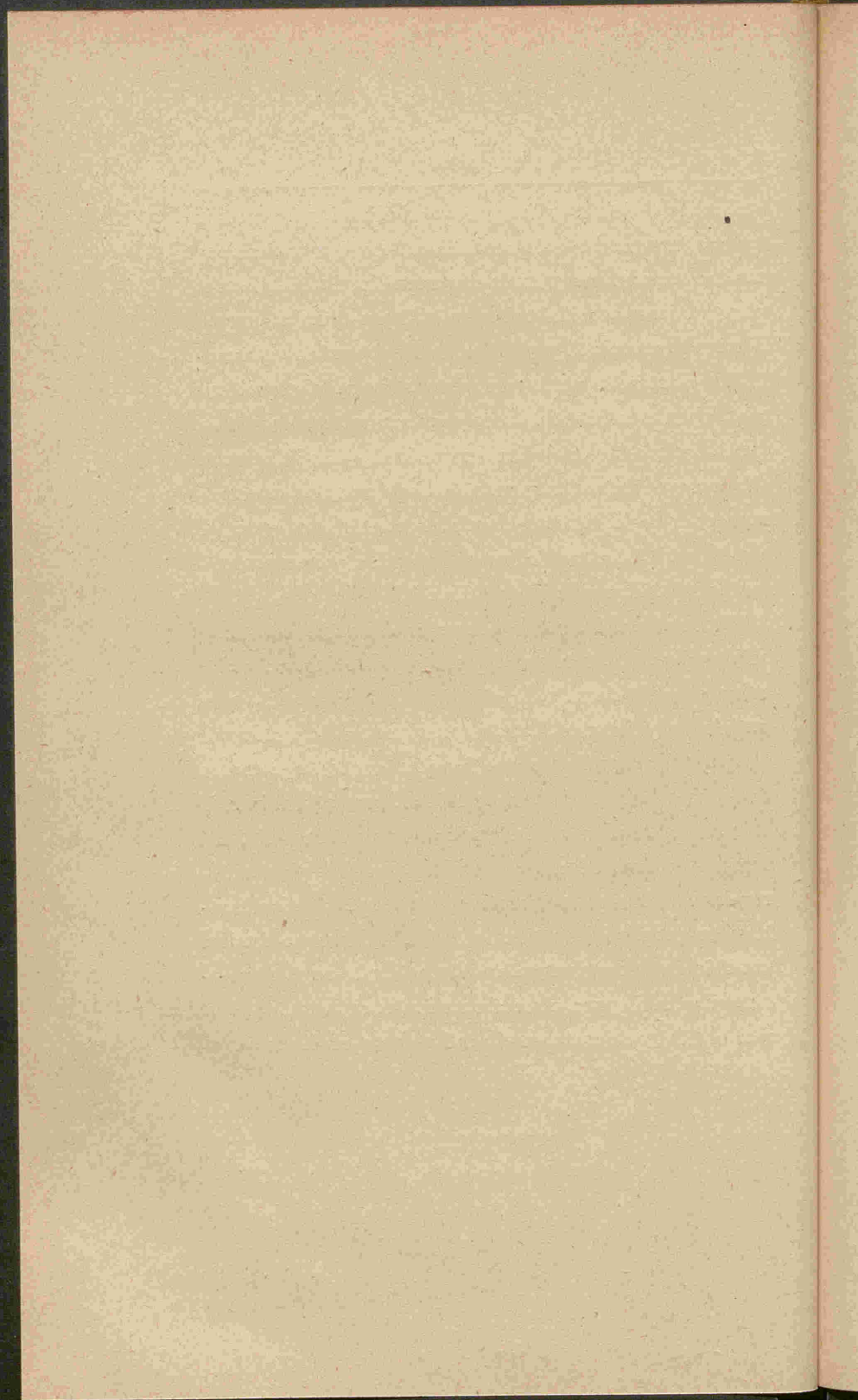
La abundancia de camellos se concibe fácilmente dadas las condiciones de vida de aquellos desgraciados habitantes. Los indígenas que ya conocen el Senegal les dan el pomposo nombre de *ferrocarriles del Sahara*, porque son los únicos elementos de locomoción resistente para salvar enormes distancias al trasladarse de uno á otro punto de ese inmenso continente africano, desconocido

casi para la vieja Europa, y cuya civilización representa todavía luengos años de sacrificios, luchas y privaciones sin límites, si no se procede con exquisita habilidad en el planteamiento de las colonias indispensables al mayor desarrollo mercantil y político de las potencias europeas.

Sin el camello sería imposible todo movimiento comercial en aquel continente; á sus fuerzas hercúleas, á su gran sobriedad, que le permite sufrir seis días de marcha sin comer ni beber, conservando gran parte de su poderosa resistencia; á sus especiales condiciones para el transporte de mercancías, se deberán los primeros adelantos del tráfico y de la colonización.

El camello del desierto—*camelus dromedarius*—tiene sólo una joroba ó protuberancia sobre el dorso; es de color amarillo claro, pero abundan el blanco sucio y el ceniciento, y forman diversas razas que se distinguen por el mayor desarrollo de sus formas, según la comarca donde se crían. Los indígenas cuidan, con todo el interés compatible con su carácter y condiciones de vida, del acrecentamiento de sus rebaños de camellos, para utilizar sus servicios y no carecer del alimento que las hembras les proporcionan con la leche, medio que facilita también atravesar extensas comarcas donde no se encuentra agua de ninguna clase sin sufrir los rigores de la sed y el hambre que tantas víctimas hubieran ocasionado.





CAPITULO V

Pesquerías.

La importancia de los bancos de pesquerías de toda esta parte de la costa africana la considero de gran trascendencia para el porvenir de nuestros nuevos territorios. Constituye por sí sólo, este valioso elemento, una industria sobradamente productiva para colmar las aspiraciones de cualquier empresa que tratase de organizar su explotación, con todos los medios que los adelantos modernos ofrecen.

Es cierto que la *Sociedad de pesquerías Canario-Africanas* trató de explotar este lucrativo negocio, obteniendo un éxito desgraciado; y semejante fracaso pudiera ser motivo de desaliento para sucesivas empresas ó reconstitución de la primitiva. En nuestro concepto, y sin querer profundizar, ni aun siquiera bosquejar el origen de las contrariedades experimentadas por la citada Sociedad, creemos que el capital perdido por esta empresa ha de servir, como experto guía, para señalar el verdadero de-

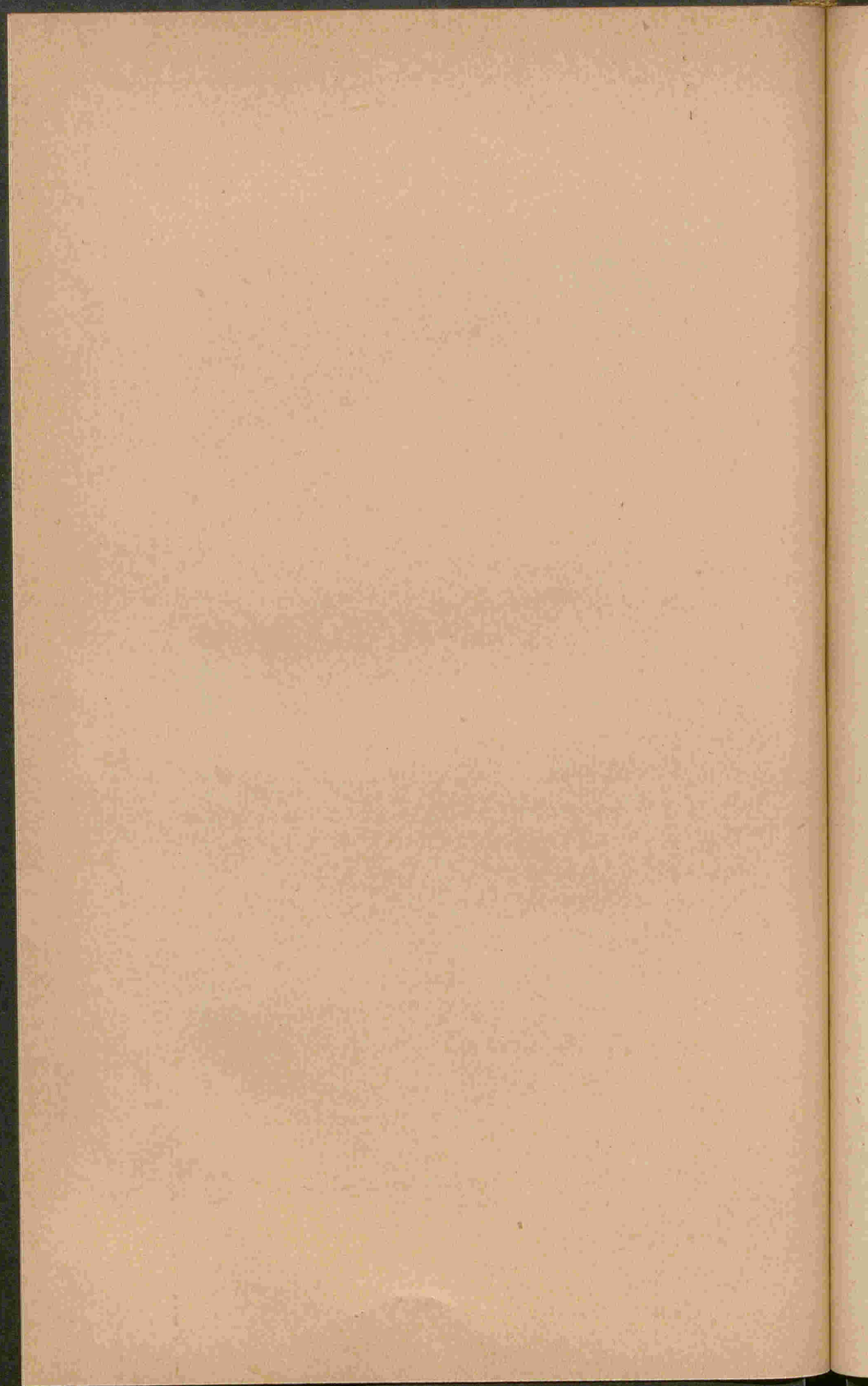
rotero de las nuevas especulaciones que en no lejano plazo se fundarán en la pasmosa abundancia de pescado que encierran aquellos bancos, conocidos de antiguo con el nombre de pesquerías canario-africanas.

Ni mis estudios ni las condiciones de este trabajo permiten desarrollar tan importante materia con la amplitud y conocimientos que requiere. Las obras de Glass, Web y Berthelot, sirven aún de consulta, aunque sus noticias son bastante incompletas; pero en España tan sólo el ilustrado cuanto modesto capitán de fragata D. Pedro de la Puente, ha dedicado preferente estudio á estos bancos de pesquerías, recorriéndolos en buques de diversas clases para apreciar sus condiciones é importancia, y á sus atinadas observaciones recurriremos en la descripción de tan interesante explotación de los dominios que abarca nuestro protectorado.

La cantidad de pescado que encierran aquellos bancos, desde el paralelo de cabo Bojador al de cabo Blanco, excede á toda ponderación. Los inconvenientes que en no lejanos tiempos impedían una explotación floreciente de estas pesquerías, porque la vela era el único motor de las embarcaciones y la navegación por el litoral sumamente expuesta por la falta de puntos de verdadero refugio, han desaparecido merced á la protección que en lo sucesivo encontrarán en la costa los buques de vapor, de grandes marchas y con aparatos refrigeradores que la industria perfecciona constantemente. Semejantes adelantos llevan aparejados también sacrificios de cuantiosas sumas para emprender este reproductivo negocio, pues no cabe si-



Vista de la costa, frente á la península de Río de Oro.



quiera discutir el establecimiento de una empresa de este género sin elementos, á imitación del lánguido tráfico que hoy emplean los canarios para abastecer al archipiélago de pescado de la costa africana.

Pero debemos empezar manifestando que la pesca de altura en aquellos mares exige la protección decidida y eficaz del Gobierno, por distintas razones que están al alcance de cualquiera que reflexione sobre los diversos problemas sociales y de colonización que esta explotación ha de resolver de un modo ventajoso para el porvenir de las islas Canarias. La pesca que en la actualidad se practica es sólo costera, y por grandes que sean sus productos jamás alcanzarán la posibilidad de facilitar las infinitas preparaciones que del pescado se obtienen, ni llegarán á disminuir su precio en provecho de las clases más necesitadas y que debieran constituir la preocupación, casi constante de los estadistas que verdaderamente se interesaran por el desarrollo de su patria y bienestar de todas las clases sociales.

Los pescadores canarios poseen algunos buques, aparejados de pailebots, de porte insuficiente para la navegación de altura, aun cuando están tripulados por marineros muy prácticos que, al barlovento, consiguen la remontada desde cabo Blanco á cualquiera de las islas del archipiélago. La cantidad de pescado que en la actualidad capturan estas miserables embarcaciones, por los medios más primitivos que se conocen, es asombrosa y suficiente para surtir los mercados de las islas de este imprescindible alimento á los habitantes de tan preciada provincia

española. Si en vez del anzuelo y la lienza contasen con todos los variados elementos que hoy posee esta industria, seguramente les permitiría exportar en grandes cantidades este producto, fomentando este importante venero de riqueza, que casi pudiera decirse pertenece á sus aguas jurisdiccionales. En cambio el abandono del Gobierno y la falta de empresas respetables que tomasen á su cargo esta explotación, esterilizaría las infinitas ventajas y recursos con que esos bancos de pesquerías nos brindan para el desarrollo de nuestra industria pesquera.

La necesidad de protección oficial se reconoce también, considerando la miserable vida de los pescadores canarios que frecuentan la costa africana. Tripulan inmundos pailebots, sin la menor de las condiciones que son necesarias para la existencia, cuarenta ó más individuos, especie de lobos marinos, avezados á las rudas faenas de su triste industria, esclavos de la miseria, porque todos sus trabajos, sacrificios y penalidades sólo les proporcionan alimento de pescado y gofio amasado con el caldo saladísimo que obtienen al cocer los peces; entre estos tripulantes, la mitad próximamente son desgraciados muchachos desde 8 á 15 años, cuya educación sería completamente análoga á la de los salvajes del desierto si un ligero espíritu de conmiseración de sus padres no les enseñase algunas oraciones, rezando el rosario en alta voz todas las tardes, con acompañamiento de los aullidos del perro de á bordo, si acierta á pasar una lancha por las inmediaciones del pailebot.

Provistos estos buques de carnada, que generalmente

la obtienen en la ría de Río de Oro, salen á hacer la pesca tan pronto como aparece la primera luz crepuscular de la mañana. Los hombres se colocan á popa y á los costados de la embarcación, con las liñas y anzuelos necesarios, y á cada instante, mientras el buque á media vela recorre un banco de pesca, se extraen del agua hermosos peces que, lanzados violentamente sobre cubierta y después de golpear sus cabezas con un grueso mazo de madera, los muchachos se encargan de extraerle el anzuelo, el cual, momentos después, vuelve á bordo con nueva presa. Generalmente al medio día obtienen unos 20 á 25 quintales de pescado, y entonces dirigen la embarcación en demanda del fondeadero más próximo, á fin de preparar la pesca quitándole toda la parte insertible, abrirla para que pueda recibir bien la sal y esquivarla convenientemente en la bodega. Esta operación tiene por espectadores algunos centenares de gaviotas, que, con estridentes graznidos, se disputan los restos ó desperdicios que en abundante cantidad se arrojan al mar, ó las infinitas partículas que se desprenden del pescado cuando lo lavan para luego salarlo.

Una vez conseguidos los 300 quintales de pescado, que es la mayor carga de un pailebot, emprenden el regreso á las islas Canarias, donde, después de mes y medio ó dos meses de constantes trabajos, descargan su mercancía en el puerto en condiciones nada favorables para excitar el apetito del consumidor.

Demostrada con esta breve reseña de la vida de los pescadores canarios la gran abundancia de pescado que acude á aquellos famosísimos bancos, creemos innecesario deducir los rendimientos que con esta pesca se podrían conseguir empleando las redes fijas ó de arrastre, con factorías en la costa para salazón y conserva de pescado y buenos buques de vapor con refrigeradores para trasladar la pesca fresca á la Península.

Es esta una cuestión de gran trascendencia para el porvenir y de resultados positivos, pero cuyo estudio requiere conocimientos especiales á fin de garantizar el éxito.

La pesca de altura, combinada con el comercio que debe desarrollarse por todo el litoral y á grandes distancias al interior, son las únicas bases de una colonización próspera y floreciente. A pesar de mis escasos conocimientos prácticos y teóricos respecto á esta materia, se comprende fácilmente que el pescado obtenido en aquellos mares tiene que resultar á un precio muy módico, pudiéndose entablar una competencia invencible con las salazones que provienen del extranjero, una vez aclimatado este producto en nuestro mercado y desvanecidas las prevenciones que siempre inspiran en la plaza los artículos de primera necesidad hasta entonces desconocidos.

Según los cálculos hechos por el Sr. Puente, teniendo á la vista los principales datos relativos al consumo que se hace en la península y en Europa, cada libra de pescado podría obtenerse *á dos décimas de real*, cuyo precio basta por sí sólo, sin contar con la excelente calidad de la

pesca, para alejar todo temor á una competencia en ninguna pesquería del mundo y justificar las inmensas ventajas que reportaría á las clases más necesitadas de nuestra patria.

Las clases de pescados son además inmejorables. Allí se encuentra la perca, cherma, corvina en abundancia y de gran tamaño; el róbalo—*labrax*,—el mero—*servanus gigas*,—el salmónete—*mulus barbatus*,—la caballa—*scomber scombrus*,—el atún—*thynnus pelamys*,—y la sardina—*clopea sardina asso*—en grandes bandadas, que cortan á veces los buques en sus marchas, produciendo una extensa estela fosforescente en la huída. La ría de Río de Oro se halla casi inundada, por decirlo así, de una especie de sardinón, perteneciente á la familia de los clupeidos, pero algo más basto y espinoso que el arenque—*clupea harengus*—y que los pescadores cogen por millares para carnada.

Además de la sama, existe otra clase de pescado que los canarios llaman *tasarte*, el cual merece clasificarse entre la familia de los pércidos, y cuya carne es verdaderamente exquisita.

Los pescados de cuero y robalizas tienen también una representación muy numerosa. La morena—*moræna*—es abundantísima, y tan voraz que á veces impide la pesca de otras clases; por desgracia es asimismo común el tiburón—*squalus*—especialmente en cabo Blanco, donde encontré algunos pescadores que se lamentaban de la presencia de este temible esturión, el cual devoraba toda la pesca que caía en las redes; el cazón—*squalus muste-*

lus—y la *raya-raia*—son también muy generales, viniendo hasta el borde mismo de la playa, en un palmo de agua, para perseguir á los peces pequeños.

Entre los crustáceos debemos mencionar la langosta de mar—*palimerus*—cuyo número es tan considerable que estando en la bahía del Oeste, en cabo Blanco, me decía un patrón de pailebot que habían devuelto al mar más de 500, las cuales se enredaban en las mallas de las redes, y los cangrejos—*astacus*—que llegan á adquirir grandes proporciones, con otras muchas clases que sería enojoso enumerar.

No es menos variada la familia de los moluscos. El pulpo—*octopus vulgaris*—y el calamar—*loligo vulgaris*—se obtienen con extremada facilidad; entre las rocas de la costa se ven muchas completamente cubiertas de mariscos, como la chopá, cañadilla,—*strombus gallus*,—ostra—*ostrea*—y otras muy diversas, y en la arena ó fango de la ría se hallan en abundancia la almeja—*venus decussata*—bocas, etc., completando casi todos los órdenes que conoce la zoografía.

No son solamente los pescadores canarios los únicos que se abastecen de aquellos riquísimos bancos de pesquerías, aun cuando á ellos corresponde el mayor producto por la relativa facilidad de medios para la pesca. Los indígenas que habitan el litoral, y que pudiéramos llamar costeros, se sostienen exclusivamente de esta industria, vendiendo á los moros del interior grandes cantidades de pescado á cambio de cebada, ó harina de cebada tostada, y algunas varas de tela de algodón azul, y

sólo por excepción reciben como recompensa á su trabajo un carnero, macho cabrío ó algunas pieles, curtidas ó sin curtir, que emplean en invierno como lujoso abrigo.

Generalmente estos indígenas sólo pescan en la ría de Río de Oro ó en la hermosa bahía del Galgo, en cabo Blanco.

Su industria no requiere gran práctica ni profundos conocimientos.

Con cuantas cuerdas ó cabos encuentran ó adquieren forman, después de bien preparados y reducidos al tamaño conveniente, una red de cuatro á cinco metros de longitud y uno de anchura, sustituyendo el plomo por unas piedras redondeadas á fuerza de rozarlas con otra de mayor dureza. Provistos de este sencillo aparato recorren la costa ó la playa hasta encontrar una *mancha de pescado*, lo cual se consigue con suma facilidad. Uno de los pescadores penetra en el agua, llevando un extremo de la red, hasta tener cubierta la cintura, y entonces describe un arco de círculo y se dirige hacia la costa, quedando presos gran cantidad de peces entre las mallas. He presenciado esta operación muchas veces, y siempre ha causado en mí gran asombro, tanto la pesca obtenida como el tamaño considerable de los peces que venían prisioneros en la red.

Por las malas condiciones de la red, el pescado pequeño encuentra fácil salida; pero, á juicio de aquellos desgraciados, esto representa una ventaja, porque no habían de utilizarlo.

Cuando los indígenas del interior acuden con sus camellos en busca de pescado, suelen matar alguna toñina ó delfín, que cazan á balazos, y del cual extraen abundante cantidad de aceite, que emplean para diversos usos domésticos. Esta cacería acuática es también muy sencilla, pues sólo requiere buena puntería; apostados en sitio algo elevado se divisan fácilmente manadas de estos cetáceos que, en su majestuosa marcha, causan horribles estragos en la sardina; y como con frecuencia hacen gala de sus enormes fuerzas sacando fuera del agua la mayor parte de su negro cuerpo, se eligen estos momentos para fijar bien la puntería y hacer el disparo. Ordinariamente el indígena no yerra el tiro, á pesar de las detestables condiciones del arma que emplea, y sólo se requiere alguna agilidad para correr por la costa durante el tiempo necesario á fin de perseguir con la vista al animal herido hasta que el agua lo arroja muerto á la playa.

Existe también una industria cuya explotación es de grandes resultados, y que por su originalidad merece conocerse detalladamente.

La base de este lucrativo negocio son ciertos moluscos—especialmente el *conus pulicarius*—que revisten la forma cónica truncada, de cuatro á cinco centímetros de altura por uno y medio de radio en la base de los mayores, muy salpicados de pintas rojizas y llamados por los indígenas *amdjun*. El centro principal, el mayor criadero de estos moluscos, parece hallarse en el fondo de la ría de Río de Oro, en la gran extensión de terreno pantanoso que rodea la isla Herne y que queda en seco en bajamar.

Los indígenas pescadores emplean sus ratos de ocio, que son constantes, en remover el barro donde se albergan estos cefalidios, que amontonan para venderlos á comerciantes de la tribu de Ulad-Sbá á cambio de una pieza de mahón azul el millar, pieles ó harina de cebada tostada.

Estos moluscos los emplean los negros para adornar sus melenas y su cuello. Transportados á Ualata, Timbuctú y Benigram, puntos donde radican los mercados más concurridos, se venden por oro, marfil y *esclavos*.

La trata de siervos no podía tener más denigrante representación. ¡A cuántas supercherías, vejaciones é infamias se halla sometida la vida del hombre salvaje, y especialmente la del hombre de color! Un millar de conchas de estos animales zoófagos representan el valor de un esclavo, y todavía he oído á algunos sherifes, sectarios del Profeta, lamentarse del subido precio que obtienen los de la raza sudanesa y de Guinea por consecuencia de la *excesiva demanda* en el mercado.

Este repugnante tráfico aparece con los más horripilantes caracteres á medida que se descubre el fondo de ese inmenso continente, que tanto tiempo ha de transcurrir antes que la civilización ejerza en él su verdadero dominio.

Algunos individuos de la tribu de Ulad-Sbá, que me referían detalles de estas compras, recibían con burlesca sonrisa la indignación que su conducta me inspiraba, y como usaban, según ellos, de un derecho que el Profeta les había concedido, ensalzaban la ventaja de

poder disfrutar, por mil quinientas conchas de cefalidios, de una niña de diez años, de robusta salud, sumisa y obediente á todo género de trabajos hasta la vejez, que aprecian en los cincuenta años próximamente.

Y la discusión con los sectarios de Mahoma sobre esta materia es imposible: el egoísmo se impone siempre á la razón entre los pueblos bárbaros; las tradiciones y el fanatismo no conceden límites al capricho y á la tiranía.



CAPITULO VI

Habitantes del desierto.

Arabes.—Bereberes.—Schelojs.—Tuaregs.—Guenauas.—Indígenas
pescadores.

Abarcar en una clasificación las diversas razas que pueblan una parte del centro de África, especialmente las que habitan el desierto del Sahara, desde cabo Blanco hasta los confines del imperio marroquí, sería exponerse á una serie de errores crasísimos y de gran trascendencia para el porvenir de aquella comarca, donde existe un interés muy marcado para España, en sus futuros destinos de expansión colonial. A fin de obtener las mayores garantías de éxito en la persecución de los nobles ideales que inspiran estas cuestiones se debe exigir la más escrupulosa exactitud en los informes que, recorriendo los centros productores de más importancia en nuestra patria, den á conocer los elementos de vida y condiciones de la población indígena, para que estos datos constituyan los cimientos sobre que se levanten respetables y expertas empresas encargadas de llevar luégo á la práctica

todos los proyectos aprobados después de maduro estudio.

En este concepto consideramos de gran trascendencia la descripción etnológica de las tribus que pueden someterse al dominio de España con escasos ó insignificantes sacrificios, dada la magnitud de la empresa y las ventajas que esta sumisión debe reportar en el orden político al engrandecimiento de nuestra patria y desarrollo de su comercio. Esta descripción tiene necesariamente que relacionarse con los tiempos prehistóricos de esta comarca para conocer las diversas transformaciones que han sufrido los habitantes del continente africano, las luchas sostenidas por los primeros pobladores y el dominio sucesivo de diversas razas hasta que las huestes acaudilladas por los sectarios del Profeta produjeron una de las más grandes y trascendentales revoluciones de la Edad Media. Allí donde el fanatismo musulmán tiene profundos y sólidos cimientos; donde los ritos musulmicos se observan con escrupulosa fidelidad; donde las máximas de la religión mahometana, tan acomodaticia á las necesidades del hombre en estado salvaje, son leyes sociales por todos veneradas, aun cuando se interpreten en sentido favorable al tiranuelo encargado de ejecutarlas; donde las tradiciones que figuran en el *Corán* son ciegamente obedecidas y respetadas, donde existe, en fin, un recuerdo, aunque desfigurado por completo, de la sangrienta lucha que tuvieron que sostener los sectarios del Profeta al pretender dominar el universo entero, allí se encontrará siempre esa raza varonil, sagaz é inteligente,

más altanera cuanto mayor es su decaimiento, y que, no obstante la mezcla consiguiente de individuos de diversas tribus y comarcas, conserva inalterables los caracteres generales con que se la conoce en el orden sociológico.

No se encuentra en el Sahara el mismo tipo que en la Tunicia, Trípoli, Argelia ó Marruecos, con los cuales podríamos comparar sus habitantes. Hay un sello característico en aquellos semblantes que refleja con bastante claridad la diferencia de pueblos, individuos y hasta familias. Las grandes distancias que los separan, las condiciones climatológicas, género de vida tan distinto y la clase de alimentos, son causas bastante poderosas para justificar la diversidad de razas que se encuentran en esa vasta región africana; pero siempre se reconoce en aquellos seres, esclavos de la barbarie, los mismos instintos, placeres y tendencias que dominan á sus correligionarios, algún tanto transformados por el mayor trato con pueblos civilizados que habitan la parte más septentrional del continente africano.

La raza árabe, bastante menos impura en sus costumbres de la que nos presenta la historia y la poesía árabe, tiene numerosa representación entre las huestes ambulantes ó nómadas que imperan en el desierto. Las tribus de Ulad-Delim y los Arrosiyin forman el núcleo principal donde reside el tipo árabe, y se distingue especialmente por el traje, usando muchos el jaique blanco, la clásica chilaba y el turbante, sin exagerar sus proporciones como los habitantes de Marruecos, cuya aristocracia hace suntuoso alarde de fantasía empleando seis y

ocho varas de muselina para envolver su rapada cabeza. Los individuos de la numerosa tribu de Ulad-Shá proceden también de las dispersas agrupaciones de árabes que



Grupo de los Ulad-Erguibats. (De fotografía.)

se extendieron por el Africa á medida que su decaimiento era más grande y más sangrienta la persecución que sufrían de sus enemigos; pero la mayoría de los que se enorgullecen con el pomposo nombre de *Ulad-Sbá*—hijos del león—pertenecen á la raza bereber y shelja cuyo idioma—más bien que dialecto—traje y costumbres, conservan con bastante fidelidad. Los susis y los guenauas se confunden con los bereberes y los árabes, constituyendo las diversas tribus ó confederaciones que pueblan la región sahárica. Entre los individuos de esta raza, de tan diversos orígenes formada, existe una exaltación mayor que en los demás pueblos musulmanes, y, al penetrar en la fuerza de sus instintos, casi se reconoce la necesidad de los atroces castigos impuestos por las leyes musulmanas, que tan frecuentemente aplican las autoridades de otras comarcas para conservar su prestigio y el respeto de sus subordinados. El bereber es caprichoso, movable é inconstante; su ambición es ilimitada, su despotismo cruel, su arrogancia denigrante, eterna su turbulencia y su carácter indomable exige, por lo tanto, mucha cordura al aplicar medidas violentas.

Estas cualidades sobresalientes en muchos individuos de los *Ulad-Sbá*, justifican la preponderancia que actualmente ejercen en el desierto, cuya comarca más productiva habitan. Si una kábila tratase de poner en tela de juicio la supremacía de los *Ulad-Sbá*, no había de tardar en arrepentirse de su arrogancia, pues vería invadido su territorio, sufriría todas las calamidades que lleva consigo la guerra entre los sectarios de Mahoma, y, abandonada ó

aislada de las demás tribus más obedientes, en poco tiempo quedarían diezmados sus habitantes y sujetos á onerosísimos tributos.

Así se explica que un musulmán de la tribu de Ulad-Sbá, conocido generalmente con el nombre de *el Uali*



El Uali Es-sebai, de la tribu de Uald-Sbá. (De fotografía.)

Es-sebai, amenazase á cuarenta y tantos de la de Amar, después de los asesinatos cometidos en la factoría el 9 de Marzo de 1885. Al día siguiente de aquel lamentable desastre llegaba á Río de Oro el Uali, encontrando deshechos los muros y casetones que habían servido de base á

algunas transacciones comerciales, muertos varios españoles, amarrados por el cuello y faltos de auxilio y alimento los que quedaban en poder de los indígenas. En semejantes circunstancias, el Uali increpó duramente á los asesinos y, convencido de su impunidad por el temor que inspira la tribu de Ulad-Sbá, se dedicó á socorrer á los cautivos, proporcionándoles ropa, de la que habían sido despojados, galleta, tabaco y agua; aun cuando su conducta mereció acerbos censuras de sus correligionarios, hizo frente á las amenazas con una arrogancia que rayaba en el heroísmo, y, blandiendo la gumía que llevaba colgada á la bandolera, consiguió rechazar el ataque con una defensa extremada, humillando así á cuantos se atrevieron á criticarle.

Este hecho, que me complazco en dejar consignado como manifestación de agradecimiento á la conducta de Uali, revela la supremacía que ejercen en toda aquella comarca los habitantes del Adrar, y la generosidad de sentimientos que todavía se albergan en aquellos seres tan desgraciados como dignos de mejor suerte.

Infinitos casos pudiera citar en obsequio á la verdad, y con el objeto de desvanecer esa opinión tan generalizada que considera á todos los moros como enemigos irreconciliables de cuantos no pertenecen á su grey, ó decididos adversarios de todo aquello que representa el progreso y la civilización.

Habita en esta parte del litoral sahárico un indígena llamado Ahmed-el-Aliyi, de triste recuerdo para los pescadores canarios y de gran prestigio entre sus correligio-

narios por sus hazañas, acreditado valor y energía de carácter.

Según confirman todas las noticias recibidas por diversos conductos, la familia de Ahmed-el-Aliyi, que forma un núcleo considerable de pescadores indígenas, tuvo una colisión con algunos tripulantes de pailebots canarios, en cuya refriega consiguieron la mejor parte los cristianos, quedando muerta la madre y un hermano del Aliyi. Desde que éste tuvo noticia de cuanto había ocurrido, y del encarnecimiento de que hicieron alarde los cristianos, se propuso vengar la muerte de sus parientes, declarando guerra sin cuartel á todo europeo que se hallase al alcance de su carabina. Con tanta persistencia venía cumpliendo su promesa, que, según manifiestan los pescadores canarios, ascienden al número de once las víctimas causadas por sus certeros disparos, y el temor que desde entonces inspira á los navegantes que frecuentan aquel litoral excede á toda ponderación, conociéndosele con el apodo de *Ahmed viruelas*, por las señales que esta terrible enfermedad ha dejado estampadas en su repulsivo rostro.

Poco tiempo después de ondear el pabellón español en la península de Río de Oro, se presentó una tarde un indígena pescador anunciando la próxima llegada de *Ahmed Viruelas* con buen número de sus amigos. La noticia causó verdadero pánico entre los pescadores canarios que se hallaban en tierra, los cuales, sin perder instante, se embarcaron en sus lancha, dirigiéndose precipitadamente á los respectivos buques; durante la noche

se ejerció tan sólo alguna mayor vigilancia, á fin de evitar toda sorpresa que me obligara á repeler con energía cualquier ataque, empezando el dominio español con un acto de fuerza que considero de fatales consecuencias, conocidas las condiciones sobresalientes de todo musulmán. Por fortuna, mi confianza no era infundada, y al amanecer entraba en el barracón un emisario de Ahmed para saludarme, darnos la *bienvenida* en nombre de éste y pidiéndome garantizase la vida del Aliyi para conferenciar conmigo.

Los temores del *valiente* musulmán, tan admirado por sus correligionarios, estaban justificadísimos, porque la animosidad que inspira su conducta entre los canarios hacía preciso las mayores precauciones para no ser víctima de alguna emboscada; y como me dijeran que se hallaba á unos cuatro kilómetros escasamente, decidí ir á su encuentro despejando de este modo una situación harto difícil y comprometida.

Fué necesario que las gentes—cuatro individuos—que me acompañaban, quedasen á retaguardia y avanzase yo solo para hablar con Ahmed, que se hallaba rodeado de los suyos y todos preparados á la defensa. El temor se había convertido en miedo. Las primeras palabras que le dirigí en árabe fueron encaminadas á demostrarle mi sorpresa por la intranquilidad, el azoramiento que dominaba á un hombre de quien la fama refería tantos hechos de valor, haciéndole comprender al mismo tiempo la serenidad, bastante aparente, de que yo disfrutaba por mi superioridad moral sobre ellos. A mis palabras,

acompañadas de continuada sonrisa, contestó el Aliyi, sin poder contener la soberbia que retrataba su rostro por considerarse humillado, que si yo no abrigaba temor ninguno, como pretendía aparentar, le explicara la razón de hallarme armado con una escopeta de dos cañones. Comprendiendo que tenía dominada la situación no hallé inconveniente en quedar desarmado, y acto seguido disparé los dos cartuchos de mi escopeta Lafauchaux para que no sospechase de mis intenciones.

No bien habían sonado los disparos, cuando Ahmed, con ademán imperativo difícil de describir, pero que revelaba la impetuosidad de su carácter, ordenó á su gente arrojasen sus armas á mis piés para que nadie se vanagloriase de mayor generosidad en su presencia.

Este hecho, de escasa importancia, demuestra bien claramente la condición más sobresaliente del carácter musulmán, cuando, conociendo su idioma, se hace posible una inteligencia tan necesaria como eficaz para orillar los antagonismos de razas y creencias opuestas, y podría servir de guía en muchos casos para determinar la manera especial de conducirse los primeros colonizadores ó explotadores del vastísimo continente africano. Sin preparación, sin conocimientos y careciendo de toda noción respecto á la comarca que se pretenda dominar y hábitos de sus pobladores, los choques por razón de ideas y diversidad de sentimientos serán siempre frecuentes y en muchos casos desastrosos para los invasores.

Los habitantes del Sahara se distinguen particularmente por su robusta musculatura, de carnes enjutas, color bronceado oscuro, sobrios hasta la exageración, de asombrosa agilidad y resistencia en las marchas; son tiranos con el débil, humildes como rebaño de esclavos con el fuerte, haciendo alarde de una independencia salvaje que están muy lejos de poseer, sin trabas de autoridad perfectamente definida que mantenga á raya los instintos más abominables, ó la general inclinación á apropiarse lo ajeno, como medio de conseguir cuanto se desea con mayor rapidez y las menores molestias posibles, sin temor al castigo de azotes, amputaciones de brazos y piés, decapitaciones ó encarcelamientos tal como se aplican en los dominios del sultán de Marruecos. De repugnantes á todo sentimiento humanitario merecen calificarse los medios empleados por los soberanos del Mogreb para conseguir la absoluta sumisión de todos sus verdaderos súbditos; pero, estudiando la organización política y administrativa del imperio marroquí, se reconoce la necesidad de cruentos y ejemplares castigos para lograr el respeto que allí inspira la propiedad y que el orden público no se altere aun en períodos anormales ó en épocas de grandes conmociones sociales, producidas casi siempre por la ambición de algún príncipe que se considera desheredado ó por la muerte del sultán. Sólo empleando este sistema se puede comprender que con una docena de soldados, única fuerza con que cuenta la administración de justicia, se obtenga el mayor respeto á la autoridad en poblaciones de más de veinte mil almas y la estadística

criminal ofrezca datos tan exiguos que ambicionarían para sí las naciones mejor organizadas de la culta Europa.

Desde que las cordilleras del Atlas se sumergen en el Océano, la seguridad individual no ofrece tantas garantías, ni la paz entre tribus contiguas—algunas veces hasta las más distantes—representa tan sólo un período de tregua, generalmente no muy largo, para empezar la lucha de nuevo con mayor ensañamiento.

La guerra, sin embargo, no adquiere esas proporciones desastrosas de los estados que cuentan con ejércitos numerosos y sometidos á una severa disciplina. Un encuentro entre fracciones de dos tribus enemistadas sólo se sostiene hasta que ambos combatientes miden sus fuerzas; el más débil emprende entonces la retirada, y el vencedor considera haber conquistado una importantísima victoria si ha logrado causar ocho ó diez bajas á su contrario. Más en armonía con el carácter del musulmán y sus medios de defensa están las sorpresas y emboscadas, que ordinariamente sólo tienen por objeto saquear el aduar ó reunión de chozas sorprendido, causar todo género de vejaciones al enemigo y volver á su tribu cargados de botín como demostración palpable de su mayor fuerza.

Estas luchas civiles, que tienen aniquilado el país, terminan casi siempre por la intervención de algún sherif, respetado por su edad ó por los *muchos milagros de sus antecesores*, y cuyo personaje cobra en provecho propio la contribución de guerra estipulada para el arreglo de

las cuestiones que defienden ambos beligerantes. Pero acontece con frecuencia que las discordias entre diferentes tribus son producidas, y aun están alimentadas, por la ambición insaciable de estos sherifes, cuyo número es demasiado considerable, con objeto de aumentar su aparente dominio y de obtener la propiedad de cuanto poseen sus fanáticos sectarios. Los sherifes Beiruk, Ma-el-Ainin y Ueld-el-Aida, con otros de menor importancia, son por esta causa los señores feudales de grandes comarcas, cuyos habitantes se prestan por conveniencia á toda clase de exacciones y atropellos cuando son ordenadas por aquellos magnates del desierto.

Esta importancia de los sherifes se extiende á todos los órdenes de la vida social, y, por lo tanto, su amistad y apoyo serán de grande trascendencia para el desarrollo del comercio en África. Todas las muestras de consideración y simpatía que se tributan á estos especuladores del fanatismo musulmán repercuten instantáneamente en los corazones de todo creyente, que se considera, por este hecho y por la amistad que el sherif se *digna* dispensar al cristiano, en la necesidad de respetar su persona y bienes y auxiliar la propaganda en el sentido que su jefe les ordene. La dificultad estriba en mantener esa estrecha armonía con los sherifes, cuyas exigencias á veces no tienen límite, y, por otra parte, es preciso evitar todo motivo de envidia porque las rivalidades entre ellos pueden originar gravísimos perjuicios. En honor á la verdad, conviene hacer constar que esas exigencias han sido sumamente moderadas en el principio de nuestro des-

arrollo comercial en el Sahara, porque ellos mismos empezaban por reconocer la conveniencia que había de reportarles nuestra instalación y la necesidad de fomentar la propaganda y favorecer las transacciones por todos los medios posibles, para que la empresa hallase estímulos positivos en los primeros momentos, aumentase los elementos y no escatimase cuantos sacrificios había de necesitar el estado floreciente del comercio; pero esta benevolencia egoísta había también de tener un término no lejano, á que seguirían las imposiciones más ó menos justificadas, y que, para orillar las dificultades inherentes á situaciones violentas, conviene siempre tener previstos todos los casos que puedan enfriar las relaciones con las tribus, impedir las comunicaciones ó enajenarse las simpatías de los sherifes.

En toda la parte que comprende el protectorado de España sólo existen dos personajes verdaderamente influyentes entre sus correligionarios: el sherif Ma-el-Ainin, cuyo dominio se extiende desde Río de Oro al Norte, y el sherif Ahmed-Ueld-el-Aida, soberano, por decirlo así, del Adrar y de toda la región meridional hasta más al Sur de cabo Blanco. Ambos personajes de las huestes saháricas son fáciles de contentar sin grandes sacrificios, procurando no despertar rivalidades, envidias ó susceptibilidades á que tanto se presta el carácter intrigante y receloso del musulmán.

Este pueblo, donde el latrocinio y la devastación sustituyen á la industria y el trabajo, no conoce, por decirlo así, los estrechos vínculos con que el comercio une á

distintas razas, y cortando de raíz el árbol cuyo fruto es el bienestar de las naciones, vive en la más funesta de las ignorancias, en el más completo abandono.



Los pescadores de la costa forman una tribu poco numerosa, esclava de las kábilas del interior y en constante lucha con todo género de necesidades.

Al desembarcar en aquel litoral se me presentaron varios casi desnudos, cubiertas las partes más deshonestas con una piel hábilmente sujeta al cuerpo. Hombres y mujeres llevaban el pecho y los muslos completamente al descubierto, y la suciedad que revelaba su cuerpo es indescriptible. Faltos de toda clase de útiles, tijeras ó peines, el tocado de las mujeres no puede ser más repugnante y el aspecto de su cuerpo indica un descuido repulsivo.

Es curioso el medio que emplean estos desgraciados pescadores para afeitarse: tendido el paciente en el suelo boca arriba, otro creyente le sujeta la cabeza con las rodillas y, provisto de dos cuchillos ó facas, coloca sobre la cara una de ellas y con la otra corta el bello—ó cerdas—ejerciendo fuerte presión ó pasando varias veces el filo de un cuchillo sobre la hoja del inferior. El medio no es cómodo ni apetecible, pero demuestra que la necesidad es verdaderamente madre del ingenio.

En ambos sexos hay un cuidado especial en mantener la dentadura limpia y con un brillo que envidiarían nuestras damas más elegantes. Para conseguir este resul-

tado emplean una raíz bastante astringente, y que se produce espontáneamente por todas partes en suelo de arena como en tierra vegetal. Es indudable que las condiciones especiales de esta planta favorecen de un modo notable la conservación de la dentadura; pero creo que los efectos que se obtienen deben atribuirse en primer término á la constancia con que los indígenas frotan sus dientes con esta raíz. Forma una precaución higiénica, un vicio eficazmente auxiliado por la proverbial indolencia del musulmán; á cualquier hora del día se le encuentra sentado en cuclillas, al sol ó á la sombra, teniendo en la boca un trozo de raíz que por uno de sus extremos representa una especie de escobillón que constantemente acaricia su dentadura. En esta actitud, los hombres, mujeres y niños, agrupados en el suelo ó adoptando las más caprichosas posiciones que puede inventar la molicie humana, tienen gran semejanza con los monos ú orangutanes, según la densidad de su cabellera.

Sus moradas no pueden ser más rústicas ni más primitivas. En verano forman un pequeño cercado circular, de dos metros de diámetro, generalmente sin techo, con la broza que existe en las inmediaciones, y la elección del sitio se ajusta tan sólo á encontrar suelo relativamente blando, de arena, por ejemplo, y procurar que se halle algo abrigado de los fuertes brisotes que reinan casi constantemente en aquel litoral. Las viviendas de invierno no revisten el aspecto de camadas de lobo, como las que acabamos de describir, pero no por eso ofrecen más comodidades: se elige la cueva ó hueco que forman las

rocas en el mismo escarpado de la costa, y si el abrigo contra el viento y las aguas no es suficiente, se amontonan alrededor y á la entrada otras piedras menores con broza de la misma que el mar arroja, en su incesante y á veces tempestuoso movimiento, y se tiene en breves horas morada para una familia compuesta, por regla general, de diez á doce personas.

La miseria que domina á estas pobres gentes, la sed y el hambre que revelan sus enjutos rostros y extrañas miradas, sólo se concibe contemplándolos de cerca y conociendo sus condiciones de vida. Para ellos el comer carne es una dicha, fugaz como un meteoro, que se realiza muy de tarde en tarde; los sufrimientos que les ocasiona la sed son tales, que, cuando llueve, el moro de aquel litoral rebosa en alegría indescriptible, y cargado con un pellejo de cabra recorre los charcos ú hoyos de las piedras donde el agua se conserva más limpia y hasta que tiene llenas todas las vasijas ó envases no descansa en tan alegre tarea.

Al desembarcar en un punto de la costa rodearon la lancha varios hombres y mujeres, suplicando les diéramos agua para beber. Uno de aquellos creyentes consumió cinco litros de tan codiciado líquido, y aun creo que hubiera bebido más si se le hubiese dado.

La constitución de la familia entre estos indígenas pescadores está sujeta á la triste condición de su vida. Si bien entre sí se guardan las mayores consideraciones y el respeto á la familia como se entendía en los tiempos bíblicos, siendo por esta razón muy raros los casos de



Familia de pescadores indigenas. (De fotografia).

inmoralidad, el hombre que adquiere una mujer, de doce años á lo sumo de edad, tiene la persuasión de que le arrebatarán esta propiedad sus correligionarios del interior—que estén armados—cuando por allí transiten y les convenga. He visto, sin embargo, casos en que el marido ha hecho una enérgica defensa de sus derechos; pero atribuyo esta entereza de carácter á la confianza que debía de inspirarle la protección que obtendría de los cristianos.

Se observa, no obstante, un cariño hacia los hijos que raya en el delirio, y aun es más sorprendente la correspondencia que guardan éstos á sus padres y el respeto que les tributan en todas ocasiones y circunstancias. Los sentimientos del corazón tienen que combatir con la miseria, la tiranía, la barbarie, el salvajismo y el embrutecimiento de la inteligencia; pero salen triunfantes en la lucha con tan colosales enemigos, é inspirándose en el temor de Al-lah y en los tormentos del infierno, el niño respeta y ayuda al padre y á la madre, y el joven considera á su hermana, quedando á salvo un principio moral de la mayor trascendencia.

* * *

Conocidos los detalles más culminantes de la vida del indígena pescador, seguramente no sorprenderá á nadie el interés con que solicitan una vara de tela, de cualquier clase, para envolver sus hijos, unas tijeras para cortarse las trenzas formadas por el pelo y la suciedad, un peine para limpiarse la cabeza, un puñado de gofio para ali-

mentarse ó un cuchillo para otros infinitos actos de la vida. Por mi parte, al menos, puedo asegurar que estas peticiones, aunque molestas por la insistencia con que las practican, causaban en mi ánimo gran satisfacción, porque veía en aquellos seres, esclavos indolentes é insensibles á sus necesidades, hombres y mujeres que podía utilizar para el trabajo, hasta entonces desconocido en el país, y más adelante elementos de valía para la industria y el tráfico.

Pronto se confirmaron estas opiniones mías respecto á los habitantes de tan desconocidas comarcas. Empezadas las construcciones, se reclutó la gente que quisiera alistarse para el trabajo; á los pocos días se formaba una cuadrilla de veinte personas de ambos sexos para acarrear agua, arena y piedra, por el miserable jornal de un peine, unas tijeras por cada dos días, un espejo por cada tres y una taza de gofio á cada comida. A pesar de la falta de hábitos en tan rudas faenas, bastaban para auxiliar á los albañiles y á veces era necesario suspenderles la tarea por la demasiada acumulación de materiales, teniendo que ofrecerles renovar pronto el trabajo á fin de evitar recriminaciones interminables.

La metamorfosis que se operaba en aquel reducido grupo de indígenas, y en tan breve espacio de tiempo, podía ya servir de base para conocer los resultados que se obtendrán de nuestro dominio en aquella costa.

Porque esta raza reúne la gran ventaja de poseer una inteligencia bastante sagaz para comprender lo que les conviene, aunque la falta de trato con pueblos civiliza-

dos sea causa de su poco desarrollo. La facilidad que tienen para aprender los términos necesarios de nuestro idioma á fin de hacerse entender de un español, demuestran las excelentes condiciones con que la naturaleza ha dotado su organismo y los resultados que pueden obtenerse de su sobriedad, trabajo y progresos en su cultura.

No quisiéramos recargar el cuadro de alabanzas, en nuestro concepto justificadas dado el estado de aquellas gentes, ni aparecer apasionados ó demasiado compasivos con individuos de la raza humana cuyo salvajismo no es posible desconocer; pero tampoco quisiéramos terminar estas consideraciones sin manifestar que cuantas veces se acerca un indígena de los que habitan la península de Río de Oro á la parte del edificio que ocupa el destacamento, responde siempre al *¡quién vive!* del centinela con la voz de *¡España!*, que parece sentir en lo más hondo de su corazón, y luego añade su nombre ó el apodo con que ha sido bautizado por los colonos, el cual acepta sin reparo ni objeciones.

Siguiendo la conducta iniciada desde el principio de nuestro establecimiento en aquel litoral, seguramente no habían de transcurrir muchos años antes de que se formara en la citada península una población de cuatro á seis mil almas, inspiradas en un sentimiento de cariño y gratitud hacia la nación que tan grandes beneficios había de reportarles, y á quien deberían el haberse redimido de la ignominiosa esclavitud que actualmente los domina y envilece.



La vida de los árabes y bereberes del interior, de los indígenas en general, de las tribus ó kábilas, difiere bastante de la ya descrita respecto á los pescadores que habitan el litoral.

Los árabes del Sahara sólo por excepción conocen el mar: el alimento de las riquezas, del lujo, de la corrupción, de los vicios de las naciones, según la definición de los moralistas, ó itinerario de todos los pueblos según le considera el comerciante; pero con la posesión de algunos rebaños de carneros se cree el más poderoso de los mortales y su vanidad sólo es comparable á su ignorancia.

Arrogante con el débil, constituye en el aduar ó en su familia una autoridad infalible á quien los demás prestan incondicional acatamiento, por temor las más de las veces, por respeto en casos excepcionales.

Para conseguir la obediencia de sus subordinados ó correligionarios son precisas unas de estas dos condiciones: tener un valor por todos reconocido ó saber al menos deletrear el *Corán*. El primer caso no se consigue fácilmente, porque el oficio de valiente está sujeto á muchas quiebras, y el musulmán, no obstante su fanatismo, tiene muy arraigado el sentimiento de la propia conservación; el segundo es más fácil de adquirir, y á esta causa se debe, indudablemente, el número considerable de indígenas que conocen la escritura árabe.

Para conseguir este objeto, allí donde existe un número de chozas respetable, se establece una especie de escuela donde acuden todos los niños cuyo trabajo no sea

indispensable á sus padres, y un *taleb*, de instrucción generalmente muy limitada, les enseña á leer el *Corán*, grado superior de la educación. A pesar de la escasa variedad de materias, los alumnos más aventajados necesitan cinco y seis años de asiduos estudios para conocer el libro que, según los creyentes, fué redactado en el Paraíso y transmitido en versículos á Mahoma por los ángeles que le servían de emisarios ó intermediarios con el Grande Al-lah.

Hasta llegar á Atar, Shengueti y Uadan, no se conocen las mezquitas; pero esto no es obstáculo para que aquellos creyentes dejen de cumplir con todos los preceptos, máximas y oraciones que prescribe su religión, de la cual son fieles guardadores. Si carecen de agua para las abluciones obligatorias, la arena suple en seguida al elemento líquido y la oración no se interrumpe ni es menos pura; Al-lah la agradece igualmente.

Todos conocen la manera de orientarse y ni por descuido siquiera equivocan el punto cardinal á que deben dirigir sus preces. Un nacimiento es siempre motivo de gran regocijo para el aduar; la circuncisión se verifica con un cuchillo de cualquier clase, si no tienen á mano tijeras ó instrumentos más cortantes; los ayunos son observados escrupulosamente, y en los entierros se siguen todas las ceremonias y prácticas que prescribe la religión mahometana. En este caso, si carecen en absoluto de agua, *lavan* también los cadáveres con arena y los entierran como es de ritual, de costado, mirando á Oriente, donde se halla el sepulcro del Profeta.

Las chozas en que habitan tienen generalmente la forma cónica, y están formadas por una armazón de madera sujeta con un tejido de palma y muy cubierta de broza ó paja, para conseguir la mayor impermeabilidad posible en época de lluvias. Algunas de estas *jaimas*—como ellos las llaman—tienen un basamento circular de adobes ó barro, y en las de los mejor acomodados el suelo se halla cubierto de estera y pieles.

El ajuar de esta vivienda es muy modesto: en sitio preferente colocan la carabina de sílex ó escopeta de chispa, adquirida en el Senegal, y que estiman como la joya más preciosa de su morada; en otro rincón aparece la silla para montar en camello, y aquí y acullá jarros de madera, ollas de barro, trapos extremadamente sucios y los restos del último animal del rebaño sacrificado para alimentar á la familia.

Creo que no se requieran más detalles para comprender la impresión que produce la visita á una de estas chozas y el olor nauseabundo que despiden por todas partes en su interior.

La mujer, en estas tribus nómadas del desierto, arrastra una existencia precaria y siempre humillante. Sierva de todos los caprichos del marido, le corresponde, además, la mayor parte de los trabajos, las faenas de la agricultura y los cuidados que requiere el ganado. Con sus hijos sujetos á la espalda por un pedazo de lienzo de cualquier clase, se las ve pastoreando el ganado, arando las tierras y reuniendo haces de broza para luégo condimentar la cebada molida y tostada que, unida á la leche de came-

lla ó á la carne de carnero, gamo, corzo ó ciervo, ha de servir de alimento á toda la familia.

Las mujeres de los sherifes, de la gente acomodada, tienen esclavos y esclavas á su servicio. Sus maridos, gozando siempre de la más completa indolencia, cuidan, sin embargo, de encargar á los comerciantes que acuden á los mercados de Marruecos y del Senegal telas con que se vistan, azúcar y té para recrear su ánimo y algunos abalorios con que adornar sus cabezas. Cuando viajan van ocultas en una especie de cajón en forma de pirámide truncada, muy envueltas en telas y colocadas en la albarda especial que llevan los camellos.



No existe en el desierto esa costumbre que tanto caracteriza al musulmán, del juego de la pólvora y las carreras de caballos. Sólo por excepción, con motivo de alguna solemnidad extraordinaria, suelen verificarse estas diversiones de los grandes festejos públicos, y se explica perfectamente la carencia de esta predilecta distracción de los árabes por la imposibilidad de proveerse del elemento principal: la pólvora.

La industria se revelaría fácilmente entre éstas gentes si contasen, por lo menos, con los elementos más imprescindibles para su natural desarrollo, porque ni carecen los habitantes del desierto de instinto artístico ni de la habilidad necesaria para utilizar cuantos medios están á su alcance.

Diversos trabajos, toscamente hechos, he tenido ocasión de examinar, como productos de aquella incipiente industria, necesitada de seguras y frecuentes comunicaciones para importar algunos de los muchos artículos de que carece. Los brazaletes ó pulseras que usan las mujeres, los aros que llevan como adorno sujetos á los tobillos y los zarcillos de tamaño exagerado, y que tanto gustan al sexo bello musulmán, se fabrican, por decirlo así, en los aduares, y no muy distante de Rio de Oro había un *herrero*, según los indígenas, cuya habilidad es tan notoria, y son tantos los trabajos que constantemente le piden, que á todos los comerciantes que se dirigen á Marruecos ó al Senegal les encarga mucho hierro viejo, acero en barras, estaño y latón amarillo. Este último metal es el que emplea de ordinario para las alhajas de las mujeres.

El musulmán de aquellas comarcas es muy aficionado al tabaco, que acostumbra á fumar en pipa, ó por mejor decir, en boquilla. Ésta suele ser de hierro, recta, de un decímetro de longitud y de la industria del país. Pero no todos los indígenas pueden permitirse el lujo de usar boquilla de hierro, y, en su defecto, la sustituyen por la canilla de gacela. Esta sustitución demuestra bien á las claras hasta qué extremos conduce la necesidad.

La manera de fumar se aparta también de lo conocido. Sentados, formando círculo, los indígenas, llenan la boquilla de tabaco de la peor clase, y la encienden por medio del eslabón y piedra pedernal, de que todos se hallan provistos, sustituyendo la yesca por un pedazo pequeño

de trapo de algodón deshilachado, el cual se une tambien á la materia combustible. Una vez aspirado cuanto alcanzan los pulmones del primero, transmite la pipa al que tiene más inmediato, y así sucesivamente recorre todo el grupo de fumadores, hasta que llega al último, el cual se encuentra con los residuos mezclados con la nicotina allí almacenada de otras veces, y como nadie se cuida de extraerla, concluye por quemarse en la absorción, produciendo un chisporroteo continuo y la consiguiente salivación en el fumador.

Detalles como este revelan suficientemente la triste condición de los creyentes que habitan el desierto.



Aun cuando los mercados que en la actualidad existen en las tribus del Sahara no tienen la importancia de los que se verifican periódicamente en otras comarcas africanas, donde, por ejemplo en Marruecos, se designan por los días de la semana, constituyen por ahora los mejores centros para la propaganda y son necesarios y aun de mucha utilidad al fomento del comercio que allí se desarrolle.

La reunión de un mercado tiene generalmente por base el recibir al comerciante que después de varios meses de ausencia ha visitado las colonias francesas del Senegal, desafiando los peligros del clima y sufriendo las infinitas vejaciones que les imponen todos los caciques del tránsito, ó del que, corriendo todavía mayores riesgos, ha lo-

grado rescatar de la insaciable ambición de las autoridades marroquíes y de los jefes de tribu que encuentra en su largo y penosísimo trayecto una tercera parte de sus mercancías.

También se forma una especie de mercado para los comerciantes que proceden de Ualata y Timbuctú, pero estos sólo conducen esclavos, tabaco y marfil, y, por consiguiente, son en menor número los compradores.

El carácter de estos mercados es tan original como abigarrado. Las mujeres, al cuidado del ganado y de los camellos cargados de trigo ó cebada, son las que se disputan la compra de unas cuantas varas de tela, que someten á infinitas pruebas para cerciorarse de su buena calidad y larga duración, ó de algunos abalorios para adornar su cuerpo ó para llevarlos como regalo á sus hijos. Los hombres, con mayores voces, grotescos ademanes, idas y venidas, regateos interminables, quejas, lamentaciones y riñas aparentes entre sí, forman otro conjunto más abigarrado si cabe, porque el afán de ensalzar los productos propios aparentando desconocer el mérito de los que pretenden adquirir, les da un aspecto extraño, como si todos aquellos seres estuvieran dominados por espíritus maléficos ó procediesen de algún manicomio.

Las transacciones en esta forma son interminables; sólo el carácter musulmán puede tolerarlas. Ha sido preciso revestirse de grande energía para evitar que las mismas costumbres se estableciesen en nuestra factoría, y era de ver el asombro que demostraban las fisonomías de

aquellos salvajes cuando sus correligionarios les prevenían que en España no se regatea (?) y en nuestras plazas ó puertos no se conocía más que *una palabra*. Esta disposición, aun cuando difícil ó imposible de cumplir en absoluto, se hacía muy necesaria á fin de evitar choques entre caracteres opuestos, porque defraudaba todos los encantos que una transacción tiene para los indígenas, y por no regatear se consideraban casi siempre perjudicados en sus intereses.

Porque en asuntos comerciales el musulmán profesa unas teorías muy peregrinas, pero que están en armonía con su ignorancia. Es muy común en el Mogreb que un moro se acerque á una tienda á preguntar por el precio de un quintal de azúcar, y después de regatear largo tiempo pedir que le sirvan *media* libra. Una cosa muy semejante ocurre con los habitantes del Sahara, que demuestran en todos sus actos una desconfianza poco en armonía con su carácter altanero; el comerciante que lleva á un mercado ó factoría seis libras de oro, por ejemplo, empieza pidiendo, generalmente, dinero á cambio de su mercancía. Estipulada la compra, sigue después el pago y el recuento detenido de la cantidad en metálico que ha recibido, separando las diversas clases de moneda y arreglando la suma total con el auxilio de los dedos de las manos y algunas piedrecitas, si fuese preciso. Esta operación, por la minuciosidad con que la realiza, suele invertirla un día, al menos, y en el siguiente y sucesivos pregunta por el precio de los artículos que existen en la factoría, hasta emplear la mayor cantidad del metálico

recibido en la venta en artículos de diferentes clases que más le convienen para su tráfico.

Tienen estas pobres gentes la falsa idea de que obrando en esta forma es más difícil salir engañado, y resulta siempre diametralmente lo contrario, sirviendo, además, estas precauciones que les dicta su espíritu especulativo, para demostrar que desconocen la máxima inglesa: «el tiempo es oro.»

Si esto sucede en las transacciones con nuestros colonos en aquella región, donde se ha procurado reducir á estrechos límites las costumbres del regateo en toda operación mercantil, parece inútil indicar la agitación febril y el desorden más completo que reinan en los mercados donde los vendedores y compradores pertenecen á una misma grey y adolecen de los mismos vicios y defectos.



Las transacciones, en general, se verifican por medio del cambio de productos entre los comerciantes indígenas y los individuos de las tribus que concurren á los *socos*; pero circula por el interior del Sahara una cantidad relativamente considerable de moneda francesa, de plata en su mayoría, y española, aunque en menor cantidad, que sustituye á los artículos del país para la adquisición de géneros de Europa. Las piezas de cinco pesetas son casi siempre francesas, y sólo superan en número las pesetas de principios de siglo y también las llamadas isabelinas. Esta moneda procede en gran parte del Senegal, y se em-

plea para las transacciones en los mercados; pero casi se desconoce y carece de aplicación la moneda de cobre de ninguna clase.


Fáltanos decir, al describir los mercados y transacciones entre los indígenas, que éstas no se verifican sin tributos, vejaciones é impuestos siempre onerosos. Allí se encuentran varios sherifes que, por derechos que ellos se apropian, reclaman una parte de la compra y de la venta, que indudablemente debe de corresponderles como tributo á la holgazanería, encubierta siempre por el fanatismo, pues ninguna de las partes contratantes merecería la protección de Al-lah si no satisficiese este deber sagrado. Y en este caso, por excepción digna de meditado estudio, el creyente no se amolda gustoso á los sacrificios que se le imponen; pero después de profundos suspiros y de reflexionar lo que debe hacer, opta por la obediencia al santón, y emprende seguidamente el regreso á su hogar antes de que le reclamen nuevas exacciones y desaparezca por completo la mercancía adquirida á cambio de sus rebaños ó cereales.

El sherif, mientras tanto, observa todos los gestos de sus poco diplomáticos feligreses, y aparentando una tranquilidad que dista mucho de poseer, continúa pasando las cuentas de su rosario é invocando el nombre del grande Al-lah.



La vida social de una aldea ó aduar del desierto, sin administración ni gobierno formal, ofrece un aspecto en

pequeño de lo que debieron de ser los pueblos primitivos; revela también lo que hubieran sido aún muchas partes importantísimas de nuestro planeta sin el varonil esfuerzo de hombres superiores y los progresos que de día en día realiza la civilización; pero, sin embargo, no podemos considerar á los indígenas del Sahara como seres infelices ni degradados por la barbarie de sus costumbres y la salvaje libertad que en tan dilatadas comarcas disfrutaban. Sus ocupaciones pastoriles, agrícolas y comerciales, no son la base principal del bienestar que disfrutaban ni de la arrogancia y conformidad que demuestran con su posición actual y de que hacen fastuoso alarde. Desconocen, ciertamente, las ventajas de los pueblos cultos, ignoran por completo las transformaciones que la humanidad ha sufrido en el transcurso de los tiempos, casi confunden su existencia con la de los animales salvajes, pero pertrechándose con fe ciega en las máximas de su religión, se abandonan á la indolencia más criminal, creyéndose superiores á cuantos no pertenecen á su grey y confiando en las recompensas que les tiene ofrecidas el Profeta en armoniosos y bien estudiados versículos del famoso *Corán*.



CAPITULO VII

Poblaciones importantes.

Empezamos este capítulo confesando ingenuamente que no hemos podido visitar todavía los puntos de verdadera importancia de toda la comarca al interior del Sahara occidental que deberá hallarse bajo el protectorado de España en no lejana época, y cuyos puntos ó poblaciones consideramos necesario describir para llegar á dominar la clave que nos descubra el porvenir de la extensa región del África central.

La carencia absoluta de elementos y tiempo para tan trascendentales exploraciones nos obligan por ahora á confiar en los informes facilitados por los indígenas ó adquiridos por la experiencia, descartando de este estudio todas aquellas noticias de dudosa confirmación. Así como no es necesario aprender la música para percibir las melodías de una orquesta, tampoco considera la ciencia como una necesidad imprescindible someter la corteza terrestre á un minucioso análisis de inspección ocular á fin de descubrir los arcanos de la naturaleza, obte-

niéndose, no obstante, por medios experimentales, las relaciones más íntimas entre las partes principales y la concordancia mutua en los detalles, que en este caso especialísimo representan para la vida comercial de aquella incipiente colonia lo que la anatomía para el artista que trata de dibujar correctamente todas las formas de un cuerpo animado.

Y repetimos que en estos informes no pueden influir en manera alguna lo que ha dado en llamarse juicios de inteligencias meridionales para diferenciarlos de los que emiten otras razas de todos conocidas, porque acostumbrados á luchar con el apasionamiento de los indígenas y con la refinada desconfianza que revelan, no solamente en sus actos, sino también en sus palabras, poseemos la experiencia suficiente para no dejarnos inducir á exagerrar los datos principales del problema comercial que se pretende resolver.

Por esta razón, al continuar el análisis de la población indígena del Sahara, su división en tribus más ó menos considerables y sus condiciones sociales siempre sujetas á la serie de pugilatos que enervan sus fuerzas, no juzgamos temerario rebasar lo que pudiera llamarse la parte del litoral de aquella región, y, penetrando en vastas comarcas, describir las vías comerciales actualmente susceptibles de explotación y trazar á grandes rasgos las líneas de comunicaciones que están llamadas á implantarse para que la civilización de sus habitantes adquiriera un rápido y eficaz desarrollo.

Atar.

Partiendo de la base Río de Oro, la primera ciudad, pueblo ó aldea que encontramos, á la distancia de unas noventa leguas próximamente, es *Atar*, y se distingue de las agrupaciones de chozas ó jaimas en que habitan los creyentes de diversas tribus nómadas por ser mayor su caserío y más numerosa la población sedentaria, formando estas viviendas, generalmente de adobes ó barro y piedra, calles tortuosas, sucias y muy frecuentadas por el ganado. Sus habitantes se dedican al pastoreo ó á la agricultura, cultivo de la cebada y el maíz, y en escaso número al comercio.

Estos últimos arrastran una existencia tan penosa que solamente el afán del lucro y la febril agitación que produce todo negocio de compra y venta entre musulmanes puede justificar tantos sinsabores y sacrificios, porque responden á una exigencia de temperamento, perfectamente disculpable, que distingue á la raza semítica. Si bien en Atar existen varias tiendas y la industria se ejerce con algún mayor desarrollo que en las kábilas, ni las unas ni las otras merecen tenerse en cuenta por su importancia. Los que ostentan el pomposo nombre de *tsadjer*—comerciante—tienen un centro de acción más extenso, su vida se asemeja á la del peregrino que deja transcurrir su existencia buscando de mercado en mercado salida á sus géneros, y cuando la mercancía se agota, tras breve descanso emprende un viaje de doscientas ó trescien-

tas leguas con el solo vehículo representado por uno ó varios camellos, sus inseparables compañeros de viajes y copartícipes de los sufrimientos que originan todas las inclemencias del clima, el cielo y el suelo, hasta encontrar el puerto de salvación, que equivale al punto de abastecimiento de productos en armonía con la clase de sus negocios.

Atar se distingue, además, por ser el punto donde concurren los comerciantes de esclavos que proceden de Timbuctú, los cuales, como ya hemos dicho, suelen traer pluma de avestruz, marfil y oro fundido en barras muy irregulares. Sus habitantes pertenecen casi exclusivamente á la numerosa tribu de Ulad-Sbá, que poseen en este caserío ó aldea, con pretensiones bastante mayores, una mezquita, varias *kobbas* ó ermitas en donde se hallan enterrados los sherifes predilectos de aquellos creyentes, y la *medarsa* ó escuela dirigida por media docena de *tolbas*—letrados—y en la cual reciben los primeros rudimentos de la enseñanza árabe unos trescientos niños, cuya instrucción termina cuando consiguen con gran trabajo leer de corrido el libro donde se hallan condensados todos los conocimientos, máximas y preceptos que constituyen la felicidad de los musulmanes.

Las inmediaciones de esta ciudad, aldea ó caserío—pues cualquiera de estos nombres es apropiado á su descripción, según el aspecto en que se la considere y el grado de comparación de que pueda ser objeto—están bastante pobladas de vegetación, produciéndose algunas hortalizas, cebada en abundancia, maíz y trigo; pero es

muy escaso el arbolado, notándose tan sólo algunos bosques de palmeras, cuyo fruto constituye uno de los principales alimentos de los indígenas.

Un sherif de los que estuvieron á verme en Río de Oro traía como muestra, y para obsequiar á los *cristianos*, una pequeña cantidad de los dátiles que produce la comarca de Atar, y aun cuando hice grandes elogios de este fruto para demostrar mi agradecimiento á la *financiación* de que era objeto, debo manifestar aquí, con toda sinceridad, que la calidad de este fruto es muy inferior á la clase que se consume y exporta en los puertos de Marruecos, y que procede de Tafílele, según manifiestan los comerciantes indígenas.

En Atar reside una autoridad supeditada casi en absoluto á la omnisciente voluntad del jefe del Adrar, Ueld-el-Aida; pero mientras el citado jefe se halla en otros puntos, el personaje en quien delega su especie de soberanía reúne todas las atribuciones que en el orden político, administrativo y judicial pudiera necesitar para mantener en la más rígida disciplina á sus subordinados, cualquiera que sea la tribu á que pertenezcan. Y merced á la energía de los castigos y al temor que les infunde el menor acto de rebelión á lo que dispone sus preceptos religiosos, la tranquilidad es completa en la ciudad y el respeto á la propiedad tan grande como pudiera ambicionar la nación mejor administrada de la civilizada Europa.

Shengueti.

Es considerada esta población, por los mismos indígenas, como la capital del Adrar y el centro donde reside la aristocracia, por decirlo así, del desierto. Parece innegable que por su posición, número de habitantes, condiciones generales de la sociedad mahometana del desierto y por el desarrollo de la población, merece la elevada categoría con que se la distingue, y no titubeamos en afirmar que disfruta de verdadera importancia entre los musulmanes.

Algunos sostienen, con visible apasionamiento producido por el exagerado amor patrio, que tan arraigado se encuentra entre los creyentes, que Shengueti es incomparablemente mejor que Tarudant ó *Rudafa*; pero estas afirmaciones son en extremo exageradas, porque las condiciones del clima y del suelo son muy diferentes y Shengueti carece de las inmensas ventajas que reportan á Tarudant las hermosas y pobladas cuencas del Uad-Sus y sus afluentes, los cuales riegan una dilatada y frondosa vega.

Diferénciase, sin embargo, de otras poblaciones musulmanas, y reviste ese carácter típico especial que se encuentra tan sólo en las ciudades ó aldeas del desierto, porque estas variantes de toda comarca están generalmente impuestas, como consecuencia lógica, por el clima de la región y condiciones de sus habitantes. Sus calles, sucias y tortuosas, son anchas, para contener el ganado; sus casas de barro y piedra, sólo por excepción tienen azo-

teas, formando el techo con paja, abrojos y malezas, de excesiva inclinación, para la mejor caída de las aguas; sus mercados ó plazas son amplísimos para reconcentrar los centenares de camellos que acuden en los días de *soco*, muy parecidos á la feria de un pueblo, y únicamente la mezquita ó las *kobbas*—ermitas—se hallan construídas con mayor esmero, figurando entre el conjunto sombrío y sucio de la ciudad como monumentos donde se encierran todos los vestigios del arte, y al mismo tiempo se patentiza el decaimiento tan grande de la raza que dió al mundo sus más afamados arquitectos.

Es también indudable que Shengueti, población de unas treinta mil almas, constituye el centro donde residen las principales autoridades del Adrar y el núcleo de población más ilustrada que encierra esa vastísima región sahárica. La familia del jefe más caracterizado, Ueld-el-Aida, es muy numerosa y respetada por los creyentes; los sherifes—especie de santos en vida—gozan de privilegios excepcionales y se multiplican de un modo pasmoso, con grandes ventajas para el comercio y para la instrucción de aquel pueblo salvaje, que no respeta otro freno que el dominio ejercido en esta forma; y los habitantes en general tienen un concepto de sí mismo tan elevado, por pertenecer á la tribu de Ulad-Sbá, que raya en la más ridícula de las pedanterías.

La importancia de Shengueti, en nuestro concepto, estriba en el considerable movimiento de población flotante que la distingue y que representa una vida comercial muy digna de estudio para la colonización de Africa. A sus

mercados, que se reúnen con mucha frecuencia, concurren con diferentes productos muchas tribus que se hallan á lejanas distancias; allí se concentran los comerciantes que proceden de Timbuctú, del Senegal ó Marruecos, con oro, marfil, esclavos, dátiles, manufacturas de algodón, azúcar, té, quincallería y artículos del Mogreb, ofreciendo los días de feria una animación indescriptible y un ruido infernal por las idas y venidas, gritos ó imprecaciones de aquellos seres, que sólo pueden concebirse asemejándolos con los que la Biblia nos describe.

Dentro de la población existen tiendas á manera de nichos de pared, en las cuales se sienta el comerciante y ve transcurrir las horas pasando las cuentas de su rosario, sin impacientarse por la venta ni mostrar empeño en las compras que se realizan en pública subasta y que adquiere sin moverse de su sitio.

Las casas de los magnates ó sherifes están siempre custodiadas por uno ó varios esclavos, y son objeto de un respeto exagerado. Sus mujeres guardan fielmente las prescripciones del Profeta; no se presentan en público ni salen á la calle sin haberse cubierto el rostro con gran esmero, dejando un ojo libre para ver el terreno que pisan, pero siempre deben ir acompañadas de sus esclavas. Hasta cuando viajan tienen la precaución sus maridos de encerrarlas en una especie de cono truncado de madera, de base cuadrangular, forrado de telas más ó ménos ricas y caprichosas, con una pequeña abertura en uno de los lados para facilitar la respiración. Este singular aparato lo colocan sobre el camello, único vehículo

que actualmente se conoce en el desierto, sujetándolo á la albarda con la mayor seguridad posible.



Shengueti se halla situado en una de las comarcas más fértiles del Sahara, y por esta causa sus habitantes disfrutan de numerosas ventajas con relación á otros sectarios del Profeta, pobladores de la región africana. Es, sin disputa, la principal de estas ventajas, la existencia de buenos manantiales de agua excelente y las feraces condiciones de su suelo, que permiten el cultivo de gran número de hortalizas, el maíz, tabaco, cebada, etc., con otros muchos productos todavía desconocidos por causa del atraso en que viven aquellas gentes respecto al estudio de la agricultura.

En una extensión vastísima se produce, espontáneamente, la esbelta palmera, cuyo fruto, á juicio de los mismos indígenas, es muy alimenticio y forma uno de los artículos de que se hace mayor comercio en todo el país. Tenemos la persuasión más completa que muchos árboles arraigarían en tan buena tierra al lado de otros silvestres que sólo ofrecen la madera como medio de explotación; pero como no se obtiene en abundancia, sólo existe la necesaria para que los indígenas la empleen en sus viviendas tal como la cortan del tronco, por carecer de herramientas para modificar su forma en armonía con las necesidades del uso.

De tal suerte se lamentan del atraso de su industria

y de la falta de buenos carpinteros, que varios de los comerciantes más respetables que he conocido pedían les encargara á España tablones de cinco y diez centímetros cuadrados, ó, si *fuera posible*, completamente redondos, para formar sus tiendas en el campo ó sostener los techos de sus casas en Shengueti. «No nos falta madera—decían—pero carecemos de persona que tenga herramientas y sepa trabajarla.»

El shej Ueld-el-Aida, auxiliado por buen número de sherifes, constituye el soberano de Shengueti y de todos sus dominios; es el dueño de vidas y haciendas, y sus sentencias son inapelables é infalibles. Su prestigio nace del pueblo; de él toma su origen, pero se ampara en la religión. Goza de toda clase de preeminencias; ejerce una autoridad despótica; manda, en casos excepcionales, aplicar penas semejantes á la de azotes, de amputación de un miembro del cuerpo ó la de muerte, y rara vez sus mandatos dejan de cumplirse con la mayor fidelidad, aun cuando en forma distinta de la de otros puntos del continente africano. A las tribus impone correctivos especiales: unas veces las reclama, como castigo á su conducta, la entrega de cien caballos, doscientos bueyes ó veinte camellos; otras las exige la mitad de la cosecha obtenida durante el año. De este modo consigue la ejemplaridad del castigo y se aprovecha de las ventajas de su posición para aumentar el catálogo de sus bienes.

Las mezquitas y *medarsas*—escuelas—están sostenidas por donativos, algunas veces forzosos, de las tribus y del comercio; pero en honor á la verdad, debemos confesar

que estas exacciones son ventajosas para la cultura de aquel pueblo, donde he encontrado, con gran sorpresa por mi parte, mayor número de gentes que saben leer y escribir de lo que yo hubiera podido imaginar. Y sabido es que esta instrucción, aun cuando rudimentaria é incompleta, sirve para suavizar, tal vez para modificar radicalmente, los instintos de seres humanos cuyas condiciones de vida en nada se diferencian de las que rigen para las fieras.

Otro hecho notable se observa en los dominios de Ueld-el-Aida: la milicia, el ejército, son completamente desconocidos. Y, sin embargo, este shej, cuando quiere someter á una tribu levantisca, no carece de hombres, porque sus correligionarios ó subordinados se ofrecen en número suficiente para secundarle en cualquier empresa de exterminio, de lucha sangrienta, donde la pólvora, por su estrépito y olor, tiene el privilegio de exaltar las pasiones y enardecer los ánimos. Las excursiones de guerra son frecuentes, pues según versiones muy autorizadas Ueld-el-Aida pretende ensanchar su acción á unos cuatrocientos kilómetros más al interior de Shengueti, y si las tribus menos pobladas no dan pretexto para estas expediciones, se suelen inventar á fin de conseguir el botín que ambicionan sus huestes destructoras.

Uadan.

A corta distancia de Shengueti, y más al Norte, se encuentra esta aldea, ranchería ó caserío, tributaria tam-

bién del shej Ueld-el-Aida, y donde además de los Ulad-Sbá habitan muchos tuaregs y familias pertenecientes á las tribus del centro de Africa.

Los indígenas explican bastante satisfactoriamente este aislamiento de unas y otras tribus y la reconcentración que á intervalos se efectúa, aun cuando separadas de sus respectivas comarcas, porque siempre procuran alternar tan sólo con individuos cuyas relaciones y tendencias sean más armónicas.

Si nos fuera dado representar la tribu por una provincia, diríamos que el espíritu de antagonía que reina entre sus habitantes es todavía más perturbador y censurable que lo que en nuestra sociedad se conoce por *provincialismo*. La división de castas es muy profunda entre la mayoría de los pueblos que habitan el continente africano, pero en ninguna parte se revela más claramente que entre las tribus del desierto. Las guerras civiles, los crímenes y las represalias sangrientas han sido y serán durante mucho tiempo las causas primordiales de los antagonismos que destruyen aquella sociedad, ya bastante reducida por las malas condiciones del suelo que ocupa. No sólo existe la tiranía que generalmente suele imponer el vencedor al vencido, si no que, contando una tribu mayoría de habitantes, somete á las más reducidas al yugo despótico que nace de la fuerza ó del mayor número de carabinas.

La tendencia belicosa de los indígenas, restringida solamente por el instinto de conservación y el cariño á la familia—pues su estado salvaje no destruye esta ley general

de la naturaleza—ha dado gran desarrollo al principio estratégico, empleado casi siempre por los principales caudillos que registra la historia antigua y la de la edad media, de dividir las fuerzas contrarias para ser el más fuerte en un punto dado, ó como ordinariamente se dice: divide y vencerás. De este modo pueden los shejes ejercer su convencional autoridad y garantizar hasta cierto límite la seguridad de sus ciudadanos. Reunidas las kábilas, concentrados todos los elementos de que pueden disponer y saturados aquellos espíritus del temor á las represalias que actualmente están sujetos á sufrir sus correligionarios, tal vez sus padres ó hermanos, la vida de aquel fanático pueblo musulmán. sin la habilidad política que despliegan aquellos santones en vida, sería una continua lucha de exterminio, de asechanzas y rivalidades, y las comunicaciones para establecer el libre cambio y la exportación de sus productos resultarían completamente imposibles.

Si bien en la actualidad existen pugilatos y rivalidades que enervan las fuerzas de aquella raza y dificultan extraordinariamente el progreso que la civilización ha impuesto á nuestro siglo, preciso es confesar que los magnates más caracterizados de tan dilatada región africana consiguen, con audacia no falta de refinada malicia, un estado de tranquilidad muy satisfactorio y el mutuo respeto entre sus vasallos. Una prueba de los excelentes resultados obtenidos por esta política de los sherifes es la armonía inalterable desde largos años que existe entre Uadan y Shengueti, no obstante su proximidad y la di-

ferencia de razas de los individuos que pueblan ambas ciudades.

El sherif el Marrakshi, al describirme la posición que Uadan ocupa, el terreno llano que rodea esta especie de ranchería, la escasa vegetación de sus alrededores, porque el agua es poco abundante y muy intenso el calor durante la mayor parte del año, el barrio especial donde se reconcentran los tuaregs, las chozas de los esclavos y las casas de barro bajas y sucias donde habitan individuos del Sudán y de kábilas distantes de esta ciudad, exponía también atinadísimas consideraciones sobre el alcance de la influencia de los sherifes, desarrollo de su dominio por medio de la intolerancia religiosa y de la política sagaz que observan con perseverante inteligencia para lograr grandes resultados con insignificantes elementos.

Todas las observaciones del Marrakshi tienen la autoridad que representa una ilustración nada común. Este sherif, que siempre viaja con media docena de libros—sin duda para infundir mayor respeto á sus correligionarios y aumentar la consideración que ya disfruta—conocía la dominación árabe en España, según los historiadores musulmanes la han transmitido á la posteridad; hablaba de Córdoba, Tolaitola, Sevilla y Garnata, como conocedor de los principales acontecimientos de esa heroica epopeya; me refería lo que había *llegado á sus noticias* de la dominación portuguesa en Marruecos y de la muerte del malogrado rey D. Sebastián en los campos de Alcázar Kebir. En cambio, frecuentemente se me ofrecía un contraste desconsolador cuando muchos indígenas me

preguntaban con gran curiosidad y asombro si la *isla de España* era *mayor que las Canarias todas juntas*.



Uadan, según el Marrakshi, puede ser un auxiliar poderoso para el comercio desde el momento que los sherifes encauzasen la opinión, no solamente de sus habitantes sino también de las tribus con que mantienen frecuente trato. Sus mercados, hoy casi desiertos aun en los días de feria y en las solemnidades con que el musulmán festeja las muchas pascuas de su religión, estarían muy concurridos una vez abiertas las comunicaciones mercantiles actualmente adormecidas, ya que no muertas para el tráfico y la industria. Sus habitantes han de servir de agentes propagadores del bienestar de que tan necesitados se hallan, y esta no es empresa difícil, porque sus costumbres son muy morigeradas, su espíritu hospitalario y la tendencia á las transacciones está de tal modo encarnada en los indígenas ajenos á las luchas de localidad, que buscan la especulación hasta en los asuntos ó artículos más triviales.

La población de Uadan no debe de exceder de 12.000 almas, pero ocupa una extensión para un número cuádruple al menos. Este espacio está destinado para albergue del considerable ganado que se reconcentra de noche en la población, á fin de tenerlo al abrigo de los que merodean siempre á la *caza de descuidos*; pero contribuye muy eficazmente á aumentar la suciedad de las calles y de las plazas ó mercados.

Tiene dos mezquitas bastante amplias y bien acondicionadas, varias *kobbcs*—medarsas ó escuelas—y un baño público casi reservado á las mujeres de la aristocracia de los Ulad-Sbá que allí habitan. La mayor parte de los hombres, por la gran escasez de agua, emplean la arena para las abluciones que preceden á los rezos, según el ritual mahometano.

Ualata.

Una vez abandonados Shengueti y Uadan, siguiendo la dirección ESE. casi constante, se atraviesa un terreno cuya constitución orográfica, clima y producciones de su suelo merecen todavía especial estudio y detenidas exploraciones para el perfecto conocimiento de la región central de Africa. Luégo se penetra en un desierto verdaderamente abrumador, donde la vegetación es casi imposible, el calor asfixiante desde Marzo á Septiembre, el agua escasisima y las marchas penosas por todos conceptos. Pues bien; aun así se encuentran en estas comarcas seres humanos cuyas condiciones de resistencia están en proporción inversa de la aridez de aquel suelo.

Los núcleos de habitantes que residen en tan miserables terrenos están diseminados por rancherías ó chozas, y eligen para establecer sus viviendas los puntos donde se forman algunas lagunas en épocas de lluvias y las condiciones del suelo son más favorables para la existencia.

Esta población nómada tiene una misión verdadera-

mente útil y trascendental, porque con la hospitalidad que brindan al viajero—si pertenece al islamismo—facilitan las comunicaciones y constituyen una serie de etapas, á modo de jornadas, donde las caravanas hallan descanso y algunos medios de aprovisionamiento á cambio de los artículos que conducen.

Aparte de estas chozas, jaimas ó caseríos, no se encuentra ciudad ó aldea en un centenar de leguas, hasta llegar á Ualata, situada casi en el intermedio de Shengueti y Timbuctú; siendo, por lo tanto, un punto que necesitamos conocer como escala de las comunicaciones al interior.

Ualata, donde el shej Ueld-el-Aida pretende todavía ejercer jurisdicción, no se recomienda ciertamente por las condiciones de la región en que está situada ni las que distinguen á sus moradores, según confiesan los mismos individuos de Ulad-Sbá. Son sus habitantes menos asequibles que los kábilas; su carácter más altanero é intransigente, su ignorancia absoluta, sus aberraciones inconcebibles y su fanatismo imponderable.

Para los mahometanos tiene Ualata gran importancia, porque es uno de los centros mayores de la trata de negros. Existen muchos musulmanes enriquecidos con este infame tráfico, los cuales cuentan por centenares los agentes tuaregs y del Sudán encargados de recorrer mercados muy lejanos, atravesando enormes distancias, en busca de esclavos, de oro y de marfil. Los negros se venden en el país ó se llevan á los *socos*—mercados—de Marruecos; el oro y el marfil, la goma arábiga y la pluma de

avestruz se exportan en su mayor parte por los puertos del Senegal, como más cercanos en la actualidad.

La gran comarca cuyo núcleo de población más importante pudiéramos considerar á Ualata, está poblada por multitud de animales salvajes, fieras temibles, cuyas pieles pueden servir de base á un lucrativo negocio; pero merece especial atención el número considerable de avestruces que se crían en el país y cuya pluma, por su excesivo valor en Europa y en determinadas épocas, puede ser de grandes utilidades.

Los habitantes de Ualata, dueños de excelentes caballos, se dedican también á la caza de este inofensivo animal, le persiguen montados en briosos corceles hasta herirle mortalmente con las carabinas que han comprado á los franceses, para luégo arrancarle su hermoso ropaje.

No han llegado á comprender todavía, á pesar del tiempo transcurrido desde que los franceses explotan el negocio de la pluma de avestruz, las ventajas que reportaría la cría de este animal en las poblaciones. Y no debe ser difícil domesticarlo, porque se ofrecieron á traerme á Río de Oro dos ejemplares pequeños para que en la factoría creciesen y procreasen; pero la indolencia musulmana, el estoicismo embrutecedor de su religión, son los enemigos mortales de toda idea que represente algún perfeccionamiento, que sólo podrá arraigarse bajo el acicate de las necesidades físicas y morales cuando lleguen á imponerse en sus adormecidas inteligencias.

La población de Ualata no excederá seguramente de

8.000 almas, con residencia fija, casas de adobes, amplios mercados, dos mezquitas, una medarsa y diversas ermitas; pero á estos habitantes hay que añadir la población flotante, que afluye de distintas partes y que representa la verdadera importancia de esta ciudad del desierto del Sahara. El tránsito es cada vez mayor por el acrecentamiento de comunicaciones con el Senegal, y pudiera ser, como punto intermedio, un centro de acción de la más grande trascendencia en los futuros destinos de aquel país.

Timbuctú.

La fama ha ensalzado de tal modo las condiciones de esta ciudad del Africa central, revistiéndola de formas tan importantes, que la sencilla realidad puede ser causa de terribles desencantos y aun de incertidumbres casi justificadas respecto á la veracidad en las descripciones.

Nada tiene de extraño el exagerar lo que sólo ha sido reconocido por contados europeos y descrito por muchos. No hay libro de viajes, por insignificante que parezca, que omita citar esta clave comercial del Africa, reseñándola unas veces como foco de inmensas transacciones, otras como baluarte inexpugnable donde la civilización no podrá penetrar en muchos siglos. Los mismos indígenas son causa, generalmente, del concepto exagerado que bajo diversos puntos de vista se considera esta población: según ellos, su amplitud es incomparable; la riqueza de sus habitantes bastaría por sí sola

para constituir un estado poderoso; el número de almas que encierra la población es de difícil ya que no imposible cálculo, y los productos que concurren á sus mercados anualmente no podrían transportarse en centenares de miles de camellos. Pues bien: examinando aisladamente las condiciones de la ciudad, y anotando las contradicciones en que incurren sus admiradores, se llega al término justo, preciso, por decirlo así, del valor que para los distintos fines de la colonización representa.

Es indudable que no exceden de 20.000 almas las que habitualmente residen en Timbuctú, con domicilio fijo; pero á esta cifra debe agregarse la población flotante, de tránsito ó que sólo acude en los días de mercado, y que aumenta considerablemente con el tráfico de la raza negra.

Los edificios, bajos y de barro, de la ciudad, cuyas inmediaciones baña un afluente del *Djoliba*, ó del *Niger*, —pues en geografía los indígenas conceden poca importancia al curso de los ríos ó dirección de las cordilleras, limitándose á conocer los puntos cardinales, no sólo para la orientación indispensable, sino también por la obligación de practicar sus oraciones con frente á Oriente—se hallan contruídos sin orden ni concierto formando barriadas mejor que calles, sin principio alguno de higiene ni consideración á la estética.

Las emanaciones, que, por efecto del gran calor que allí se experimenta, se producen en el río y en las plazas, donde abunda la suciedad, son origen de constantes fiebres intermitentes y algunas palúdicas que sufren

ordinariamente sus habitantes. Alrededor de la plaza— llamándola por este nombre para que no pierda el carácter defensivo que se la atribuye —la vegetación es tan escasa, que con dificultad puede dar abasto á las necesidades de sus habitantes; pero esta escasez de artículos de primera necesidad está compensada con la abundancia de dátiles que se recogen anualmente y los productos que llegan al mercado de otras comarcas más privilegiadas por la naturaleza.

Algunos indígenas que residen habitualmente en Timbuctú tienen puestas sus casas con relativo lujo, viéndose mezclados muebles de escaso valor, europeos, adquiridos en el Senegal, con otros de estilo eminentemente árabe, de la industria de Marruecos ó de confección peculiar del Sahara. Sus mujeres visten con mayor esmero, poseen varias alhajas y espejos de ínfimo precio, pero que constituyen una de sus mayores delicias.

Tengo la evidencia que sólo en espejos de bolsillo puede hacerse un lucrativo negocio en aquella comarca. No es posible exagerar la fascinación que produce, en cuantas mujeres del desierto he visto, el poderse contemplar á todas horas en un espejo, apreciar el valor de sus rasgos fisonómicos y la mejoría que experimenta su rústica belleza empleando cierta clase de pinturas con las cuales tan sólo consiguen desfigurarse con gran detrimento de su persona.

Dos mezquitas tiene Timbuctú, y ambas son, sin disputa, los mejores edificios de la ciudad. Su conservación está á cargo de respetables sherifes y de varios *tolbas* que han lle-

gado á conocer de memoria, sin variar una letra, todo el *Corán*; también cuidan de algunas *kobbas*, donde se hallan sepultados los santones más venerados en toda la comarca.

* * *

Es opinión general que los habitantes de Timbuctú son de instintos pacíficos y muy hospitalarios. Llegaron á asegurarnos que ningún cristiano que se encontrase dentro del recinto de la ciudad, por decirlo así, debía temer nada de aquellos musulmanes, muchos de los cuales conocían las principales posesiones francesas de la costa, y que, por el contrario, serían auxiliados y protegidos por los magnates de mayor prestigio en la ciudad; pero en sus contornos ó alrededores podía inspirar serios temores la actitud intransigente de las tribus que acuden á Timbuctú, como centro del comercio y núcleo de abastecimiento, porque la maldad de estas gentes no conoce límites y por el odio arraigadísimo que conservan á cuantos profesan otra religión.

Dedúcese de estas observaciones y del concepto general que desarrollaban los indígenas más caracterizados y conocedores del país, que Timbuctú es realmente una llave interesante para las comunicaciones comerciales y el punto donde será más necesaria una influencia activa, decisiva y siempre imperante para llevar á sus habitantes una autoridad de que hoy carecen y un respeto á la propiedad que en la actualidad es completamente desconocido.

* * *

Además de la pluma de avestruz, marfil y pieles de diversas clases, merece explotarse también el oro, que recogen de la arena y que luego funden para transportarlo a distintos mercados.

Y por cierto que es en extremo curiosa una de las formas que tienen, en Benigram, de recoger las partículas de oro que se ocultan entre la arena. Aparte del empleo del cedazo y del agua, conocido desde remotos tiempos, usan aquellas gentes otro sistema que considero digno de consignarlo: entierran casi á flor de tierra las cabezas de los animales que mueren ó son sacrificados para el sostenimiento de la población; el viento se encarga, lentamente, de descubrir una parte de la cabeza enterrada, y á medida que la putrefacción deja hueca la cavidad del cráneo—ó la *sesera*, como dicen los indígenas—se rellena de partículas de oro hasta quedar completamente ocupado. Dos años esperan generalmente para considerar llena una de estas calaveras, en cuya fecha su dueño cuida de recogerla. La cabeza del camello suele contener de libra y media á dos libras de oro, y, ¡caso tan excepcional como sorprendente!, el respeto á estas calaveras es inmenso por parte de todos.

No es menos importante el comercio activo que ofrece esta plaza en artículos tan valiosos como el marfil, pluma de avestruz, goma y pieles, cuya abundancia puede ser extraordinaria. Ciertamente que los mercados actuales no merecen este nombre ni reúnen condiciones para compensar los grandes sacrificios de cualquier establecimiento comercial que se funde en la costa; pero la aspiración de toda idea colonizadora más bien tiende á propagar los gé-


neros del producto de la industria nacional que importar cuantos artículos forman los grandes veneros de riqueza que encierra el país llamado á disfrutar de las ventajas del comercio.

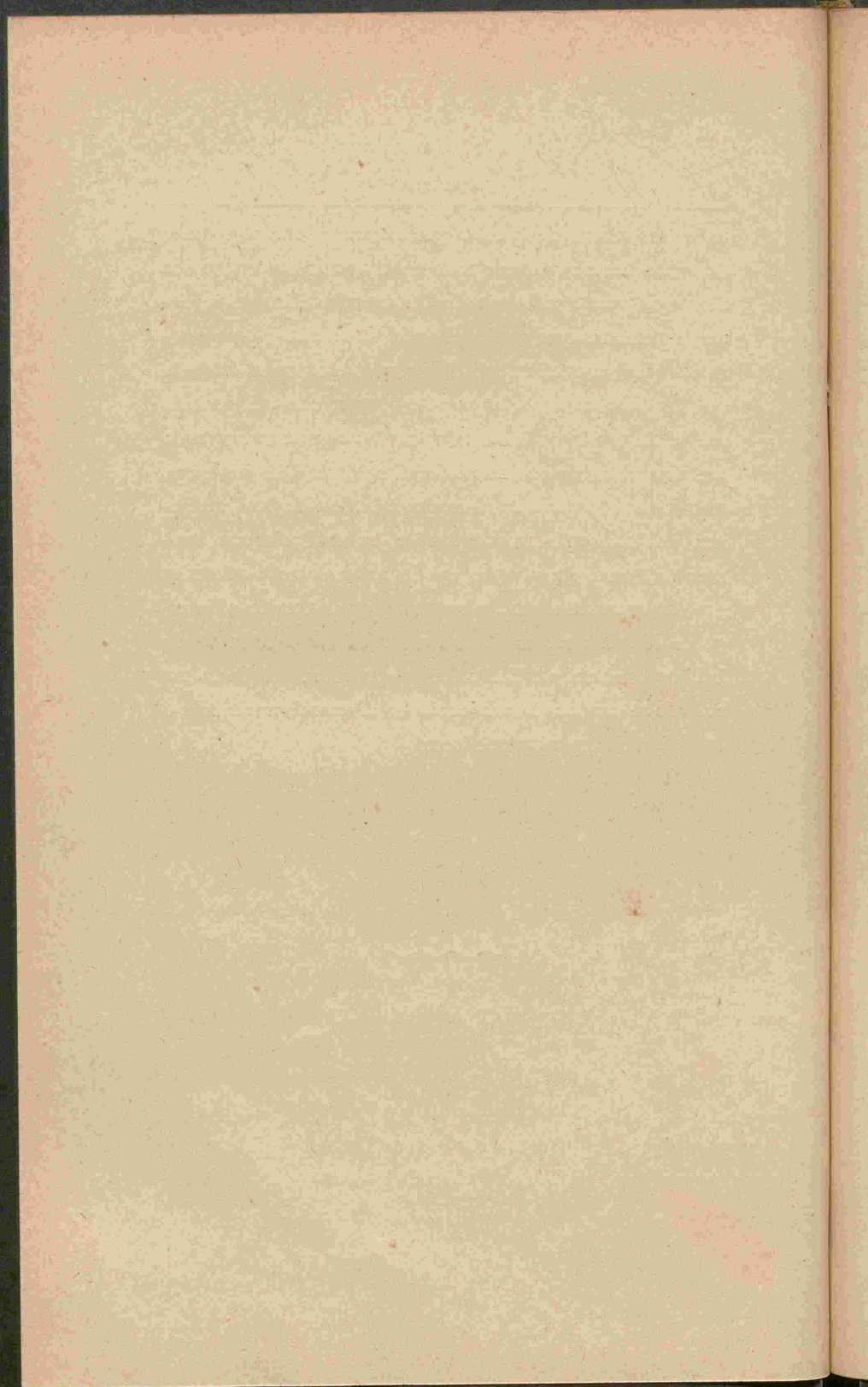
En este supuesto, esa región africana satisface holgadamente los deseos de los temperamentos más exigentes, abriendo un vasto campo de explotación á nuestra industria, cuyo decaimiento es tan patente que con dificultad podrá competir durante mucho tiempo con la lucha gigantesca que sostiene el comercio europeo. Y la importancia de esta explotación comercial se representa fácilmente considerando cuán elevada es la cifra de habitantes que carecen en esa parte central del África de todo lo más esencial á la vida, lo que constituye el abrigo del cuerpo, la sana moral de una sociedad que no está reñida con ninguna forma de creencias religiosas, ni mucho menos con las máximas de los diversos preceptistas que tienen todas las sectas y en que luégo se subdividen las religiones principales.

Y estas relaciones comerciales tienen una base muy importante en la protección que, por miras egoístas, habrían de prestarles el sultán ó magnate que en Timbuctú ejerce las funciones de soberano; los sherifes, que á su vez desempeñan los cargos similares á los de gobernadores y jueces, y todas aquellas personas influyentes que, secundadas eficazmente, habrían de acoger con gran satisfacción tantas mejoras como aquel país es susceptible.

Tal vez merezca alguna objeción la gran distancia á que se hallan estos centros comerciales, ó de abastecimien-

to, de los puntos de la costa que se pretendiera colonizar; llegamos hasta suponer que sometido este punto á amplia discusión para aquilatar todas las ventajas é inconvenientes, las razones que pudieran emitirse en uno y otro sentido serían muy controvertibles; pero está fuera de duda que las distancias tan largas sólo representan un período mayor de propaganda hasta tocar los resultados, pues la fuerza aceleratriz que se quisiera imprimir á los primeros trabajos encontraría en el carácter estoico de los indígenas un obstáculo infranqueable en los primeros momentos, pero de ningún modo se podrían ocultar las grandes y trascendentales empresas que nacerían al abrigo de la colonización de una comarca cuyo número de habitantes es muy difícil calcular aproximadamente, aun cuando se conozca la existencia de diversas rancherías ó confederaciones muy pobladas.





CAPITULO VIII

*Tribus situadas al Norte de cabo Bojador.—
Uad-Nun.—Agolimin.—Tarúdant.*

De tal modo se hallan entrelazadas las cuestiones que afectan al interés de nuestro desarrollo comercial en Africa, y tan diversos son los factores que intervienen en el problema de la colonización, que sólo extendiendo la vista sobre esta considerable parte de superficie de nuestro esferoide, habitado por tribus nómadas é independientes, y relacionando entre sí las varias fuerzas en que se descomponen, ó agrupando los importantes elementos dispersos ó disgregados por la vida social que imponen las circunstancias porque atraviesa la raza musulmana, combinando, en fin, todos los recursos que el país ofrece con las necesidades, carácter y tendencias de los indígenas, llegaremos fácilmente á obtener una solución satisfactoria y de garantía para el comercio.

Por esta razón, al considerar bajo tan diferentes aspectos el estudio de la comarca que comprende nuestro protectorado, es completamente imposible prescindir del

importante y valioso apoyo que debemos esperar de las tribus limítrofes á los dominios de España. Así como no señalamos un término perfectamente definido, y de un modo racional deslindado, para ejercer hacia el interior la activa propaganda del comercio, que representa la avanzada de la civilización, tampoco nos es dado, por consecuencia propia y por el deber que impone la ley social, oponer obstáculos á nuestros vecinos, cerrándoles las puertas de los mercados europeos ó perpetuando la horrible situación á que se hallan reducidos, cuando con pocos esfuerzos variaría su actual estado.

Hay, además, una razón política, de interés capitalísimo, que abona nuestro derecho y hace necesario el estudio, aunque de un modo superficial, del terreno que ocupan estas tribus, recursos de que disponen y estado social que les rige. El engrandecimiento ó progreso de una colonia donde solamente se han colocado algunos jalones de escasa importancia para revelar el dominio de España, sin enlace ni protección, no bastan ni responden al prestigio de que debe hallarse siempre revestido el nombre de nuestra patria. La amistad ó simpatía—dándole este nombre que parecerá menos trascendental y autoritario—de las tribus que residen entre el límite septentrional del protectorado español y la verdadera frontera de Muley-Hasán, se impone cada día con mayor fuerza, y si por nuestra parte no procuramos adelantar una mano amiga á aquellas kábilas que la soliciten, ó cuando menos no opongan una actitud completamente hostil, no ha de tardar mucho tiempo en que otra nación más audaz, inteli-

gente y especuladora, les ofrezca toda clase de ventajas que aniquilen nuestros esfuerzos y sean la amenaza constante delpreciado archipiélago canario.

En los momentos actuales, después de las desastrosas expediciones guerreras del sultán de Marruecos, es imposible sostener por más tiempo las ridículas pretensiones con que uno y otro día pretende el gobierno sherifiano ocultar á la diplomacia su escaso valer y prestigio, aparentando ese desquiciado imperio una autoridad y dominio que jamás podrá reconocérsele formalmente.

No pretendemos, entiéndase bien, llevar nuestra acción hasta el punto de menoscabar en lo más mínimo los justos y razonables derechos del sultán, cuyo imperio interesa á España que prospere, pero sin cambiar de dueño ni hallarse sujeto á protectorado de ninguna clase que represente exclusivismos de soberanía hacia cualquier estado. Somos, por el contrario, los primeros en considerar como sagrado, y aun como parte integrante de nuestro territorio, toda la región sometida al dominio de Muley-Hasán, en cuanto no se oponga á lo estipulado en sucesivos convenios internacionales ó tratados de paz y comercio; pero este respeto, exento de egoísmos y apasionamientos, no alcanza á perseverar en una actitud poco en armonía, en nuestro concepto, con los deberes que señala á todo pueblo culto la ley del progreso y la consideración al derecho de gentes.

Las tribus vecinas á nuestro protectorado y fronterizas del Mogreb mantienen incesantemente una lucha titánica, aun cuando no aparezca de un modo ostensible en la su-

perficie, para romper el círculo de hierro que las aprisiona, y al mismo tiempo que consigan una entrada por donde puedan abastecerse de lo más imprescindible de cuanto en la actualidad carecen, logren también una salida á sus productos, que bien merecen el concepto de importantes si se consideran los grandes veneros de riqueza que tanto en el reino vegetal como en el animal, y especialmente en el mineral, encierra toda aquella región. Esta lucha, enfrenada por el fanatismo y contrarrestada tan sólo por la influencia que los sultanes de Marruecos procuran ejercer sobre los sherifes, unas veces comprando el prestigio que gozan entre sus correligionarios por unas cuantas monedas y el firman que acredite á las generaciones venideras sus relevantes servicios, y las más con amenazas que sólo pueden producir efecto donde se halla entronizada la ignorancia y se rinde ferviente culto á la barbarie, hubiera sido de grandes resultados y cual torrente avasallador habría transformado el aspecto social de esas tribus si la desconfianza—no siempre injustificada, por desgracia,—que inspira el proceder de los pueblos de Europa, que en sus alardes de colonización han pretendido conquistar antes el corazón para la fe en las ideas religiosas que la inteligencia de los oscuros antros en que se desarrollaba, dando con este sistema origen á sangrientas guerras, no les opusiese un dique insuperable por el temor de perder la libertad de sus creencias y costumbres á cambio de lo que ellos conceptúan como bienes terrenales y, por consiguiente, efímeros ó perjudiciales.

La confirmación de estos asertos, un tanto atrevidos

para los que aspiran á la conquista de Africa por medio del exterminio de sus actuales habitantes, se demuestra fácilmente recordando las tribus musulmanas que en diversas ocasiones han solicitado la protección española y la facilidad con que los magnates del interior del Sahara prometen el mayor respeto al pabellón de España y absoluta ó incondicional sumisión á las órdenes de nuestro Gobierno, mientras no consideran vulneradas sus ideas religiosas y el concepto sobre que descansa la sociedad musulmana.

Todas las tribus de la falda meridional del Atlas, hasta las que se asientan en las mismas llanuras del desierto, conciben por inducciones intuitivas las ventajas de la transformación que han de sufrir en una época más ó menos remota, pero no comprenden los medios de realizar este cambio tan radical que seguramente hará variar con el tiempo la firmeza de sus opiniones y la fe ciega en sus creencias, pues la ley del progreso no reconoce vallas para contrarrestar su fuerza y conseguir el aislamiento de aquellos ideales que, dignificando á los hombres, son el orgullo más justificado de las naciones que los sustentan.

Toda política egoísta, sin miras expansivas, encierra el germen del suicidio. Los estados, cualesquiera que sea su magnitud y poderío, necesitan una política previsora y de protección constante á su industria y al comercio, como elementos principales para la vida de las naciones, enseñándoles los derroteros que deben servir de base á sus trabajos y marcándoles los mercados donde una espe-

cie de monopolio nacional, ejercido por la implantación de un producto ó por la costumbre, proporcione cuantiosos rendimientos bajo una dirección inteligente. Al Gobierno corresponde, por lo tanto, la iniciación de la idea, el apoyo moral que debe prestar el cuerpo diplomático á todo cuanto representa un interés de la nación y el material que se funda en las bayonetas, pero cuyo empleo debe meditarse mucho, porque puede ser causa de desprestigio ú origen de irreparables sacrificios.

Si para no suscitar envidias ó rivalidades se ha fijado como límite septentrional de nuestro protectorado el cabo Bojador, es de suponer que nos será permitido acoger con benevolencia y hasta con aprecio á las tribus que, situadas más al Norte de nuestro dominio, acudan á nuestras posesiones, como acudirán seguramente si hay inteligencia y habilidad suficientes para acometer esta empresa, asegurándoles las comunicaciones y procurando concertar con las tribus más cercanas convenios mutuos para el respeto de las personas y artículos que conduzcan.

Fijémonos en este punto y examinemos racionalmente los resultados á que podríamos aspirar en el porvenir de esta comarca, considerando tan sólo el aspecto comercial de la colonización, sin profundizar las cuestiones ni detenernos en minuciosos detalles geográficos del país, porque su estudio, por ahora, habría de resultar bastante incompleto.



Uad-Nun—*río de las anguilas*—que en su nacimiento es también conocido con el nombre de *Uad-Faya*, riega una comarca extensa, muy poblada, célebre por las luchas de sus habitantes y por los diversos cautivos cristianos que allí han sufrido horrible prisión ó largo destierro. Su capital, Agolimín, cuenta con 6.000 almas próximamente, y merece atento estudio por ser uno de los centros de abastecimiento de las tribus del desierto, y porque en su primitiva ciudad, así como en Agadir, residen los jefes principales y las familias del famoso Hosein, que tanto interés ha manifestado siempre por entrar en relaciones con la nación española, y de los sherifes Habib-Ben-Abd-Al-lah y Abd-Al-lah-Ueld-es-Salem, cuya preponderancia entre sus correligionarios guarda proporción con la altanería y despotismo de que hace continuo alarde.

El mercado de Agolimín es muy frecuentado por las gentes de múltiples tribus, las cuales hallan en los mercados que frecuentemente se verifican en este centro, casi sucursal del puerto de Mogador, mayores ventajas para la compra de los géneros que necesitan y la venta de sus respectivos productos, sin las vejaciones que sufren cuando penetran en los verdaderos dominios de Muley-Hasán.

Entre los edificios más notables y mejor conservados merece citarse especialmente la *kobba* de Sid-el-Gazi, casetón muy venerado por los musulmanes, patrón de Agolimín y autor de infinitos milagros, según refieren los creyentes, dando á sus palabras la expresión de la más entusiasta y profunda credulidad. A esta ermita acuden millares de indígenas anualmente para depositar sus ofrendas

á cambio de algún beneficio que esperan de la santidad y del prestigio que goza en la corte celestial este sectario privilegiado de Mahoma.

El sherif Sid-Hosein-Ueld-el-Hashem residía generalmente en Santa Cruz de Agadir, pero desde la última expedición del sultán de Marruecos afirman los indígenas que abandonó aquel puerto de una manera definitiva para no exponerse á las irritantes exigencias del soberano del Mogreb, que le serían muy difíciles de satisfacer, si continuaban en progresion creciente, aun cuando no se considerase humillado por las imposiciones de que habría de ser objeto. Sin embargo, aun suponen aquellos desgraciados que el dominio de Agadir les pertenece, y que sólo para su custodia lo entregan *provisionalmente* al sultán con objeto de que los *cristianos* no se apoderen de esta importante plaza, según ya han pretendido.

Por desgracia para los intereses españoles los temores de aquellos creyentes son completamente infundados. La causa española hubiera realmente obtenido un triunfo decisivo, de trascendentales resultados, si se hubiese dado cumplimiento al tratado de paz estipulado con Marruecos en el sentido de ocupar esa antigua fortaleza, que también ha encerrado en su seno á intrépidos marinos y valerosos viajeros compatriotas nuestros. En cambio Yfni, con su tribu de Bu-Amran, cuya importancia no pretendemos aminorar, sería para España, si se aceptase en las condiciones estipuladas según la interpretación dada al artículo 8.º de aquel célebre cuanto desdichado tratado, una carga onerosa, cuya conservación habría de

originar grandes sacrificios materiales si la industria y el comercio no respondían cumplidamente á las exigencias que en un principio imponía el prestigio y la honra de nuestro pabellón.

Agadir—ó Agadir Iguer—en cambio, sería la llave de grandes especulaciones científicas, políticas y comerciales; la base de una preponderancia imposible de contrarrestar, y la salvaguardia de todos los ideales nacionales y eminentemente patrióticos que abriga España. Si O'Donnell, caudillo ilustre cuyos merecimientos no pueden ponerse en tela de juicio, se hubiera detenido á examinar las consecuencias que podía haber tenido la convención estipulada después de la gloriosa campaña de Africa, su genio sagaz y perspicuo hubiese descornado el velo de la importante adquisición que tan fácil se presentaba. Pero este es un error que señalan los hechos principales de nuestros hombres de Estado, en cuanto se relaciona con la política exterior y colonial de nuestra patria, errores de fecha remota y de difícil enmienda si la situación general de Europa no sufre graves convulsiones en la solución de los complicados conflictos que amenazan incesantemente la paz del viejo continente. Y el origen de estos males tiene su causa, en mi humilde concepto, en la falta de conocimiento ó de estudio de toda la región africana que más interesa á España; porque si se divulgasen esos conocimientos en el pueblo, la opinión pública, guiada por un verdadero estadista, secundaría eficazmente los ideales nacidos al calor del más acendrado patriotismo, y con su concurso

quedarían garantizadas las empresas de todo género que se proyectasen.



En la comarca de Uad-Nun, casi en las márgenes del río Faya, existe un alcázar llamado Tisiut ó Magaimina, con una población de 4.000 almas próximamente, de carácter afable y muy hospitalarios. Las inmediaciones de este alcázar, ó ciudadela en ruinas, están sembradas de chozas en todas direcciones, descubriendo en su aspecto la miseria de sus moradores; y á unos dos kilómetros se halla la *kobba* de Sid-Erbac, muy celebrada entre los creyentes porque se asienta cerca de un manantial de aguas medicinales que, según afirman los indígenas, curan con una rapidez prodigiosa la sífilis, las escrófulas de todo género y algunas otras enfermedades cutáneas.

La vegetación es bastante considerable en la cuenca de este río y sus afluentes. Muy abundantes las palmeras, el árbol del argán, de donde extraen el aceite; el talh—*acacia gummífera*—y el sider—*lotus*—que producen abundante goma, siendo la cebada, trigo y maíz los únicos cereales que se cultivan para consumo de los indígenas, en atención á las infinitas dificultades que existen para la exportación de otros productos agrícolas.

A pesar de la importancia que de día en día adquiere el mercado de Agolimín—donde los indígenas hallan la ventaja de no encontrar rastro alguno del dominio de los sultanes del Mogreb—es indudable que la capitalidad

de esta comarca está absorbida por la ciudad de Tarúdant—*Rudafa*—que entre sus ruinosas murallas encierra un prestigio profundamente arraigado en el sentimiento de los indígenas que habitan esa región casi independiente de Africa.

Tal vez merezca alguna objeción considerar á Tarúdant como punto donde el sultán de Marruecos ejerce un dominio convencional, casi nulo, pudiéramos decir, si no estuviese sostenido en parte por el fanatismo de los creyentes, para quienes el sherif que ocupa el trono del Mogreb, después de haber hecho oración en la mezquita de Muley Idris, recibe, *directamente*, la inspiración del Profeta, y sus disposiciones para el gobierno de sus vasallos revisten un carácter de indiscutible infalibilidad.

Pero dígase cuanto se quiera, el Sus no reconoce la autoridad del sultán, si se prescinde de la fuerza que representa un ejército para imponerla; y si todos aquellos indígenas lograsen comprender las ventajas que el progreso realiza, cuando está eficazmente confundido ó secundado por el comercio, no tardarían mucho tiempo en desechar añejas patrañas sostenidas tan sólo allí donde se procura apagar el más insignificante foco de luz que irradia la civilización.

No es vano empeño pretender llegar á esta población, que tan abandonada aparece en el concierto que las naciones de Europa tienen formado para la invasión de Africa, ni puede considerarse como pueril ó excesivamente atrevida la idea de enlazar nuestro desarrollo comercial con toda esa parte del continente africano, por los

sacrificios que tamaña empresa representa. La política comercial, de influencia progresiva y constante entre los indígenas, debe revestir un carácter expansivo, de horizontes muy amplios y basarse en poderosos elementos; proceder en otro sentido equivaldría á justificar el desconocimiento absoluto de la raza musulmana, cuyo desconocimiento ó ignorancia ocasionaría, por una serie de torpezas inevitables, la falta de compensación á los vastos intereses que se tratan de crear para el mayor desarrollo de nuestra industria. Es esta una cuestión que no admite términos medios: ó se procede con energía y amplitud de miras, ó debe abandonarse todo proyecto de colonización africana como altamente ruinoso para las naciones cuya política exterior obedece sólo á mezquinas aspiraciones.



Tarúdant está situado en la vertiente meridional del Atlas, á corta distancia, relativamente, de donde esta famosa cordillera se hunde en el Océano; sus alrededores están regados por varios afluentes del Sus, formando una vega hermosa, de bastante vegetación, muy poblada hasta el litoral, con edificios antiguos diseminados acá y acullá, con castillos, ruinas, alcazabas ó santuarios como la ermita del Bu-Agag, famosa entre los creyentes, pero que tan sólo constituyen puntos de etapa y abastecimiento para las caravanas que atraviesan en todas direcciones aquel suelo, cuando reina alguna armonía entre los kábilas y la seguridad merece relativa garantía.

Esta ciudad, amurallada y con los vestigios que aun conserva del foso que la circundaba, tiene un origen muy dudoso; pero de las inscripciones que se encuentran entre las ruinas amontonadas en todas partes, se llega al convencimiento de que ha sido dominada por los romanos, considerada en todo tiempo como plaza fuerte de importancia y que sus muros han servido de albergue á numerosos ejércitos que luego han figurado en varios de los diversos combates que registra la agitada historia de este continente. El caserío que actualmente constituye la población se halla dividido en dos partes: la alcazaba, donde reside el gobernador y sus servidores—porque no merecen el nombre de soldados,—con la mezquita mayor, Djama-el-Kebir, y los barrios de Ulad-Bunona y Enfarek-el-Kebir; el centro, donde existe una zauya—ermita—muy frecuentada por los creyentes, porque allí se encierran los restos del venerado santón Mohamed-Ueld-Hamed, y el Azrak—Azul;—la plaza principal, donde en los días de pascua se reúnen los jinetes para correr sus caballos con repetidos disparos de espingarda—*laab-el-barud*,—pues no hay alegría posible entre los indígenas sin hacer gran consumo de pólvora y alardear de agilidad para el combate; el *Quisina*, el *Tebeguert*, el *Essuaca* y el *fondak de Sid-Lasem*, son otros tantos barrios donde el comercio y la industria de Tarú-dant tienen su principal representación, aun cuando ésta no alcance las proporciones que debiera conquistar como población de más de 12.000 habitantes, frecuentada por considerable número de tribus.

La ciudad tiene cuatro puertas, llamadas: Bab-el-Kas-

bá, Bab-Idergam, Bab-Bonona y Bab-el-Jamis, y en el extremo Sur se ha fundado un pequeño barrio dedicado exclusivamente á los hebreos, y que, por lo tanto, se conoce con el nombre de *Mel-lah*—salado—con que el creyente designa siempre la parte de población habitada por los hijos de Israel.

El desarrollo de la ciudad de Tarúdant no está en proporción con el número de sus habitantes. Hay espacios de más de 300 metros cuadrados completamente despo-
blados, que sirven para reconcentrar el ganado, como depósito de todos los artículos y géneros que concurren á aquella plaza en los días de mercado ó para dar albergue á las caravanas de tránsito, que á veces conducen centenares de camellos. Las inmediaciones de la ciudad, sembradas de diversos árboles frutales, muchos olivares y frondosos bosques del árbol del argán, están muy pobladas de chozas y caseríos de aspecto repugnante, cuyos habitantes se dedican al cultivo de tan agradecida tierra y al merodeo cuando la ocasión es oportuna.

Hemos considerado á Tarúdant como una sucursal de la ciudad de Marruecos, y cremos no equivocarnos al concederle una importancia relativamente trascendental, puesto que sirve de abastecimiento á tribus como Tata, Ilat, Iyó, Egan, Tamanart, Ait-Lasem, Esboia, Ait-Brahim, Ait-Abd-Al-lah, Menyat, Isas, Yat, Ait-el-Marabet, Ait-Teguana, Ulad-Salem, y otras varias que sería prolijo enumerar, situadas más al Sur, pero cuyos límites, amplitud y riqueza no es fácil determinar con acierto mientras nuevos reconocimientos no completen las noti-

cias facilitadas por los indígenas con las que aisladamente han obtenido al paso muy contados viajeros.



Abandonando toda la cuenca del Sus y la numerosa población que comprende, todavía queda la región del famoso río Draa, la del Shibicá y de otros tan importantes como el Sekia-el-Jámera, que alcanzan hasta el límite septentrional de nuestros dominios, con riqueza pecuaria nada despreciable y elementos valiosos para la explotación comercial de tan interesante comarca, políticamente considerada.

Es verdaderamente sensible no poder hacer un estudio minucioso, con amplios detalles de todo género, de las kábilas que allí tienen asiento principal, con fraccionamientos sobre toda la parte del país á que están obligados á ocupar por trayectos para el prestigio y protección de sus líneas de comunicaciones en los viajes y el comercio mutuo. Se carece todavía de datos estadísticos que ofrezcan formal garantía, y hasta se desconoce la extensión aproximada y el dominio que ejercen algunas kábilas que, como la de los *U.-Yahia*, cuenta con más de 15.000 almas y 400 caballos, cultivando un terreno abundante en árboles frutales y, especialmente, en argán; la de *Menaba*, que posee una magnífica alcazaba, conocida con el nombre de *Tamart*, albergando en sus ruinosos edificios á numerosas familias, y el santuario de *Aiat-Susi*, famoso mercado del *Tsalatsa*—martes—y el no me-

nos concurrido del Had-el-Igel — domingo — con más de 10.000 habitantes; la de *Arhala*, abundante en ganado vacuno y lanar; *Ulznin*, cuya extensión es muy grande, produce cereales en bastante cantidad y su suelo es rico en minerales; *Tifuind*, celebrada porque sus habitantes hablan generalmente el *shelja* y son muy contados los que conocen el árabe, constituyendo una federación independiente y temida por sus instintos belicosos; *Indauzan*, donde se recoge la mayor parte de la goma que transportan á Mogodor y el argán que da fama á esta comarca; *Secatana*, notable por la resistencia que han opuesto siempre sus habitantes al dominio de los sultanes del Mogreb, y porque posee un mercado muy concurrido por diversas clases de artículos, llamado *Jemis-Zagameron*—jueves de Zagameron—y el santuario de Sid-Bu-Aisa-es-Solimán, produciéndose en grandes llanuras el azafrán salvaje que consumen los habitantes de toda aquella comarca; *Ait-Sumac*, con mercado, donde acuden comerciantes de varias partes para abastecerse de toda clase de productos del país, siendo generalmente los judíos quienes se encargan de expendir los géneros de Europa y quincallería de mayor consumo; *Amara*, que tiene una mezquita, aun cuando en ruinas, medarsa—escuela—y en cuyo territorio se notan vestigios de construcciones que todavía sirven á los caminantes como punto de etapa y refugio durante sus penosas marchas; *Idaunur*, donde se cosecha la almendra dulce y la miel en grandes cantidades; *Idardat*, rica por el producto que obtiene del azafrán; *Asif-Argán*,

notable por los muchos árboles de este fruto que se encuentran en su suelo, y la medarsa, donde asisten constantemente más de 500 muchachos; *Tuit*, que toma su nombre de una casa llamada del Tuiti, cuyo prestigio le convirtió en un pequeño soberano de la tribu, y en la plaza inmediata á su casa se reúne el mercado del *Tsalatsa*—el martes;—*Induçal*, rica en ganado, en minerales y con el mercado del *Sebts*—sábado,—donde tienen sus habitantes amplia medarsa; *Isafen-Azán*, kábila turbulenta que prefiere vivir del merodeo á cultivar sus tierras; *Sandala*, que conserva las ruinas de un pueblo que, según los indígenas, llamaron *Amu-Djerid*, y en cuyo sitio se verifica el mercado conocido por *Jemis-Amudjerid*; *Eshtuka*, de gran extensión, con varios puntos del terreno notables y dignos de estudio; *Ilala*, con dos ferias anuales; *Ulad-el-Mader*, cuyo territorio está regado por varios pequeños riachuelos; *Bu-Amram*, que se dice dueña del litoral en que está situado Ifni, poseyendo en el interior las ruinas de Acuelo, con murallas y torreones, donde se celebra una especie de feria anual muy importante por las grandes transacciones que allí se verifican. Se asegura que los niños de esta tribu recogen de la costa pedazos de mineral, forman luego un horno de sistema primitivo y, con escasos sacrificios, obtienen plomo suficiente para la fabricación de proyectiles con que cargan sus deterioradas escopetas ó armas de fuego en general.

Las condiciones de la vida social de estas diversas tribus y de otras muchas, también importantes, que no citamos para hacer menos difuso este estudio, en nada se diferencian de las que servían de norma á los pueblos primitivos, con su correspondiente cortejo de luchas sangrientas, represiones inhumanas y actos vandálicos que adquieren mayor desarrollo por el acerbamiento natural de las pasiones cuando éstas no sufren el poderoso yugo de la educación y de la política dirigida por una inteligencia medianamente organizada.

Los resultados de esta situación sociológica, verdaderamente incomprensible en nuestra época y en una raza numerosa de sobresalientes cualidades, que habita tan próxima de los pueblos cultos, se acrecientan con el recuerdo de las guerras históricas que halagan sus belicosos instintos y se armonizan con su fiera independencia. Todavía recuerdan con frenético entusiasmo la lucha terrible sostenida contra el sultán Muley-Abd-Al-lah cuando en el último tercio del siglo pasado hizo grandes aprestos militares, reunió un ejército muy numeroso y, penetrando en el Sus, se creyó dueño de Tarúdant, estableciendo en esta ciudad su base de operaciones sobre tan dilatada comarca. Aquellas huestes aguerridas en diversos combates y ávidas de botín sufrieron tan continuos descalabros, que pronto se vieron en la necesidad de pensar en la retirada, después de perder más de la mitad del ejército y de dejar abandonada casi toda la artillería con que el sultán pretendía obtener gran fuerza moral sobre sus enemigos.

Forma este período para los indígenas una página gloriosa de su independencia, y la refieren detalladamente al viajero cuando se encuentra alguno de aquellos cañones que llevaba el ejército de Muley-Abd-Al-lah y que yacen casi sepultados entre ruinas y en completo estado de deterioro; pero conviene hacer constar que, á pesar de su ignorancia, reconocen que sólo cuando el emperador de Marruecos cuente con el apoyo material de un ejército *cristiano* podrá imponerles su autoridad y caprichoso dominio.



Nadie que de los asuntos de África se ocupe con algún interés puede desconocer la importancia política y comercial que encierra el porvenir reservado, por ley inmutable del progreso, á los territorios comprendidos entre el límite septentrional de nuestro protectorado en la costa sahárica y la verdadera frontera de los dominios de Muley-Hasán.

Es cierto que se carece de datos amplios y precisos para conocer á fondo un asunto que tanto interesa á nuestra patria; pero esta carencia de noticias fidedignas no es tan absoluta que nos impida poder apreciar, muy aproximadamente, los elementos con que cuentan los llamados reinos del Sus, Uad-Nun y Tekna, los cuales ofrecen un campo vastísimo de explotación, porque se hallan completamente vírgenes de las ventajas que á los pueblos reporta el comercio y la industria, y además constitu-

yen, por su posición geográfica, puntos objetivos bajo el aspecto político que debiéramos considerarlos para el desarrollo de ulteriores y más trascendentales proyectos de colonización.

Actualmente el comercio casi conoce otros agentes del tráfico que los hebreos naturales de esta comarca, quienes recorren todos los mercados más concurridos, llevando las escasas mercancías adquiridas en Mogador ó Marruecos en un asno ó camello, y sufriendo en su incesante peregrinación todo género de bajezas ó humillaciones para conseguir que las tribus respeten á su persona y bienes. Reducido el comercio á tan estrechos límites, no creemos necesario ampliar su descripción con las infinitas peripecias que este tráfico anormal origina, por las condiciones de la vida social de los kábilas, ni tampoco examinar los resultados que obtienen los millares de almas supeditadas á tan absoluto aislamiento de la civilización.

Estas observaciones podrán ser causa de encontrados pareceres, porque la materia se presta fácilmente á las más caprichosas objeciones, y quisiéramos ponernos á cubierto de las diatribas y controversias que se originarán, fundando nuestras opiniones en el estudio práctico de los diferentes problemas políticos y comerciales que está llamada á resolver la colonización de África. De este modo tan sólo lucharíamos ventajosamente con las dudas y pesimismos que destruyen toda fuerza activa y nos condenan al estoicismo que tanto censuramos en el elemento musulmán.

Parecerá extraño que reuniendo aquella comarca tan

buenas condiciones y productos tan variados en los reinos animal, vegetal y mineral, que la naturaleza ofrece al hombre, y siendo tantas las necesidades de sus habitantes, la factoría establecida en cabo Juby, ó Tarfaya, en una isleta frente á las Matas de San Bartolomé, no haya dado los resultados que se proponían sus inspiradores.

Como factoría inglesa consignaremos con gusto que, según todos los informes—porque no la hemos reconocido de cerca,—ha sido construída sin omitir sacrificios, transportando toda la piedra necesaria para el edificio de la isleta de las Canarias, prefiriendo pagar los materiales á precio elevado con tal de evitar rozamientos con los indígenas en el primer período de la construcción. En el interior de esta verdadera fortaleza no se ha prescindido de cuantos detalles son indispensables á una buena defensa, á las necesidades del comercio, y en la parte destinada para habitaciones de los factores se ha conseguido en el amueblado el mayor gusto y comodidad que puede ambicionarse en un litoral tan inhospitalario.

Frente al edificio de la isleta, y en el continente, tienen los factores otro edificio de menor solidez, pero de mampostería, con varias chozas para dar albergue á los indígenas, y un vasto cercado donde se recoge el ganado dispuesto para el embarque. Estas obras han sido posteriores á las de la isleta, con objeto de tenerlas defendidas de los ataques de los kábilas, que acogieron con gran desconfianza la instalación inglesa; pero á pesar de todas estas precauciones su construcción fué muy penosa, y durante mucho tiempo amanecía deshecho el trabajo del día

anterior ó consumido por las llamas si se empleaban materiales combustibles.

No obstante el tiempo transcurrido, los factores no han podido extirpar por completo el espíritu de oposición con que fueron recibidos por los indígenas; y como consecuencia lógica, las transacciones adolecen de la falta de garantía en las comunicaciones y de la necesidad de un jefe á quien ellos respeten para imprimir verdadero empuje al movimiento comercial ya iniciado. Además, la rada de *Port Victoria*, como los ingleses denominan á la ensenada de cabo Juby, no ofrece seguridades de ningún género á las embarcaciones, especialmente á los buques de vapor, cuyas calderas no pueden mantenerse en constante ebullición sin consumir en combustible mayor cantidad de la que representan los fletes y tal vez el cargamento.



Todo esto justifica nuestras apreciaciones y se armoniza bien claramente con la opinión que informa todos nuestros estudios. No basta construir un buen fuerte con baterías, cañones y demás medios defensivos que proporciona la industria militar moderna; no consideraremos jamás como elementos suficientes para establecerse en África el hallarse dotado de un temple enérgico y resistente ó rodearse de toda clase de armas para lograr el éxito que persiguen la mayor parte de las naciones de Europa. En buen hora que acudamos á estos medios preventivos como muestra palmaria de nuestra superioridad en la lu-

cha, pero la fuerza moral se conquista por modos distintos y de consecuencias más trascendentales.

No nos cansaremos de repetir y encarecer la necesidad de saber aprovechar el gran prestigio de que gozan los sherifes. Los creyentes, sin excepción, prestan á estos santones un homenaje que raya en idolatría; constantemente les interrumpen el paso para besarles la mano, la rodilla ó un pedazo del *faik* con que de ordinario van vestidos. Al presenciar estos actos, la imaginación se transporta á los tiempos en que el fanatismo se hallaba en todo su apogeo y parece estar contemplando las adoraciones y ofrendas en un templo en día de grave solemnidad, según la leyenda describe estos actos.

Pues bien, es preciso emplear esos valiosos elementos, aprovechar el prestigio de estos seres privilegiados por la fortuna ó por el fanatismo en favor de nuestros ideales, y conquistar la aureola de santidad que disfrutaban entre sus correligionarios en beneficio de la causa de la civilización, porque son los únicos jefes reconocidos y de verdadera influencia para esa raza numerosa que pretende aparecer como indomable á las leyes del progreso.

Nos hallamos muy distantes de considerar empresa fácil y exenta de sacrificios la realización de estos sentimientos, que acariciamos con verdadero amor y aspiramos á verlos puestos en práctica antes de que transcurran muchos años, porque constituyen la base de nuestra regeneración política y colonial, al mismo tiempo que envuelven el único apoyo para el necesario predominio de España en el nuevo continente; pero estas dificultades no

son insuperables si se emplean los recursos que están á nuestro alcance en armonía con las necesidades y condiciones de aquellos habitantes, convenciéndoles de los propósitos pacíficos que debe inspirar la política de los pueblos cultos y demostrando en todos nuestros actos la mayor tolerancia religiosa que, con las modernas leyes sociales, informan el principio del dominio de las naciones civilizadas.



CAPITULO IX

Consideraciones generales.

La historia, arsenal de profundas enseñanzas donde se encuentra la confirmación de los principios sociales que informan el largo proceso de la humanidad, nos demuestra las diversas fases porque han atravesado todas las guerras de conquista sostenidas en África desde los tiempos anteriores á la destrucción de Cartago y el carácter general de las luchas de que ha sido teatro este vasto continente. Todavía en la actualidad pudieran repetirse los mismos hechos que esterilizaron los sacrificios de algunos pueblos, los cuales, á semejanza de lo que aconteció á Portugal, pretendían ejercer su dominio sobre esa raza, digna de estudio por muchos conceptos, pues las mismas condiciones subsisten sin que el tiempo haya podido modificarlas.

Pero la política general de Europa se transforma necesariamente á impulsos del progreso y de los ideales especulativos que constituyen la norma de conducta de las po-

tencias principales del viejo continente, y á los procedimientos antiguos reemplaza el afán inmoderado de aumentar las colonias para descubrir nuevos horizontes á la industria y al comercio, á la par que, por estas manifestaciones de la vida social, se difunden las luces de la civilización y se enseña á los pueblos sus verdaderos derechos. La independencia de los Estados Unidos de América, la libertad de los mares y la derrota de todos aquellos convenios ignominiosos que servían únicamente de trabas á la inteligencia y á las fuerzas productoras, convirtiendo en sistema político la tiranía de luengos años, son los primeros impulsores de los adelantos que luégo realiza nuestro siglo.

De esta regla general se aparta ese continente africano, llamado á ser la salvación de Europa cuando esta consiga la explotación de sus inmensos veneros de riqueza. Pero este aislamiento no es absoluto: cruentas luchas habían dado origen á censos y tributos humillantes que satisfacía entonces la tímida Europa á los soberanos de Africa, con arreglo á lo estipulado en diversos tratados, verdaderamente inconcebibles cuando se examina la situación política que atravesaban los principales estados del viejo continente, y que contribuyeron poderosamente á consolidar el imperio de la barbarie basado sobre un régimen opresor y engreído hasta el punto de dictar leyes, tan atroces como vergonzosas, para que todos los pueblos le prestasen pleito homenaje. De la serie de humillaciones porque atravesaba el nombre cristiano en Africa no está excluída la soberbia Albión, cuyo representante en Marruecos fué

objeto, á principios del siglo actual, de insultos y repugnantes burlas por parte de los caciques del sultán, sin que su Gobierno se considerase en el deber de vengar tantos atropellos y vejaciones ante el temor que inspiraba esa raza musulmana, cuyas condiciones eran casi en absoluto desconocidas.

Semejante situación se prolonga considerablemente y las transformaciones que alcanzan á comarcas nuevas, muy apartadas para sentir la influencia del progreso que se realiza en todas las manifestaciones de la vida social de Europa, encuentran una barrera infranqueable en la política egoísta y perturbadora de las naciones más próximas al continente africano. Preocupados los hombres de Estado con las rencillas propias de toda política interior, faltábales tiempo para estudiar el poder de que hacía aparatoso alarde esa raza salvaje, abandonando al comercio y á la industria, gérmenes principales de vida y poderío de las naciones, en estacionamiento perjudicialísimo. El sistema de colonización quedaba reducido al derecho de conquista por las armas, como si los actos de fuerza pudiesen variar radicalmente las condiciones de existencia de los pueblos, atropellando todos los sentimientos y haciendo enmudecer los gritos de independencia que brotan al contacto de la lucha por sus tradiciones.

Los ideales que acariciaron el cardenal Cisneros y otros varones ilustres quedaban relegados al olvido; constituían á lo sumo un buen deseo de los que se preocupaban por el porvenir de la península ibérica. Reseñar las causas de nuestra decadencia, sería, por lo tanto, tarea

demasiado enojosa; de todos son sabidas, aunque muy pocos traten de remediarlas.

Francia, á principios de siglo, pretende imitar á Inglaterra, nación más previsora y especulativa, que sabe aprovechar su poder naval, creado exclusivamente para establecer preciosas colonias que luégo sirvan de base á su poderío, ensanchando los moldes de su industria y comercio pero nuestros vecinos de allende el Pirineo, después de largas guerras, mantienen una política vacilante, orgullosa con el vencido, sin la necesaria trabazón que requieren todos los sistemas de colonización modernos y sin la firmeza en los principios para fundir en los sentimientos del pueblo civilizado á las razas indígenas. La guerra no solamente no destruye antagonismos, los aumenta.

A Inglaterra, pues, necesitamos imitar en los principios fundamentales de colonización. En sus colonias sigue el camino que está más en armonía con las tendencias del comercio secundado por la fuerza armada; da á su marina dirección política, objeto determinado y organización adecuada á sus trabajos con el estímulo necesario para conseguir instituciones fuertes, y, alentando las aspiraciones de la industria, señala los derroteros convenientes á su mayor desarrollo.

Es cierto, casi podríamos decir desgraciadamente, que en la sociedad española no podrá infiltrarse jamás el culto fanático al becerro de oro con que los nuevos estados de ambos hemisferios consiguen tan asombrosos progresos. Nuestro carácter no se presta á trocar sus antiguas

costumbres, sus tradiciones caballerescas y su indiferentismo por las operaciones especulativas, á cambio de profundas meditaciones, largos estudios y grande perseverancia. Allí donde la naturaleza se muestra triste y sombría, rigurosa en las estaciones y siempre inconstante en sus cambios, es más lógica la sed insaciable de riquezas para satisfacer las necesidades de una vida rodeada de obstáculos y sinsabores; pero los pueblos que no progresan, en razón de la existencia general de los demás estados, serán arrollados por la corriente de las ideas y al empuje de la fuerza que representa su poderío.

No somos partidarios, especialmente en las cuestiones que con Africa se relacionan, de la máxima que se atribuye á Filipo, conquistador del Asia, el cual aseguraba «no haber barreras que no traspase una bestia cargada de oro,» y que han empleado los ingleses en diversas ocasiones, llegando hasta valorar en libras esterlinas el batallón, regimiento ó cuerpo de ejército que pudiera sucumbir en una lucha con los indígenas; pues este sistema, convertido en arma de partido, produce inevitablemente la corrupción del elemento á quien se trata de dominar y de redimir del despotismo.



La independencia religiosa ejerce un mágico poder que lleva al creyente al combate seguro de obtener la victoria; es una fascinación que domina todos los sentidos, y cuando se ataca el culto del Profeta hace que no se prescinda de toda clase de sacrificios en aras de tan sublimes ideales.

Si el odio tradicional de sectas no inspirase sus acciones, el musulmán sería justo y generoso, como es atrevido é incansable en la lucha; pero comprendiéndolo así sus she-rifes y caciques, y para mantener vivo el espíritu de in-dependencia en los creyentes, han inventado ridículas patrañas, calumnias y falsedades contra los que no perte-necen al islamismo. Semejante conducta tal vez sea una copia exagerada de otros pueblos donde sirvió de arma poderosa para desviar la opinión de las muchedumbres y conseguir aniquilar la raza objeto de tan enconado apa-sionamiento; pero aun cuando esta política haya mereci-do tantos encomios de los historiadores, preciso es reco-nocer, en la ocasión presente, que sus resultados son fu-nestos, porque sirviendo de base á la defensa de añejas creencias mahometanas, imposibles de subsistir en los tiempos actuales, hacen más lenta, difícil y costosa la desaparición de los absurdos del fanatismo.

De aquí la importancia suprema que concedemos al estudio, hasta en los menores detalles, de las costumbres y condiciones de un pueblo numerosísimo que los esta-dos de la culta Europa están llamados á dominar, según leyes inmutables del progreso.

No abrigamos la más remota duda respecto al éxito de la colonización comercial en Africa, si está dirigida por mano experta y hábil; en el caso contrario el fracaso no podrá sorprendernos.

Las paradojas suelen ser verdades muy saludables cuando se razona sobre principios de política en gene-ral, y muy especialmente de política colonial. En este

concepto no debe extrañar que sólo el progreso humano pueda resolver sin conflictos los problemas necesarios para hermanar la violencia con la suavidad, la opresión con la tolerancia y el poder con la libertad. Porque todos estos medios han de emplearse para lograr una metamorfosis completa de la raza africana sin producir la anarquía, la opresión ó el terror que parecen inevitables donde la cultura alcanza un nivel muy bajo.

No está exento el pueblo musulmán de aquellos sentimientos que caracterizan al hombre. Es amante de su familia y tradiciones, presta su concurso á las artes útiles con los escasos elementos que su ingenio le facilita, tiene profundamente arraigado el instinto mercantil y falta tan sólo saber aprovechar su talento natural, sus excepcionales aptitudes, creándole necesidades que en la actualidad desconoce, para desterrar gran parte de la indolencia de que hace alarde y que tanto se ha exagerado.



La interpretación que suele darse á los detalles más culminantes de la vida de los indígenas y el concepto que al primer golpe de vista inspira su actual estado social, pueden modificar profundamente la conducta del pueblo colonizador y facilitar los resultados de los primeros trabajos. No debemos ver en el moro que ambiciona un peine, un espejo, unas tijeras ó un metro de tela, al sér ambicioso, dominado por instintos tan pérfidos que la más refinada hipocresía no podría disimular.

Consideremos, por el contrario, su aspecto repugnante, la suciedad que cubre todo su cuerpo, la falta de útiles para cortarse el pelo—el cual reviste la forma de mechones embreados,—las infinitas mortificaciones de su vida animal, y, seguramente, el juicio que nos merecerá entonces esta desgraciada parte de la humanidad será más benévolo y caritativo.

Durante una breve excursión por el litoral encontramos á varios indígenas que nos recibieron con marcado asombro, pero sin muestra alguna de hostilidad. Conocían nuestro proceder, tenían los mejores informes respecto al establecimiento español, y con insistencia se ofrecieron á acompañarnos por la modesta retribución de una libra de gofio—maíz tostado.—Empezaron por quitarme el rifle para que no embarazase mi marcha; pero esta atención tenía su aspecto egoísta, porque el indígena se considera muy dichoso llevando sobre el hombro un arma de fuego. El acompañamiento aumentaba progresivamente á medida que pasábamos por las inmediaciones de algunas chozas, reinando siempre la mejor armonía; de uno de estos sitios salió una mora, de rostro tostado pero bastante agraciada, ojos muy expresivos y jovial hasta la exageración. Reunida á la comitiva general, acertó á verme el pañuelo con que secaba el copioso sudor que corría por mi frente, y desde aquel momento el antojo por una prenda, en su concepto valiosísima, no reconocía límites, siendo mayores sus deseos de poseer el *lienzo blanco*, como lo llamaba, cuanto más repetidas eran mis negativas á complacer esta pretensión. Después de una

legua de marcha, en que no cesaron los ruegos y el afán de hacer gracia para excitar risa ó compasión, accedí á sus deseos y con un júbilo indescriptible me expresaba una gratitud extremada con relación al valor de un pañuelo.

Este hecho, que revela las grandes necesidades de los indígenas del desierto, como asimismo de todos ó de la inmensa mayoría de los habitantes del continente africano, ofrece, en mi concepto, una esperanza consoladora para el porvenir de la industria y del comercio en aquella región, porque descubre tendencias favorables á los progresos de todo género, que hallarían un valladar insuperable en el indiferentismo ó la conformidad de esa raza robusta y sobria, si se resignase ó prefiriese mantener sin variación sensible su actual estado.

Y esta tendencia se halla extendida por todas partes, sin decaer por el alejamiento de las comunicaciones. Cuasi pudiéramos afirmar que adquiere mayor desarrollo en el interior que en el litoral, porque estas tribus, más débiles por el escaso número de habitantes, sufren la tiranía de los fuertes, y no tardan en verse despojados de lo que logran adquirir á costa de grandes sacrificios.

Es indispensable, pues, tratar de establecer, en el menor tiempo posible, líneas de comunicación que enlacen nuestros establecimientos con Atar, Shengueti, Uadan, Ualata y Timbuctú, al mismo tiempo que se ofrezcan facilidades para desarrollar una acción comercial de importancia en la región que comprende cabo Bojador hasta Uad-Nun.

La gran amplitud de esta base de operaciones mercantiles exige un desarrollo lento, pero progresivo y simultáneo, y los medios para obtener resultados positivos en el menor tiempo posible estriban en el apoyo eficaz de los sherifes, jefes nominalmente reconocidos por los indígenas, pero cuya influencia sería absurdo negar.

Sostenidos los establecimientos del litoral con arreglo á las necesidades del país, este apoyo del elemento más valioso entre los indígenas se ofrecería voluntariamente, porque redundaba en ventaja de sus intereses y de su prestigio, de que tan necesitados se hallan, para lograr que las diversas tribus, á quienes consideran como secuaces de sus instintos, se ayuden mutuamente en los infortunios y consigan por las comunicaciones aminorar sus necesidades.

Estos preceptores del elemento musulmán, que poseen los medios de hacerlo virtuoso ó corrompido, pacífico ó guerrero, moderado ó ambicioso, liberal ó déspota, deben inspirarnos grande recelo, sin embargo, hasta que no varíe sensiblemente el aspecto social del pueblo indígena; porque la venalidad erigida en sistema durante tantos siglos no puede desterrarse con la rapidez que el relámpago cruza el espacio, y las rivalidades producidas entre estos mismos caciques por envidias y pasiones bastardas puede originar una perturbación profunda de fatales consecuencias.

Este escollo principal para la explotación de Africa no debe ser obstáculo que entorpezca la acción del progreso ni haga vacilar un instante en la necesidad de aco-

meter esta empresa patriótica, pues el florecimiento de un Estado está en proporción del acrecentamiento y buen régimen político de sus colonias.

Es indudable que el medio en que se vive modifica completamente los instintos y costumbres del organismo social, y, por lo tanto, á medida que la mayor ilustración perfecciona la raza humana, los antagonismos creados por ídolos religiosos no pueden subsistir con la misma intensidad, ni sus representantes continuar bajo el sistema destructivo y anárquico que actualmente hacen imposible todo principio de orden y moralidad.



La creación de poblaciones en el litoral, que tanto facilitaría el comercio al interior, tropieza con el inconveniente de la esterilidad del suelo y la escasez de agua potable en la mayoría de los puntos; pero en cambio tiene la inmensa ventaja de la suavidad del clima, las excelentes condiciones higiénicas del ambiente que se respira, que contrastan de un modo notable con los excesivos calores que sufren los habitantes del interior, y las emanaciones poco saludables de las lagunas, en cuyas inmediaciones establecen generalmente sus chozas. Si los establecimientos que se funden en el litoral consiguen las simpatías y apoyo de los sherifes, las tribus indígenas se aproximarían lentamente hasta que la confianza más absoluta rechazase todo género de recelo ó animosidad hacia el cristiano, y en breve plazo rodearían los edificios de la

factoría numerosas *jaimas*, que habría necesidad de modificar por habitaciones adecuadas al clima para obtener un caserío ó pueblo que reuniese las mejores condiciones higiénicas.

Ejemplos diversos pueden confirmar este aserto, que no tiene nada de ilusorio ó atrevido. En el mismo continente africano se han formado poblaciones de grandísima influencia política y comercial, en un suelo todavía más ingrato, bastante más estéril y cuyos habitantes sufren constantemente el azote de las enfermedades endémicas originadas por las condiciones del clima. Todo sistema colonial, bajo cualquier aspecto que se considere, es evidente que reunirá mayores ventajas en proporción á las condiciones higiénicas del elemento colonizador; y bajo este punto de vista el litoral comprendido en estos apuntes ofrece las garantías más sólidas para el porvenir de tan extensa comarca.

A medida que el viajero se aleja de la costa, las variaciones atmosféricas son más sensibles, el calor alcanza proporciones muy elevadas y la falta de agua hace imposible la existencia en determinados puntos. Però todos estos inconvenientes, cuya importancia no tratamos de ocultar ni aminorar, son susceptibles de grandes transformaciones, practicando, en cierto modo, cuanto vienen ejerciendo los franceses en la parte del desierto que lentamente anexionan á su poderosa colonia argelina y cuyas condiciones son bastante peores de las que concurren en el Sahara occidental.

Por otra parte, el dominio del interior es un problema

secundario que por ahora necesitamos confiar al tiempo. Ni contamos con los grandes elementos que requiere semejante empresa, ni creemos conveniente, bajo el punto de vista político de la colonización en Africa, arriesgar los capitales inmensos que exigiría el desarrollo de un plan cuya extensión sería difícilísima de fijar con exactitud. El establecimiento en el litoral es muy suficiente, en estos primeros momentos, como base de ulteriores operaciones, y sólo á este objetivo deben encaminarse todos nuestros esfuerzos, secundados por la industria y el comercio.

La arteria de comunicaciones que sucesivamente han de formarse hasta llegar al corazón del país, al centro de todas las diversas corrientes comerciales, hoy paralizadas unas y las más sin rumbo fijo y determinado, han de establecerse por los mismos indígenas, auxiliados eficazmente de la fuerza moral que ha de conquistar el elemento dominador para conseguir cuando menos una población indígena española de 100.000 almas, que aumentaría con el tiempo y á medida que tocasen los beneficios obtenidos por el cambio de su estado social.

El respeto y consideraciones guardadas á los emisarios que se enviaron al interior con mercancías que ascendían á cerca de 3.000 duros, con arreglo á la venta en el país, y la buena fe demostrada en las transacciones verificadas á gran distancia de donde se hallaba la factoría en construcción y la representación de España, son pruebas harto elocuentes de las buenas predisposiciones en que se hallan los habitantes de toda aquella región para facilitar

las corrientes de armonía y el desarrollo del comercio en un territorio todavía virgen á la explotación mercantil y desconocedor de los adelantos que disfrutaban otros pueblos.

Saber utilizar estas tendencias, tan generalizadas entre los indígenas, es una de las dificultades principales que ofrece la explotación comercial de esta comarca. El temor exagerado de los creyentes á la raza *cristiana*, y la desconfianza que abrigan respecto á la forma de hacer los cambios y transacciones, les hace incurrir en los mayores absurdos y en las combinaciones más estrambóticas para llegar al final de una compra ó venta. Es necesario estar dotado de cierta astucia y tener un gran dominio sobre el sistema nervioso para sufrir con risueño semblante el regateo interminable empleado en las transacciones. El indígena, por ejemplo, que tiene para la venta cuatro libras de marfil, pluma de avestruz, etc., empieza por pedir su importe en metálico, que recuenta infinitas veces antes de envolverlo en varios trapos nada limpios, y después de tres ó más días de preguntas, examen de las mercancías y consiguiente regateo, vuelve á emplear todo aquel dinero, ó su mayor parte, en géneros de algodón y quincallería, tomada parcialmente y de tal modo que siempre resulta perjudicado con exceso en sus intereses si el vendedor, conociendo el sistema, se aprovecha de la ignorancia de su cliente. Pero este medio es indispensable emplearlo en la mayoría de las ocasiones y su aplicación puede ser de grandes resultados. Por esta razón insistimos en estos ejemplos, sin

temor á la censura, porque concedemos una importancia trascendental al conocimiento de las costumbres de los indígenas, hasta en sus menores detalles, y para inculcarlos como objetivo primordial de cuantos se dediquen al estudio de las cuestiones africanas, no titubeamos en repetirlos aun á trueque de pasar por excesivamente prolijos.



Fecunda en consideraciones de gran utilidad pudieran sernos la dominación francesa en la Argelia, pero no es posible dar á este humilde trabajo exageradas proporciones, ni podemos patrocinar en absoluto el régimen político allí implantado á costa de arroyos de sangre, ni aconsejar una conducta que ha originado la despoblación de extenso territorio por la raza indígena. Los mismos franceses reconocen que la mayoría de los adelantos allí realizados se deben exclusivamente á ese gran movimiento de emigración española que nuestros gobiernos no han podido evitar, ó por lo menos dirigir á comarcas más feraces y productivas que los ensangrentados campos argelinos.

En el estado actual de la civilización, cuando las luces de la filosofía han desterrado los exagerados principios de la Edad Média, sólo puede imperar una política filantrópica, hermanada con la energía necesaria para rechazar ó contener los actos de la barbarie. La guerra por sistema tiene la ventaja de mantener un campo de escuela práctica para el ejército, pero no responde á los sacrificios

que el país se impone ni están compensadas sus innumerables desventajas.

A pesar de los años transcurridos desde la ocupación de Orán y Argel por los franceses, todavía la lucha se mantiene con el mismo encarnizamiento por ambas partes; y si los períodos de tregua relativa son ahora más duraderos, en cambio las sorpresas revisten el carácter de verdaderas hecatombes, en que el fanatismo musulmán se ensaña cruelmente con los que considera tiranos de su independencia y enemigos encarnizados de su religión.

Repetidas veces hemos oído exclamar á oficiales del ejército francés, cuando marchaban al frente de sus fuerzas á guarnecer los puntos de la frontera con las kábilas que lindan con el desierto: *Nous allons á l'abattoir*; y, no obstante la extrañeza que producía en nuestro ánimo esta falta de espíritu y entusiasmo militar, reconocíamos el fundamento de tan triste exclamación, porque la sed, el hambre y las enfermedades son enemigos mucho más terribles que cuantos se ocultan en tan vasta región. La lucha, además, es por necesidad salvaje y sanguinaria; no basta conquistar una posición y avanzar victoriosamente, en los días sucesivos, porque los que sucumbieron en el combate y recibieron cristiana sepultura vuelven á aparecer sobre la superficie del suelo, desenterrados por los indígenas, para demostrar la facilidad de burlar toda vigilancia, cortar las comunicaciones, sorprender los convoyes y, con los cadáveres inséptulos, infeccionar la atmósfera, convirtiéndola en poderoso auxiliar de sus devastadores proyectos.

Semejante situación no es, ciertamente, para envidiada, y preciso será escoger otros medios que faciliten la realización de los ideales nacionales sin pasar por tan cruentos sacrificios. Es necesario desechar la ilusión de Europa sobre el poder ficticio que atribuye al pueblo musulmán y que actualmente adquiere mayor arraigo con los desastres experimentados por los ingleses en su pretendida conquista del Sudán y la lucha entablada por los dominadores de Masauah, ante la actitud hostil de los abisinios.

Las simpatías demostradas por los caciques principales del Sahara occidental permiten confiar en un dominio pacífico y de gran desarrollo. Aunque no tuviéramos más pruebas de la rectitud de las intenciones de este pueblo y de la solidez de sus propósitos para el establecimiento de vías comerciales al interior que las suministradas en repetidas ocasiones en favor de nuestro protectorado, bastarían para que las considerásemos como una victoria que justifica la excelencia de nuestro sistema, á fin de evitar rozamientos ó recelos que influyen poderosamente en los derroteros que se señalan á la explotación comercial.

En cierta ocasión me encontraba rodeado de treinta y tantos indígenas, todos armados de carabinas, los cuales me habían estado esperando nueve días, por el retraso inesperado que sufrió mi excursión. Desde los primeros saludos dieron á conocer, con una intención mal disimulada, que no estaban dispuestos á resignarse con la falta de atención que mi tardanza representaba, según ellos; pero

en vez de despreciar aquella actitud insolente, les hice comprender que sólo el grande *Al-lah* es dueño de las acciones humanas, y quien no se somete á sus *irrevocables designios* no puede merecer el nombre de *creyente*.

Mi situación varió por completo en breves instantes. De observar una conducta altanera, el choque hubiera sido inevitable y desastroso: en cambio mis razonamientos hicieron despertar el sentido general de sus principios religiosos, y desde entonces todos me prestaron obediencia, considerando que no obstante ser *cristiano*—lo cual era objeto de dudas y largas discusiones entre ellos—poseía la ciencia (*sic*) de sus más afamados talebs.

Multitud de ejemplos podrían citarse para demostrar la facilidad con que se domina la ignorancia, aun amparada por excesiva dosis de altanería y siempre esclava ú obediente al yugo del fanatismo.



Superfluo sería investigar ahora las causas de la actitud abiertamente hostil en que se han colocado algunas kábilas con posterioridad á los hechos referidos en este estudio. Se desprenden, además, de las mismas consideraciones en que fundamos el florecimiento de las instalaciones comerciales que deben implantarse en el litoral sahárico, y vienen á confirmar las teorías con tanto tesón por nosotros defendidas.

El imperio colonial, la explotación general de África tiene que fundarse con elementos valiosos de muy diver-

sa índole, demostrando que la libertad ofrecida al establecer nuestro dominio no es una quimera, ni la propiedad una mentira, ni el comercio prometido una burla depresiva para los que, ansiosos de un bienestar relativo, llevaron la propaganda y las promesas más halagüeñas por muy apartadas tribus, porque el verdadero dominio de la civilización no se impone con luchas, devastaciones y víctimas sin número, que serán siempre la representación del terror.

No abrigamos temor á la censura al exponer estas afirmaciones. Un escritor ilustre decía: «que si la oposición, aun siendo eco de la opinión general, nos hubiese de detener en el camino del progreso, sería imposible mejorar la condición del pueblo ni hacerle el bien que no conoce y que, sin embargo, quiere; por eso debe tratársele, en cuanto concierne á sus intereses, como un niño que tan sólo vive de las sensaciones que le afectan.»

Partidarios de este sistema, quisiéramos llevar el conocimiento de la verdad hasta en los más ínfimos detalles en los asuntos que directamente se relacionan con el porvenir de la comarca sometida á nuestro protectorado, prescindiendo de eternas discusiones defendidas ó mantenidas casi siempre con sofismas.

Creemos suficientemente esclarecidos todos los inconvenientes y ventajas que presenta esa comarca con los conocimientos hasta ahora adquiridos. Se necesita tan sólo que el hombre previsor estudie la manera de cultivar aquel suelo, preparándole para recibir convenientemente la metamorfosis que debe operarse bajo la influen-

cia de las corrientes de la civilización, pero sin amalgamar sustancias heterogéneas, porque sólo ofrecen fragmentos sin consistencia que nunca reportan resultados favorables.

Es indudable que cada siglo tiene su espíritu peculiar, su genio, su impulso, su carácter y su gloria. El siglo actual ha dado gran impulso á la tolerancia religiosa; su genio filosófico se ensancha por ambos hemisferios; su carácter revolucionario rompe los antiguos moldes de la sociedad, para dar cabida en el organismo en que funciona la humanidad á todas las tendencias y justificadas ambiciones de las diversas fracciones en que se divide el género humano; su impulso liberal facilita el libre cambio entre unos y otros pueblos, desterrando para siempre el infame tráfico que se venía ejerciendo con la raza de color, y, en fin, la mancomunidad de intereses creados por los adelantos de la ciencia, esparcen entre las naciones el respeto mutuo en que se fundan los progresos de la civilización.

De este concierto general se aparta solamente una gran parte del desgraciado continente africano con sus numerosos pobladores, y esta excepción no puede subsistir por mucho tiempo sin mengua de las potencias que figuran en las avanzadas de la civilización, y que por su posición geográfica se hallan más obligadas á cumplir la misión que el progreso humano les señala.

Esta obligación se impone con mayor fuerza por momentos. Las potencias de primer orden están en fermentación, y las naciones todas reclaman imperiosamente una existencia nueva, más amplia y expansiva para dar

salida á los productos de su industria, que yacen almacenados por falta de consumidores, produciéndose con tal motivo esas crisis y emigraciones que amenazan constantemente la vida.

*
* *

No podemos ocultar las dificultades que encontrará el desarrollo de la explotación de Africa para satisfacer las necesidades de los estados de Europa con el régimen que impera entre los indígenas, el cual adolece de todos los vicios del feudalismo que distingue á las razas embrutecidas por un largo período de esclavitud moral y de una administración capciosa ó tiránica. Decir lo contrario sería, á nuestro entender, emplear el lenguaje de la ignorancia, tal vez de la mala fe, para que, divulgadas estas apreciaciones, contribuyesen á fracasos sensibles de las empresas que, alucinadas por el afán de la ganancia, no se detuviesen á reflexionar sobre la necesidad de contrarrestar los inconvenientes anejos á toda colonización ó explotación de una comarca habitada por el elemento musulmán.

El bello ideal del progreso, la conquista de una gran parte del continente africano se ha de realizar, con gran prestigio para la nación que lo lleve á feliz término, por medios pacíficos en armonía con una inteligente dirección, fomentando, lenta pero sucesivamente, el desarrollo de su riqueza, de sus fuerzas productivas y de su prosperidad, al mismo tiempo que desaparecen los antagonis-

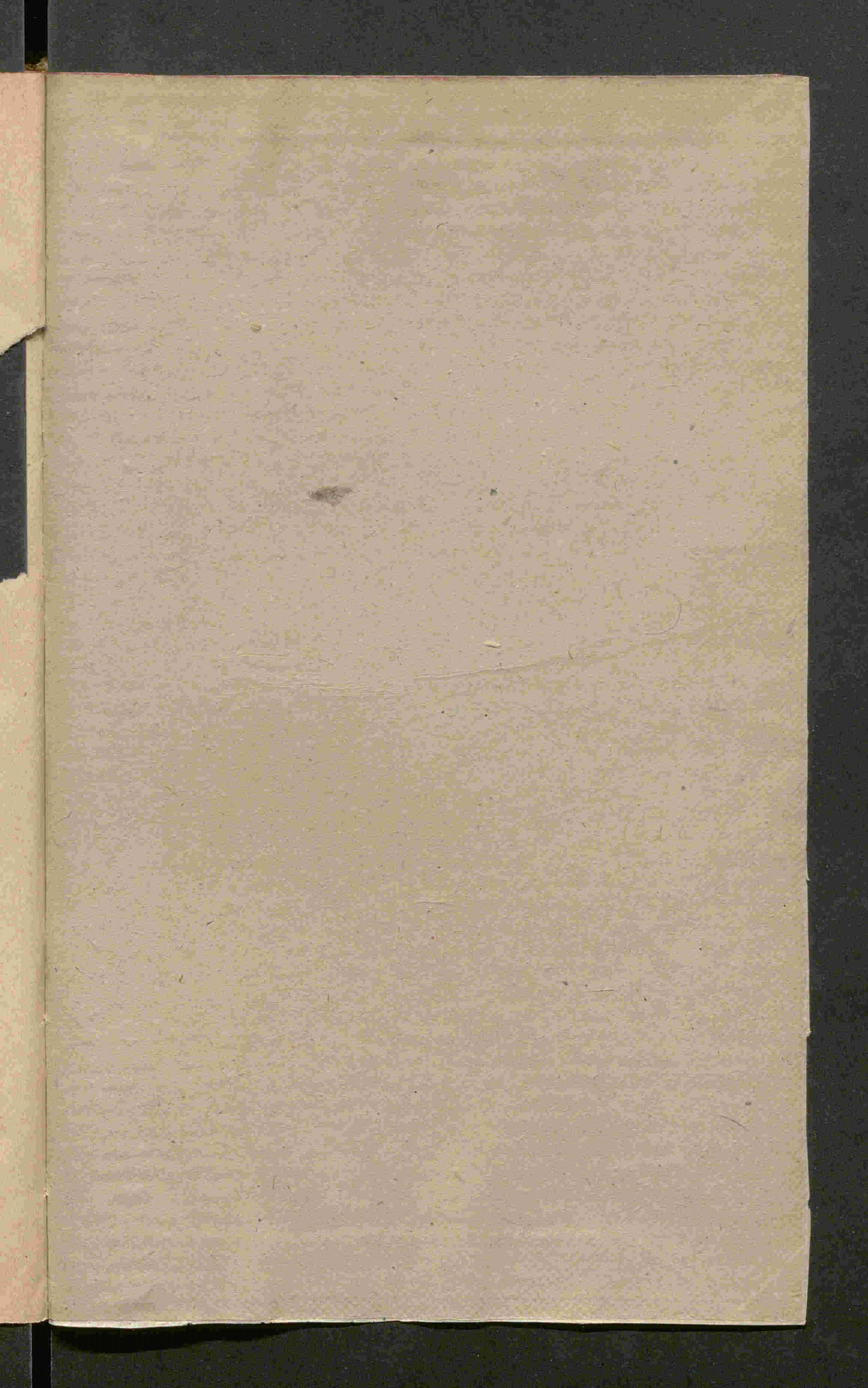
mos de raza y la oposición que ha de oponer el fanatismo tan arraigado en los sectarios de Mahoma.



El concepto general de una comarca cuyo suelo ha sido tan exagerada puede ser originado por las creencias y temores que no se armonizan con las necesidades de los pueblos esencialmente especulativos. La naturaleza es prudentemente cuerda en su distribución, y á cada cual facilita un elemento de riqueza cuya explotación ha de tener por base siempre las comunicaciones y el comercio, con cuyo proceder nos demuestra la necesidad evidente de unir á todos los hombres por vínculos estrechos, que en el orden sociológico se traducen bajo diversas formas, concluyendo por hacerlos inseparables á pesar de la tendencia contraria que imprime á la raza humana la diferencia de religiones y el egoísmo ó la ambición exagerada, verdadera ponzoña que, corroyendo los ideales naturales y más levantados de la sociedad, acaba por hundir en el abismo el edificio de donde recibe el calor y la vida.

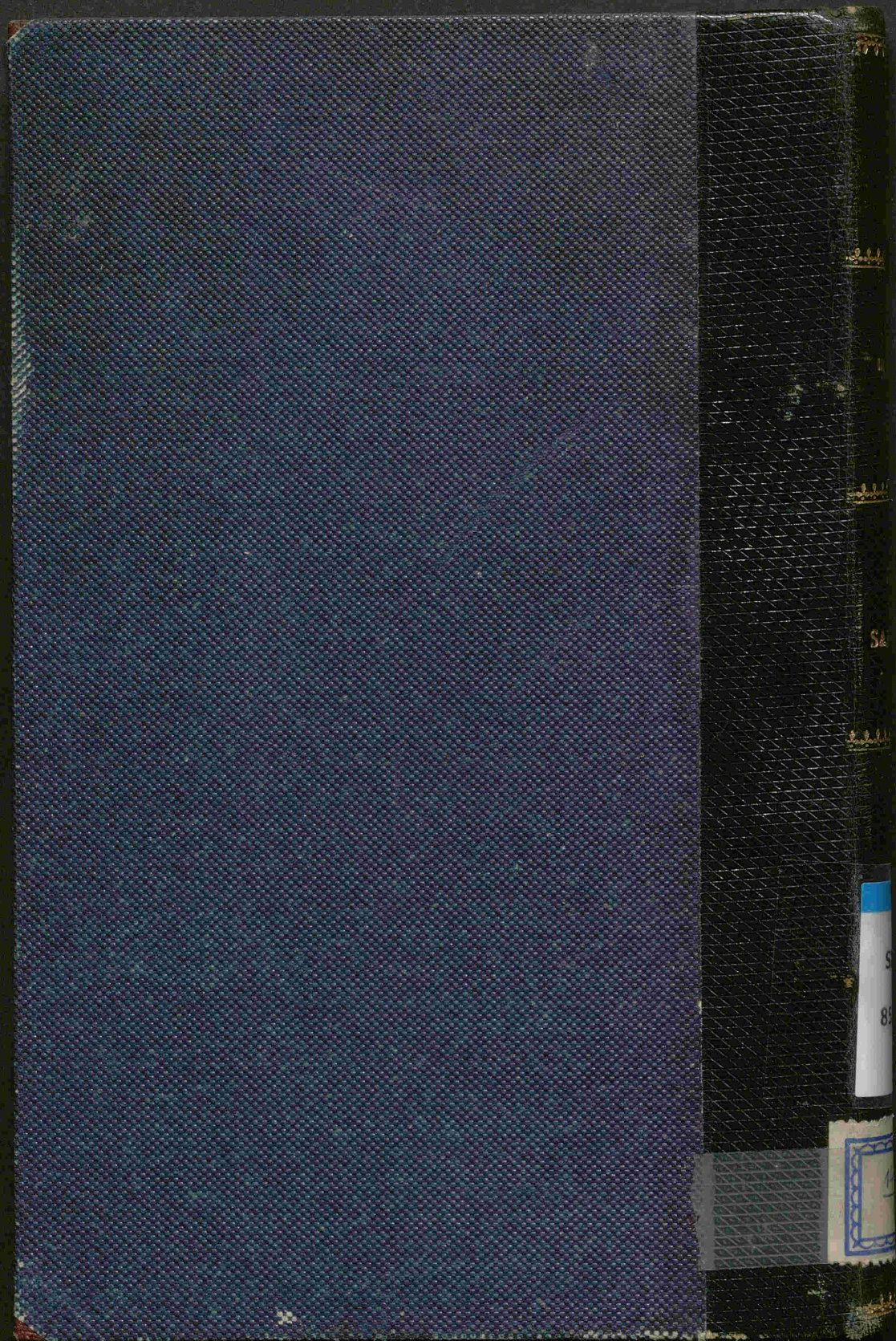
Solamente así se explica el aislamiento de tantos millares de habitantes, cuyas necesidades no pueden satisfacer sin grandes sacrificios.

Y la importancia del comercio que puede desarrollarse en todo el territorio donde ondea nuestro pabellón es difícil de calcular en nuestro concepto. Para satisfacer las exigencias más imperiosas y encauzar las corrientes









BONELLI

EL

SAHARA

SXIX

85160

14-F
1